



Virus
del Sentimentalismo
Juan Arias Bermeo

Virus del sentimentalismo

©**Juan Arias Bermeo**

Primera edición libro impreso

Noviembre 2010

Editorial Bipedos Depredadores

Páginas: 167

ISBN: 9789978391013

Edición libro electrónico

Editorial Bipedos Depredadores

ISBN: 9789978391082

Cuadro de portada: Katy Vivar

*Amanecer alerta entre las flores,
siendo el amo de lo que se explora.
Solo ante el día en que se está despierto,
naciendo irrepitable para regir en lo crudo.
Pasible otra vez tras reparador viaje onírico,
retoñando con la eufonía de los jilgueros.
Vislumbrar a la golosa ardilla con su nuez,
presentir al lobo gris trotando tras su presa ,
imaginar al oso negro atiborrándose de miel,
oír el himno de los habitantes del bosque,
danzar con los colores de la mañana invicta,
ascender con los árboles a tomar baños de sol,
sentir al venero entrando tremulante al hogar,
contemplar en el oleaje verdeazulado del vate.
Las ventanas abiertas al silencio de la hojarasca
beben del aire aromatizado por yerbas invisibles,
se han quitado de la influencia del próspero
para emerger del pozo de luz que enceguece.*

J.A.B.

Índice

Placidville I	9
Domo de El Panecillo I.....	55
Placidville II.....	101
Domo de El Panecillo II	111
Placidville III	119
Domo de El Panecillo III.....	135
Placidville IV	143
He aquí mi palabra, ¡llévatela!	159

Placidville I

Estamos alertas, Saqueador, hermosa criatura el heraldo de la Parca, sus trompetas dieron el aviso de la pronta retirada a ese no sé dónde que promete a tu ser libérrimo el retorno a la perenne soledad. Languidece la luna en este punto marmóreo de la pradera septentrional estadounidense, nos disponemos a acariciar el hechizo del mar de pastizales contoneándose en el horizonte. ¡Oh cuna de ondulaciones floridas en el dilatado amanecer de Brecha de Búfalo! El hombre viene apagándose sobre la tumba idealista en el que se transformó el otrora caserío vital de Placidville. Fenece el sujeto abriendo sendas ventanas a los antípodas de su patrimonio aristocrático; ventana a la quinta y jardín botánico, San Agustín: natural fábrica de perfumes venusianos, enclavada en el corazón del valle andino subtropical seco de Malacatos. Ventana a la pradera de las cuatro estaciones nórdicas que nos vio nacer.

Ya pudimos desdoblarnos, ser el que observa ingrávido y el que fallece en la piel del sujeto aún en tierra y, por inercia, hacer entrambos la secuencia final del Saqueador (estupendo sobrenombre, así nos motejaron para la posteridad los paisanos de la provincia de Loja, con implícita veneración por su gesta: ser el único hombre que se sirvió del tesoro mítico de Quinara, siendo que tomó su tajada sin que ningún otro guaquero esté en condiciones de imitarle). Estamos flotando ingrávidos y a la vez

apoltronados en la mecedora móvil, frente al incendio boreal que anima el supremo acto, sufriendo con los ojos abiertos adentro y afuera. Venimos contemplando a nuestro albedrío los escenarios de los adioses, con el doble par de ojos que dominan arriba y abajo, aquí y allá; el pasado y el presente fundiéndose con el futuro en los instantes postreros del Saqueador.

El espectáculo de la bóveda celeste empezando a pintar lo que será un día eléctrico, azul, se apagará en nosotros para renacer en el resplandor del lobo dominante de la manada druida. Tenemos a nuestros ojos simultáneamente sirviéndose de los vívidos matices del amanecer en la constante primavera de San Agustín y en la estacional primavera que recién visitó a Brecha de Búfalo. Allá, los ribereños saucedales que dejamos a buen recaudo de la explotación a ultranza, aún se preservan aguardando el arribo de Ana; aquí, se ha transfigurando la desolación del hielo en herboso horizonte, henchido de flores silvestres que retoñaron con el viento tibio que mece los cabellos lacios de la pradera virgen.

El polar inquilino se esfumó con su furia petrificante, dando paso al graznido de escuadrones de cisnes regresando al magnético norte. Idos los violines mortecinos del general Invierno, se precipitó a la pampa el mundo animado, salvaje, bullendo en rededor del sepulcral caserío de Placidville. Nuestra pradera, la de los ojos de la infancia, niñez y adolescencia, reverdeció devolviéndose al paisaje intacto del agua cristalina del arroyo Sage, serpenteando con la música de fondo de jilgueros y el intermitente reclamo de la manada de lobos druidas. Cuán gracioso se pinta Pincho, allí, tendido a los pies del amo, en reposada vigilia, gruñendo quedo, abriendo un ojo cada vez que los aullidos mañaneros de sus indomables parientes lo llaman a encontrarse con las tibias corrientes aéreas que acarician la renovación biológica. Esta crujiente inflorescencia naciendo tras los ventanales hace olvidar rápido la noche despiadada que impuso el genio polar a la pradera. Merced al campo de fuerza magnética que cubre a la

aldea, nos sujetamos a invernar en esta cueva caliente y bien provista de vituallas, sujetos a esperar la aparición de la primavera y con ésta el advenimiento del heraldo de la Doña que nos mandó a mudar a nosotros también.

Placidville amanece silenciosa como el cadáver que es en su sarcófago cibernético. Ana se dirige a la cocina, le dice bajo a Pincho que la acompañe, éste responde con gracia estirándose y enseguida sacudiendo su cabeza lobuna, aleteando con deleite sus grandes orejas. “Ven a desayunar, animalito, tenemos una larga jornada por delante”. A nosotros nos dio un beso de los buenos amaneceres susurrando, “tus ojos todavía despiden poesía”.

Por cima del fantasmagórico pueblo, que rindió pleitesía al ángel exterminador cobijándose en la salida dulce al conflicto de existir, receptamos las trompetas de la Parca que confirmó nuestra voluntad en lo que toca a la suerte última, viviendo a tope el instante corpóreo en lo que es, hasta el suspiro postrero, Teodoro Morris. Éste ha convivido bien con sus retrospecciones subtropicales que lo visitaron desde que suspendió su instancia aristocrática en San Agustín. Aquí estamos afinando percepciones, las puertas están del todo abiertas, ubicados en zona de privilegio en el conjunto que hicieron nuestras pequeñas felicidades. Vermi Hood no entendió que se puede ser moderadamente feliz, encarnado, coleccionando atardeceres en la vista de borricos ensimismados en su melodía, perdiéndose en sombreada senda de ciruelos entre sembrados de caña de azúcar y tabaco.

Nosotros, en este punto enlosado de la pradera, fuimos el solitario contradictor de la abominación de Placidville: el virus del sentimentalismo. Todo lo que logramos de quinta San Agustín sirvió de estímulo para enfrentar la demente condición humana que desató Vermi Hood. Todavía estamos masticando las sensaciones de la molienda de Dioniso. La magnificencia que alcanzó ese pedazo de tierra fértil fue el fruto del árbol que sembramos con el oro de Quinara; lo asentamos en las crónicas del

12 *Virus del sentimentalismo*

virus del sentimentalismo. *Jóvenes, el oro está dentro de sus corazones valientes, la guaca es uno mismo porque el metal corrompe si el que lo recibe no tiene condumio en la mollera.* Ana sabrá traspasar los borradores al papel y/o al formato electrónico de la editorial Casa Azul; o si no que los deje tal como están, sin más adornos que salgan inéditos, para eternas memorias, en el ciberespacio de los Bípedos Depredadores.

Nuestro oro sirvió a las necesidades aristocráticas del hombre que cultivó la leyenda del Saqueador, a la gente vulgar no le entra en el caletre que apenas tomó el justo pedazo que requería del tesoro inca para sus propósitos terrenales. ¿Cómo se puede dejar una montaña de material precioso sin minarla hasta sus cimientos?, es la cuestión latente entre los explotadores a muerte, con su máxima de la producción incesante, “¡yo trabajo!”, el polo opuesto de la sentencia del ocio incesante, “¡yo vivo!”.

No regresamos por otra carga de oro porque hubiésemos palmado de sobredosis, en caso de que la puerta a la aristocracia se abra dos veces al mismo beneficiario. No volvimos a probar de ese tesoro que al cabo quedó casi intacto, lo relevante fue que haberlo hecho una sola vez fue suficiente bendición. De ese convencimiento de que lo fundamental era tener lo necesario para explotar la mina casa adentro —de lo contrario el oro se transformaría en una maldición que destruiría al que lo sacó de su reposo—, creímos prudente no guardar silencio sobre un sueño materializado por obra de nuestra ambición. El Saqueador acabó donando a su guía y amigo, Bartolo Jiménez, el mapa del tesoro, con las señas que pudo rescatar de la ubicación del mismo, aclarando que el dibujo tenía su carga subliminal, pues lo levantó de un sueño porque así fue su estado eufórico desde que tuvo la visión del oro sagrado hasta tomar lo que le correspondía de éste. El mapa que hizo para llegar al sitio del tesoro todavía se exhibe en el pueblito de Quinara, yace en la afamada hostería La Máscara de Quinara, la que se fundó para atender la demanda de guaqueros que provocó la noticia de que el oro es real y

aguarda a ser reclamado por otros diferentes a Teodoro Morris. Bartolo montó la venta, La Máscara de Quinara, con el cheque “por liquidación de servicios” que le extendimos a fuerza de ser gratos con un ex socio de excavaciones. Encontrando, éste, que su verdadera mina fue “¡El mapa del tesoro!” y no el oro en sí de Quinara, pues atrae a soñadores y endemoniados provenientes de distintos puntos del orbe.

“**El mapa del tesoro**, es suyo; por lo demás, le toca a cada quien saber si se le abren o no sus magnificentes puertas. Solicite una copia del mismo en recepción”, reza el cartel adjunto al original del dibujo que levantamos y que se exhibe, bajo llave, dentro de su ánfora de cristal.

Nuestro tesoro está reluciendo en los sembrados que hacen los productos de exportación de quinta San Agustín, en las nombradas marcas de origen: Reposado Aguardiente Agustino; y el tabaco de cachimba, y los cigarros artesanales, Toboso. Productos para pudientes, exclusivos, poco populares, y, por eso mismo, necesarios para mantener el ocio incesante de la crema de las letras del sur-sur, fábrica de dolores sublimes que fundamos para trascender en lo que nos corresponde, la posteridad.

Levantó la mañana en nuestra mansión subtropical. ¡Qué lucidez a cuatro ojos!, en medio de las tinieblas libidinosas de Vermi Hood; el muchacho se dio el gusto de irse apagando la luz de Placidville, hundiéndose en la nada con los otros descastados que sucumbieron a los hechizos del goce virtual. Tanto en los sótanos de la muerte hedionda de los engendros de la leva de Vermi, como en la muerte en la claridad entrante de la llanura germinando, el dolor de abandonar (el saco de inmundicias en la suerte de ellos, el saco de Dioniso en nuestro caso) ha sido imperceptible. Ellos perecieron esclavos en su carne lívida; abrazando, inertes, el paquete de fantasías que recibieron gratuitamente de su santificación; nosotros nos vamos con el esclarecimiento de haber vivido a semejanza de lo que somos: simiente de Dioniso.

Nos viene natural esta salida del Saqueador. Pincho percibió el desdoblamiento —más con su olfato que con la vista—,

batiendo la cola escudriñaba en el aire al observador que flota en la amigable atmósfera que otorgó la Doña. Ana sospecha nuestro corriente monólogo; ella sabe que el posible dolor físico del moribundo está biológicamente controlado, hallándonos bajo el influjo de la precisa dosis de cordura ofrendada por los batracios de la alta amazonía que, el gótico insobornable, Olegario Castro, nos remitió con palabras proféticas: “Para que salgas en juicio del cuerpo que te llevó a la cumbre de la vida”. Y vaya que estamos en juicio en la prímula del adiós, y no consiste en otra cosa que hacer uso del derecho inalienable que tiene el sujeto a marcharse en pleno usufructo de su ser por fin desdoblado en integración... Sí, nos repetimos a cuatro ojos, de eso se trata los círculos de la existencia concreta en franco desdoblamiento, afirmarnos con lo que ya sufrimos. Ana nos regala el olor de Cazaderos, el que el Saqueador dijo haber capturado siendo ella el súmmum de la *Acacia macracantha*. Ana es café y música salvaje; Pincho es el celoso guardián de la villa, cuida que no se perturbe la salida natural que hace su jefe de manada. Con Ana ambulando reinan el olfato y los oídos. Controlamos la situación de la última realidad encarnados, no es que se ha desatado una sarta de imágenes a trochemoche a una velocidad de panóptico, guiamos un velero en alta mar a sabiendas de que tiene destino.

Ya te enfocamos en gran angular mi peludo Lucio... ¿vienes a abrevarte? Qué lanudo sentimiento es este onagro que jubilamos para que asendee al amparo de la sombra que proyecta el cerro de La Mina, y se entretenga donde más le place en los jardines moros que rodean la mansión blasonada de San Agustín, y beba del agua de vertiente en la pileta que volverá a mineralizar el cuerpo prieto de Ana de Cazaderos.

Allá, distancia, radica el génesis de nuestra aristocracia. Allá, distancia, materializamos la idea que el Saqueador se hizo de la Antigüedad, su Antigüedad montando la cofradía literaria de Los Alverjeros. Amaneciendo viene la Casa Azul en el parque del pueblito de Malacatos que se creó para que tengamos este

corolario en Placidville. Aquí, la abominación de Vermi Hood, reconcentrando su poder criptógamo en la burbuja de cristal que, en el lenguaje de aquel enterrador, fue la solución idónea al problema de existir huyendo de la soledad, y queriendo extirpar de sí el sentimiento de no vivir acompañado fue a dar en el sentimentalismo a morir, inyectándose una sobredosis de fantástica felicidad. Qué horripilante es el rostro cadavérico del Vermi fanático de su extra-dulce muerte frente a la faz expresiva del peludo asno. El buen Lucio transmitió su alcuernia manchega: su progenie heredó esa bella parada, es la imagen viva del burro alegre la que pervive en sus lanudos descendientes. Vamos bien, ingrátidos por arriba; arrellanados en la ergonómica mecedora del mudable amanecer, aquí abajo. Conscientes de la disolución del cuerpo que nos brindó tan buenos servicios, tanto al mecenas Saqueador como al sátiro ojiazul asiduo de los placeres afroditas de la *casita blanca* —¡oh, Flor del Catamayo!—. Sin esta funda viscosa y pudrible no hubiésemos coronado ese posible, probar del fruto esencial de la tórrida depresión de Cazaderos, en una primavera que parecía arrebatarnos la fijación de poseer, tras un gemido pasmante, el todo femenino.

Ana controla el desenlace de nuestro acto fundamental, es la sobria sacerdotisa del ritual pactado a la hora de cerrar el concurso de Teodoro Morris en el sepulcral escenario de Placidville. Ella es solidaria con el hombre que le delegó llevar a cabo el programa exequial de su cascarón, cual concluirá con la dispersión de sus cenizas en los jardines agustinos. Más tarde, una vez ejecutada la cremación, junto al guardián Pincho portará en una funda de mano los restos reducidos a la mínima expresión del Saqueador, abandonará la pradera Brecha de Búfalo, y saldrá del suelo estadounidense para retomar las riendas del patrimonio que de repente dejamos en Malacatos. Mañana, el producto mineral de nuestro cascarón, abonará el espacio del individuo vegetal predestinado para recibirlo en la avenida de árboles de arupo, donde alguien cantará, *renaceremos en los estambres rosados frente a los estambres blancos*.

Sí, prosigamos echando revista a la galería de ecuatoriales paisajes, caminemos. Ahí está el Saqueador posando con su carcacha-detecta-tesoros sin pegar una en las alturas de Cerro de Arcos. Allá tropezamos embelesados con la orquídea zamorana; y, aquí mismo, oblicuamente a la polifuncional mecedora, nos visita el oso de anteojos, *Tremactus ornatus*, husmeando goloso en las oportunidades que le da para prolongarse el bosque nublado del Podocarpus. Mira nomás la bañista que emerge de la tupida vegetación subtropical de las riberas del río Solanda..., es la Flor del Catamayo en la plenitud de sus carnes afroditas. Flor fue mujer de fusionar su carnal tarea (intermediaria entre los apuros del macho pudiente y la adquisición de amores fáciles proporcionándole chicas avisadas en los simulacros de amar) con la explotación ecológica del suelo de su quinta, Santa Cruz. La que fue la *casita blanca* de los placeres inocuos de Los Alverjeros, ahora es el hogar ascético de la campesina "Flor Hidropónica", como se llamó a sí misma en el último correo electrónico que nos envió su saludo de primavera, solicitando noticias nuestras dentro de los mitigantes aires que traen las fanerógamas septentrionales. No hemos dejado de contestar los mensajes electrónicos que pasó la Flor; sin embargo, esta vez, nos abstuvimos de devolverle la gentileza, no íbamos a informarle que la cáscara del Saqueador regresará transformada en guijarros dentro de la funda de franela que Ana cargará en el avión como equipaje de bolsillo.

Estamos en tránsito, querida Flor Hidropónica, jamás te remití letras anodinas al cenit de Santa Cruz, participándote hechos y antecedentes de la maldición de Placidville. Ana te hará llegar la póstuma crónica de la autoeliminación de la humanidad de Placidville, el relato de la demencia bulímica/anoréxica que condujo a la leva de Vermi Hood al patíbulo virtual.

Antes del arribo de Ana fuimos carne de cañón del sátiro ojiazul; así, inspirándonos en las correrías de éste, por los campos de la sensualidad subtropical, lucubramos un pico literario de su

visión dionisiaca del mundo: *Mis vicios masculinos*. Desde ese pico de la carnalidad que costeara el oro del Saqueador, vislumbremos el hechizo que al cabo penetró en el impasible corazón del ojiazul: soñó con la desconocida del árido sur que terminó hiriéndole de amor. La paradoja es que a esa figura femenina, a Ana, la empezamos a tejer en la *casita blanca*. Cuán cómico se ve el sátiro ojiazul haciendo maromas sobre la cuerda floja del rapaz; allí está equilibrando en las tablas de la *casita blanca*, empeñándose en dibujar a la agraciada campesina que lo tumbe, que lo marque con el letrero de sí fui capaz de encender la pasión de una doncella superalfa. Allá, en la dimensión opuesta al compromiso, donde laboraban las chicas de los ardores fáciles de quitar, presentimos el amor de Ana. El mismo sátiro ojiazul tendió la tarabita entre el abismo que separaba el inocente placer que obtenía con las muchachas de la ahora Flor Hidropónica, y el dolor avasallante que le propinara la cazadora surgiendo de la depresión sureña.

Nuestro Saqueador vio quebrantada su voluntad de morir meciéndose en la hamaca de los campos agustinos, abandonando las delicias cotidianas de la explotación de su patrimonio, en función de atender el llamado que Vermi le hizo para que asuma su "...responsabilidad histórica en Placidville"; es decir, levantando testimonio sobre el nuevo orden que se gestaba desde la burbuja de cristal del alquimista. La imperiosa necesidad de observar, por nosotros mismos, el paquete redentor que transfirió Vermi a la menguada humanidad de Placidville, nos sacó de la cordura subtropical llevándonos al escenario del experimento que sepultó al despojo sentimental de las grandes praderas.

El sátiro ojiazul, después del florecimiento sexual de Ana, en quinta San Agustín, se olvidó de ir a regar sus feromonas en los predios de la *casita blanca*. Merced a su culto a las proporciones venusinas de la mujer de Cazaderos, sus visitas erógenas a donde Flor se transformaron en reuniones de amigos que intercambiaban mutuamente cortesías. Bestial viraje dimos a nuestro velero carnal, nadie nos avisó que existía una variante fértil de la monogamia: Ana.

La Flor Hidropónica es el ensanchamiento de la vida contrastando con el mago que en vez de atravesar el muro y percibir la realidad desnuda a campo traviesa, se emparedó en las tinieblas del goce críptico. Hubo un tiempo que ingenuamente cruzamos largas cartas con el amigo, de la niñez y el tránsito adolescente en la pradera, Vermi Hood; no sabíamos que remitiéndole nuestras aventuras se alimentaba el hombre que condenó a la putrefacción a su aldea natal. En ese intervalo epistolar nos divertía las higiénicas pretensiones de ese joven eremita inamovible en este punto de Brecha de Búfalo; eran los sueños de un individuo nacido para encajonarse en lo inmutable, aborreciendo todo lo que florece y da frutos en tierra salvaje. De esto que leíamos sin resquemores sus ambiciones de un progreso geométrico, atado a la cinética de los metros cuadrados de su burbuja de cristal. Fascinábamos con el contraste entre el inquieto Saqueador y el sujeto que atrofiaba a consciencia su capacidad locomotriz. Vermi, en aras de redimirse, usufructuando su innata aversión a moverse a tracción animal, exacerbó hasta el paroxismo su pánico a la intemperie, entregándose sin retorno a la contemplación de lo etéreo. Sin embargo, esas cartas prolíficas, imbuidas con el espíritu mudable que le infirió el Saqueador, causaron escozor en el ánimo reprimido de Vermi, éste también quería su paquete de aventuras pero uncidas a la perfección del no-dolor.

Terminamos cediendo al prurito de estar presentes en el caserío natal, siendo esta decisión nuestra máxima debilidad; sólo vinimos a sufrir fantasmagórico progreso. De esto que nuestra inobjetable determinación de no atender la invitación que nos hizo Vermi (cuando su idea de la dicha terminal se estaba poniendo en el asador del bulímico/anoréxico), nunca salió del borrador del correo electrónico. Acabamos aceptando la invitación del líder de esa sarta de pendejos, a los que no quiso llevarse consigo ni la diáspora de Placidville, viniendo a dar con su putrefacta santificación. Al Saqueador le falló el sonoro ¡jamás! del vate José María Riofrío; no remitió el ¡jamás! que lo hubiese retenido, otros

veinte años o treinta años, en la melodía de la molienda de San Agustín.

...el pueblo soberano de Placidville te reclama, Teodoro Morris, porque atendiendo a tu origen privilegiado debes unirte al definitivo progreso del nuevo hombre ambientalista de Brecha de Búfalo...

Esperamos que las almas de esos sacos pestilentes, —el *pueblo soberano*—, abandonen despavoridas el sótano de la muerte dulce, para echarnos a hacer la muerte digna con panorama a un amanecer de lobos druidas en la ventana de Brecha de Búfalo alternando con la ventana de Malacatos, donde ya clareó del todo dando empiezo a la jornada del trapiche exprimiendo las cañas del espíritu que reposa en el aguardiente agustino. No sucumbimos ante la frígida belleza de los violines de invierno, y merced a este caserío devolviéndose a la tierra languidecemos en el mismo paisaje que nos inculcó la aventura desde que abrimos los ojos, con el añadido de la aurora pintando de púrpura al bisonte almizclero. Contrasta esta armonía silvestre con el silencio de los pútridos casilleros donde yacen las cáscaras de los creyentes de la felicidad por encargo, aquellos que aportaron con una línea más al prontuario de la estupidez humana, metiéndose dentro de la página de los renglones torcidos que se escriben en el inconmensurable libro del tiempo. Vermi se nos extravió buscando la solución integral al dolor del existente, despojándose del asceta quiso ser un mártir de la sensualidad en pellejos, atragantándose de las dulzuras subterráneas que se fabricó para sí mismo.

Mientras la nauseabunda praxis de la felicidad gratuita se agotó en Placidville, nosotros estamos en la claridad que intuimos entre la letra y la sangre. Libres donde la indefinible luz de la pradera reúne a lobos y bisontes para hacer la estación de regenerar, mezclándonos con aromas de flores que brotan inmunes al virus del sentimentalismo. La paradoja es que la leva de Vermi pereció de inanición ante la abundancia de carne fresca, las grandes manadas de búfalos que rodean la aldea florecieron

gracias al aislamiento que derivó de la consecución del estado de reserva biológica de no remoción. Placidville se empeñó hasta la inmolación de sus habitantes humanos en recuperar el hábitat primigenio de Brecha de Búfalo, tras la práctica desaparición del bisonte almizclero en sus praderas. Esta labor regenerativa fue lubricada por el cheque que le remitía a Vermi Hood la multinacional conservacionista WUSV, por sus siglas en inglés. Merced a la quietud extrema de los últimos parroquianos de Placidville, se dejó de intervenir en la naturaleza salvaje circundante, y nadie volvió a salir del perímetro del bruñido mármol que encasilló a la aldea, reviviendo así a su albedrío el espíritu del búfalo, reproduciéndose en los miles de ungulados que hoy pastan por la pradera como si nunca hubiesen sido exterminados.

La criatura del alquimista Vermi, el bípedo de la santificación en el progreso, acabó siendo invisible dentro del área urbana de Placidville. Los creyentes de la *solución final* vermiliana fenecieron en hueso y pellejo; aunque, en el preámbulo, se habrán estremecido de dicha estrenando sus paquetes de sensualidad cibernética. “El búfalo fue la sagrada riqueza de los indios Dakota, hoy es la divina presa de los lobos druidas”, decía una de las leyendas que, por la coyuntura que llevó a Placidville a ser un paradigma del resurgimiento del bisonte americano, envió Vermi al ciberespacio de la cofradía que él fundó en psicológica oposición a la que nosotros inauguramos en Malacatos. La misma aldea que se entregó a la dicha cibernética, sin proponérselo, se devolvió al paisaje herboso, al mito y la magia, de los primeros indígenas de estos lares.

La villa romántica de los techados de pizarra, fundamentó su supervivencia en el naturalismo cabal, ganándose la posteridad por su apuesta a un entorno salvaje fuera de su burbuja y a un espacio-tiempo de fantasía en su interior. Así es como en esta alborada campea el despertar de los ungulados cuales, instintivamente, huyendo de la decadencia que trae la sobrepoblación, en pro de mantener el orden darvinista en su llanura, provocaron a

su vez el renacimiento de su natural depredador, el lobo druida. Está escrito. *Placidville, fotografía de caserío bienaventurado, alguna vez encarnaste la dorada hermosura de Gea... Hoy, aldea de postal solip-sista. Otrora fuiste llamada a prolongarte en un amanecer que provea paz a al cuerpo y placer a las ventanas del alma. Venías traspasando con solvencia frescas primaveras, veranos ardientes, otoños tristes e inviernos criminales. Placidville cocinaba a fuego pausado un futuro que, si no inspiraba a la callejera mente de un parásito de metrópoli, sí materializaba la existencia retirada de un espíritu dado a tomar baños de pastizal; sí aupaba la gimnasia de un cuerpo volcado a vigorizadoras faenas manuales.*

Tuvimos días benditos en esta pradera, éramos pastores de quimeras. Vermi, amigo de infancia, fuiste parte de esta fotografía exquisita. ¿Qué te aconteció, mi bizarro hermano siamés? Perdiste toda la gracia de tu incipiente exploración juvenil, imponiéndose en tu descaminar los vientos castrantes de la profilaxis a ultranza, trastocando la inercia saludable de una aldea pastoril con el efecto contrario al que buscabas desterrando la oscuridad de ti, pues, lo luminoso de tus visiones acabó siendo una cueva endemoniada, la tumba de la razón que no te sirvió para una existencia a plenitud sino para morir en la penumbra de tu nihilismo cristiano. Ido el acicate de nuestros campamentos juveniles, jamás volviste a poner tus botas fuera del círculo de seguridad de tu aldea ideal, tu existencia la dedicaste a la consecución de la dicha geométrica desde tu reducto alquimista. Ida la salvaje influencia que ejercíamos en el joven Vermi, éste exacerbó su miedo al mundo silvestre hasta dar con el sillón cibernético, su túnel de placeres virtuales que convidó al puñado de parroquianos que no se acogieron a la diáspora de Placidville.

El título de Doctor en Arqueología, conferido a nuestro Saqueador en cierne, nos proveyó el pasaje al ímpetu por hacer mundo, y, necesariamente, esto condujo a que años después desenterremos lo que nos correspondía. Reivindicamos el tesoro

en la tierra de los hombres que en sí son un destino, aupando al ambicioso excavador que hizo su Harvard sacando el doctorado con el sello de “educación garantizada” que pone la atildada universidad a donde fue a morir con honores el sabio lojano, Ramón María Zárate. Con ese antecedente, nuestro aspirante a Saqueador, trepado en la coyuntura académica del campus de Harvard, trabó amistad con el inspirador de su legendaria campaña en Quinara, el venerable doctor R. M. Zárate; cual nos transfirió el estigma del cazador de utopías, inoculándole al joven Morris sus fuertes sospechas en la autenticidad del oro enterrado por la aristocracia inca ante la desbandada que produjo la barbarie ibérica.

¡Un tipazo el doctor Zárate! En ese cuadro de allá estamos avocando conocimiento del fabuloso entierro, ese fue el momento cumbre de nuestra amistad excavadora: la solemne entrega-recepción de los mapas que éste nos pasó de sus propias incursiones en el laberinto espeleológico donde hipotéticamente se hallaban las puertas al oro sagrado del Inca. Puertas que al cabo no se le abrieron al científico Zárate, pero a través del heredero de su trabajo sí tuvo la precognición de que estaba a punto de profanación aquel tesoro. Ese hombre sabio fue el instrumento que nos disparó a la aventura guaquera, llenando de ambiciones al entonces imberbe explorador, llevándole a recorrer ignotos territorios, lejos de las anaranjadas pasturas de la niñez.

Con la marca de aventurero estampada en la frente por la mayor eminencia arqueológica del campus de Harvard, regresamos a Placidville para decir adiós a al terruño natal, y cargar en el macuto la indestructible alegría de los campamentos en la pradera regenerando al búfalo para que éste haga lo suyo con el lobo druida. Allá estamos dando el abrazo postrero a nuestros progenitores, y haciendo sentida despedida con el amigo Vermi Hood, cual nos susurra, sí, al borde del lagrimón, “cuídate, hermano, no dejes de contarme tus aventuras...”. Así lo hicimos, y hete aquí, Vermi Hood, podrido en las catacumbas de tu santificación.

Teníamos un proyecto para echar a mover el mundo, y había que pasar por la beca que obtuvimos para hacer el doc-

torado en arqueología, (¡a excavar, a excavar!, aullábamos como posesos), y llegado el momento asestar el golpe para el cual nos preparó el maestro Ramón María Zárate: *Conquistar el ocio incesante en tierras ignotas*. Con Zárate imaginábamos el ocio que nos daría el tesoro de Quinara, lo compartíamos en las caminatas alrededor del campus de la “educación garantizada”, mientras los aspirantes a explotar ortodoxamente su doctorado nos tenían por locos visionarios. Y dimos el golpe que el profesor festejó como suyo en su lecho de muerte en Harvard. Igual perdimos de vista al escuálido amigo Vermi Hood, aquel muchacho que, enfrentándose a su fobia a la intemperie, nos seguía a hacer vivaque en la profundidad del horizonte de pastizales.

Pasando los días, Vermi, nos pintaba su nuevo mundo con restringidas misivas. Sembrado en su mansedumbre, se describía a sí mismo —venciendo innata timidez— como el líder de un progreso impoluto y celeste en lo que ya era un caserío espectral tras la diáspora, apenas habitado por los incondicionales que en lo posterior llamamos “la leva de Vermi”, y éste se solazaba erigiéndose en el conductor de esa decadente humanidad. Tal frígido delirio nos divertía, imaginábamos nuestra mirada de águila real clavándose en él; si hubiese estado a tiro de los rayos que echaban nuestros ojos, le habríamos espetado: ¿Oye amigo, en qué clase de animalito feliz te estás convirtiendo? Cuestión que le hicimos cuando fue demasiado tarde por haber subestimado al joven pusilámene de los vivaques en la pradera.

A la fecha que Vermi nos dio aviso de su afán profiláctico en Placidville, la pradera Brecha de Búfalo ya había sido nombrada —merced a la presión de la transnacional conservacionista, WUSV—, Patrimonio Natural de la Humanidad, y en consecuencia declarado el parque como un hábitat de ecosistemas de no remoción. Este loable aislamiento de Brecha de Búfalo coincidió con la meta esterilizadora de Vermi Hood, la mentada fundación aumentó el presupuesto para la preservación de la biosfera que

tenía su centro de control en Placidville, partida que manejó hasta el fin de su corporalidad nuestro “salvador”. Tal jugoso cheque conservacionista privilegió la bulimia de los aldeanos por las cosas que les brindó la estupidez artificial. La abundancia de útiles que se repartió al puñado de hombres del último progreso de Placidville, abrió la amplia avenida hacia la eliminación de raíz del dolor de estar encarnado en la cochina intemperie.

El acomodamiento que hizo el “gran guía” de la subvención proporcionada por la WUSV, no interfirió en las decisiones del futuro aristócrata de quinta San Agustín, considerando que el ideal vermiliano se quedaría en simple enunciado, sin sospechar que a la sazón devinimos en testigos de la mansa aldea entregándose a sensual inanición. El objetivo específico de liberarse del dolor de sus crueles limitaciones corpóreas, había puesto al genio a dar los pasos justos hacia la santificación en el progreso. Empezó provocando la abundancia que ahondó la soledad de sus seguidores. Placidville no iba a crecer en habitantes sino en útiles para que sus hombres los amontonen dentro de sus cubiles, y puertas adentro se harten de ellos, deshaciéndose así del pasado exhibicionista que era parte de una vergonzante realidad

Aquí está titilando una de las perlas del ángel exterminador, las que rescatamos en nuestras crónicas: *No podemos seguir llamándonos racionales mientras nos exhibimos como animales hambrientos. ¿Existe algo más indecente que el sujeto ganándose el pan en la ruda intemperie, cual bestia laboriosa sumándose a las sociedades de termita?*

Siendo que habíamos alquilado una parcela en los campos de Dioniso, la propuesta de Vermi de que nos unamos a su cruzada no nos perturbaba. Nosotros éramos los vencedores de la leyenda de Quinara, e instalados a miles de kilómetros de la aldea natal perdimos interés por ese fenómeno que maduraba escondido en la pradera que reflorece virginal con cada primavera. Cuando Ana vino a moderar nuestros vicios masculinos, cursan-

do en la floración constante de San Agustín, llegó esa misiva que parecía inocente y nuestro tiempo de molienda se trastocó en el mármol de Placidville. Hete aquí, Saqueador, de lleno volcado al punto final del virus que alimentó tu obra póstuma. Estamos concluyendo la imprescindible crónica de un pueblo que nació para colocar un hito señero en el ideal del bienestar de catacumba, paraíso del geómetra, santo del patíbulo cibernético... Y todo lo demás que se le ocurra añadir a Ana.

Allí está la momia de Vermi conminando, en el ciberespacio de Santificación en el Progreso, haciendo uso de su derecho a poner coto al hombre locomovible, arremetiendo contra la infelicidad. *Ese miserable existente, el mismo que estira inútilmente sus manos para alcanzar la imposible estabilidad entre su animalidad y el sujeto pragmático, desaparecerá de Brecha de Búfalo.* ¡Vaya que sí lo hizo! Nuestro feligrés se propuso eliminar el crónico estado de ansiedad de su gente buena, haciendo de éstos un experimento altruista, y con ello, por inercia, beneficiar al mundo con su fórmula para redimir a la humanidad del doliente vulgar, el sufridor de pacotilla. Y Vermi sigue proclamando, *con la decapitación de los temores atávicos, cesará el suplicio de estar atrapado en un amasijo de tripas que viven intoxicándose.* El mago repartió la buena nueva con todo el placer de su propia liberación, había que inmovilizar la inquietud innata, neutralizar cualquier exploración afuera con las delicias del casco cibernético, remitiéndose a la figura del *Homo felice*. Al individuo que sufre los dolores bajos y viles de su estatura zoológica había que darle el *Homo felice*, en vez de ofrecerle eso que a reales cuentas es paja: ser alguien en un hormiguero de especializaciones.

Amigo Vermi Hood, si hubiese estado en nuestras manos fabricar círculos infernales, te habríamos enviado a uno donde estarías obligado a sintonizar los sonidos salvajes de la intemperie, ¡eternamente! No nos tomamos el trabajo de gritarles el engaño en las grandes orejas de tus domésticos, entendimos que su sentimentalismo era irreversible, bajaron a los respectivos sótanos

exangües, anestesiados por la sobredosis de dicha artificial que iban a recibir. Cuerpos reducidos a pellejos, corriendo la misma suerte del genio que se negó a seguir sufriendo las consecuencias de consumir el pan de cada día. Mentes que hasta el último aliento sólo tuvieron ojos para la ventana sensual del casco cibernético, dejando a los diminutos carroñeros de sus cuerpos la mueca de amor hacia la obra del líder. *La beatífica sonrisa de mis vecinos sellará el éxito de nuestra santificación*, asentó aquél sin regresar a ver al naciente verdor de la pradera que se retirará así de nuestra existencia, nos vamos con la estampa de los búfalos jugando a vida y muerte con la manada de lobos druidas, haciendo el epílogo idóneo del corazón valiente del Saqueador.

Nuestra condición bifronte celebra el inminente retorno al calorito de la tierra agustina. Abonaremos el árbol de arupo que Ana escoja para confundirnos con su primera floración, y verlo con los colores encendidos del amante que la rescató de la sequía de Cazaderos. La luz lateral de la Parca nos halaga como el aullido del jefe de la manada de lobos druidas que espera el momento de invadir el pueblo marmóreo. Oye, Vermi Hood, no probaste lo que es el ocio incesante de quinta San Agustín, y lo que lograste es la inacción sostenida, así debe llamarse tu proscripción de la locomoción natural. Millones de años de ensayo y error evolutivo para que nos refocilemos en la bipedación, echados al traste por tu aversión a caminar y ver.

La campesina de Cazaderos fue la mujer que el sátiro ojiazul presintió en el apogeo de sus vicios masculinos en casa de Flor del Catamayo. Ana se mueve dentro del repertorio musical que escogió para la jornada de los adioses en Placidville. En ella se plasmó la carne prieta de los trópicos, dulce fruta que arrancamos al árido paisaje de Cazaderos, esencia de *Acacia macracantha*, despertares de hamaca, tiernos muslos para hender caninos sedientos de mujer volcánica.

“Dulce descenso”, debe rezar el mensaje póstumo en honor a Placidville, titilante en el ciberespacio de Santificación en el

Progreso. Vermi quiso ser una tripa satisfecha llenándose de comida para astronautas vegetarianos, verbigracia: papas al vapor, queso fresco y salsa de maní, complementando su ligera dieta con un agrio sorbete de apio, repeliendo la mezcla con edulcorantes. Empero, su manifiesta enemistad con el carnívoro, no se sujetó al hecho de negarse a masticar cortes de unguilado a la parrilla, si no que animó su irreversible prurito enmendador de la frivolidad del sujeto ordinario. *El Señor sentirá orgullo íntimo por mi obra purificadora: extirpé de mí a la bestia que zahería el espíritu de nuestros vecinos zoológicos en Brecha de Búfalo, tragándoselos. Somos vegetarianos por el mandato de nuestra naturaleza superior.* Sabias palabras si no fuera por tu pereza a mover un dedo para vivir, y convocando a la divinidad de lo etéreo luminoso acabaste negociando con las potencias subterráneas, pues, las invencibles Furias confeccionaron a tu medida la muerte dulce en el sótano.

De inicio, la profilaxis vermiliania, se entretuvo importando prototipos provenientes de los dragones de oriente, cosas como el portátil WC que nunca usó nadie, cual debía servir para hacer ambientalismo en la inmensidad que nos envuelve sin dejar huella de execración alguna del caminante. El liviano excusado no difuminó los detritos del paseante en el lugar silvestre de su apuro. Magnífico artilugio, salvo que los humanos de Placidville no andaban nunca fuera de su perímetro esterilizado ni para adquirir leche, sus despensas individuales todavía guardan raciones de alimentos, sin prescribir, para criptonautas. Cuán tragicómico se presentó el progreso a los chivos aspirantes a la santidad en el subsuelo; primero desperdiciaron a granel por la abundancia que premió su aislamiento, hasta caer en el espantoso hastío que trajo la necesaria aversión por las novedades de la modernidad, y de ello sólo hubo que empujarlos con el dedo meñique a que se refocilen en las tinieblas del sillón cibernético. Y Vermi Hood les habló hermoso: *Donde el hominino permanece sobre la tierra, éste rumia su desgracia en dos patas por que la insatisfacción le quema los pies, degenerándose al son de la carne que se afirma en la*

lucha de las especies. Nosotros, salvaguardando su divinidad, echamos a funcionar el engranaje de los elegidos para la comunicación celestial; allí, en nuestros paquetes de vida, todo será goce infalible.

El Saqueador solía decir que si fuera el caso, de no haber tenido a Ana junto a él en la molienda de Dioniso, habría ido a buscarla en la depresión de Cazaderos del *más al fondo*. Ana no fue un estadio platónico, sus terrenas fragancias nos llevaron a escalar los picos descollantes de Afrodita Campesina, al estilo espontáneo del andinista filósofo. A poco de revelársele al sátiro ojiazul, la condenamos a habitar en nuestro corazón; ella no fue de preguntarle si deseaba estar en la ventana donde se exhiben los arcos de buganvillas haciendo las puertas de San Agustín, la atrapamos con el oficio del cazador de tesoros. Supimos entrever en la chiquilla salvaje el porte de la mujer de quilates que se fue expandiendo aromática, como la hoja de achira concentrando la miel de sus pechos virginales. No hubo necesidad de proponerle si quería compartir con nosotros la vista que domina los sembrados que proveen los dones de una quinta-jardín. Ella dijo sí a la vida apenas traspasó los arcos púrpuras de buganvillas.

La fuerza de Vermi para resistir a la irracionalidad de lo erógeno, se desinfló en el acto apenas percibiendo los perfumes de *Acacia macracantha* que porta Ana. El único encuentro de cuerpo presente que protagonizaron Vermi y Ana, en Placidville, bastó para que el mago de la burbuja esterilizada despierte a sus feromonas reprimidas tras lustros de castidad vegetariana, fue derribado por un golpe de vista de la mujer de su mortaja. Vermi, obsesionado por esa encarnación de Venus Tropical, se encargó a sí mismo crear el duplicado virtual de la mujer que lo enamoró sin remedio, exigiéndose máxima calidad para la construcción de un diseño virgen a imagen del diseño original. Ahí, en levantar a su propia Ana virtual, desató toda su sabiduría alquimista, y ésta vino a ser la cumbre de su poder, aunque sea un amor que nosotros le servimos en bandeja. Vermi Hood, como si fuese nuestro

bizarro siamés, alcanzó a la mujer de su vida en el casco cibernético, inventó la Ana que él quiso, no a la que nosotros amamos. Será porque fuimos hermanos a muerte, en una suerte de antinomia indivisible. De hecho, la concreta Ana de Cazaderos, le brindó la oportunidad de tomar un brillante desquite contra el sátiro ojiazul, le trajo la revancha psicofisiológica de saborear esa fijación que tenía de alguna vez vencernos en una lid de amor, sin importarle si lo hacía en un campo virtual. Crear a su albedrío una Ana insobornable, fiel a él hasta la inanición en el subsuelo, fue más que un desagravio una recompensa a su corazón partido desde la pubescencia llanera, cuando deambulaba despedazado por sus amores fallidos, esos amores que nosotros nos servíamos sin contemplaciones con el placer que produce masticar un cuadril medio sangrante. Tras el mazazo a los sentidos que le infirió a Vermi la feminidad de Ana de Cazaderos, éste recuperó instintos que había desterrado de la burbuja de cristal. Era demasiado sentimental para pretender fungir de racionalista hasta las últimas consecuencias; su atribulado corazón se rebeló exigiendo se dé vía a sus anhelos terrenales, es decir, a los sucedáneos de amor carnal que consumaron su paradoja.

Ahí radica el meollo del virus del sentimentalismo que lo consumió a Vermi. Ahora de que fue un mago portentoso, sí lo fue; y su “gran tarea santificadora” devino en conseguir un paquete de vida-muerte que satisfaga sus ambiciones eróticas reprimidas, y gozar de la mujer perfecta: su versión de Venus Tropical.

Vermi, —así como un diletante ufólogo aloja en el cuerpo de una joven histérica a un alienígena, cual, en su opinión, manipula a discreción esa frágil mente arrojándola a la estulticia sin retorno—, introdujo un parásito letal a los restos de buena gente de Placidville llevándola a una invisible oscuridad. Justo cuando la aldea, por extensión al apogeo material de sus residentes, había conseguido restituir su antiguo rostro a la pradera, reventó el virus que transformó a la humanidad de Brecha de Búfalo en

nido de mariposas de muerto. Nuestros restos mortales sí tienen destino, fuimos precavidos, reparamos en el árbol que nos acogera en el bosque, gozamos desde ya sus estambres rosados, retorcidos, en la avenida de arupos. Estamos con la mañana frondosa, desayunando con golosinas de mazapán y roscones de viento; nos mecemos en el apacible oleaje del mar de caña de azúcar chocando en las rojizas lomas del cerro donde prosperan los onagros descendientes de Lucio. La otra opción, la que descartamos con Ana, era la de volcar nuestros restos minerales en el ecosistema lacustre de El Compadre, en las alturas del nudo de Sabanilla nos mezclaríamos con los sudores de la cordillera nutriendo el hábitat del oso de anteojos.

La diáspora dejó una población simbólica de hombres en Placidville, cuales se dieron de lleno a la bulimia/anorexia que produjo su santa defunción. Nunca arribaron nuevos infantes a engrosar el engranaje vermiliano, la reproducción del homínido se detuvo cuando la repoblación de búfalos empezó a sentirse en la pradera, abriendo para esos unguados una esperanzadora brecha. El grueso de habitantes de Placidville se fue tras el sueño estadounidense, atraídos por el fulgor de las multitudes consumiendo su época del desperdicio allende los pastizales. Vermi Hood no tuvo entre sus prioridades el esparcir sus espermatozoides para formar una familia a fuerza de la costumbre, su idealismo ni siquiera probó lo que es el acto copulativo con una pizca de amor; desde su desilusión con la chiquilla Lady, abandonó la idea de ser él mismo acompañado de una mujer concreta. Adolescente tuvo relaciones carnales con la mesalina que llegó al pueblo para librarlo de su virginidad, la cual se fue contenta de haberle hecho tal favor, sin imaginar siquiera que le había dado una sobredosis de idealismo a ese espíritu de por sí ansioso de pureza. El joven Vermi Hood, aunque consintió en desflorar su carne eréctil con aquella mujer que se perennizó en él como un súcubo, como el modo abyecto de su latente energía testicular, permaneció dentro de sí virgen para el surgimiento de su amor virtual.

Sí, nosotros, lo perdimos empujándole a los tentáculos de esa mesalina errante de pueblo en pueblo. El trauma de haber sido pasto de una devoradora de hombres, —sólo para demostrarnos su virilidad—, hizo que con los años se aferre más a su obsesión profiláctica. De esto que se oponía al contra ejemplo de la virtud de emparejarse: *Prolongarse en la intemperie es una abominación del ser primitivo*. El asceta, arrodillado ante la revelación de su santidad, expatrió a sus instintos primordiales. La vida del rumiante vegetariano giró en purificarse a sí mismo, apartándose de la corriente carrera a un bienestar corrupto. Vermi, burlándose de la sucia modernidad allende la pradera, nos predicaba: *Más progreso que el mío: ¿cómo?, ¿dónde?* Así fue atendiendo su vocación para suprimir el dolor de la ineluctable decadencia de la carne. Refugiándose en la contemplación fue poseyendo los secretos de la alquimia para arrancar de cuajo las sombras tenebrosas de su encarnación.

Entretanto, en la subtropical aldea de Malacatos, el Saqueador fundaba la cofradía de Los Alverjeros: la antítesis de la sociedad para la muerte dulce en Placidville. Edificamos la Casa Azul, portal literario que goza de salud frente a la plaza central de Malacatos, para que la aristocracia del valle de Dioniso rinda su tributo a las letras. A partir de la inauguración de la Casa Azul, frisando las doce horas en el diario laborable del pueblo, está a punto, rebozando de aromas silvestres, la buena olla de barro con el clásico potaje sureño, alverjas-con-guineo. En el pórtico de la Casa Azul se distribuye la sopa emblemática a los usuarios de la biblioteca que así lo solicitan: “Comida de Dios”, reza el cartel que invita a degustar tal gastronomía de origen. Asimismo, la Casa Azul, suspende la producción del austero potaje por unos días de recogimiento de sus cofrades en la pantagruélica *fanesca*, laborioso manjar de Semana Santa que mezcla la esencia de los granos andinos con el bacalao seco de las islas Galápagos.

La cofradía Los Alverjeros se sostiene con el irrenunciable aporte de los réditos del tesoro que profanamos, merced a

los excedentes que proporcionan los refinados productos de exportación de quinta San Agustín, administrada en nuestra ausencia por el licenciado José María Riofrío, poeta que se ha venido mostrando asaz eficiente en la operatividad de la hacienda, y, consecuentemente, viene obteniendo reales ganancias de su explotación agrícola.

Ana, en otro amanecer de la molienda de Dioniso, se posesionará del precioso legado de la guaca de Quinara. Ella se ha preparado para el momento de llevar las riendas de nuestro fruto, y, por añadidura, de la Casa Azul. Está a punto de tomar lo suyo. Risueña mariposa del candente Cazaderos, revolotea a nuestro costado mientras doblan las campanas de la ermita de San Iñigo por el alma de Placidville. Pincho restriega sus maseteros en las insensibles rodillas del superalfa. También vivirás tu madurez canina en la gracia de San Agustín, allí darás continuidad a la estirpe de tu encomiable padre Catón quien, en el criterio de entendidos en cinofilia, fue el Odín perruno de los once pisos biológicos de la provincia de Loja.

Estamos ante la faz de la ruborosa doncella que nos pidió con candidez que escribamos en un papel nuestros íntimos pensamientos hacia ella, y frente a ella. El muchacho imberbe, —con toda la poesía que éramos capaces—, anota sonrojándose sobre el papel: *Deseo prenderme a tus pechos, morderte el corazón*. Ella también escribe su voluntad hacia el chiquillo, pensando en recompensar la sutil rendición de amor que recibiría de éste, remitiéndole a su vez: “Hoy deseo ser tu amiga, y a lo mejor mañana algo muy fuerte para vos”. Intercambiamos los mensajes con el fácil pudor de la pubescencia, la muchacha estalla en risas antes de llorar compulsivamente e increpamos por haberla confundido con una succulenta víscera. ¡Antropófago! A partir de ese dramático suceso tuvimos noción de lo que sería el sátiro ojiazul. En nuestra nocturnidad de quinta San Agustín, el prurito de devorar un corazón palpitante de doncella, cedía con la luz ecuatorial, cuando enfocábamos en el túnel de membrillos a Ana.

Sujeto pragmático fue el Saqueador. Avanzamos en la desencarnación, sin dar badajazos por el universo diminuto que perece en silencio, apurando indolores el carrete de la memoria fronteriza con la muerte, experimentando una suerte de aclimatación en la antesala del fin/todo. A San Agustín, —nuestra reserva aristocrática—, no entraron los vendedores de ilusiones con su reprogramación para la excelencia, sustentados en la estupidez de sus clientes. El oro de Quinara —transmutado en el tabaco Toboso, y en el Reposado Aguardiente Agustino— sigue dando un estipendio para el artista de la Casa Azul, surgiendo de esa cantera el aporte literario de Los Alverjeros. Jocosa es la leyenda que cunde sobre el Saqueador, aquel pacto con el súcubo; fábula que emula el viejo trueque entre Satanás y el hombre que por fortuna, y honra terrenal, rinde su alma a las tinieblas. De esto, la propia editorial Casa Azul, publicó un ditirambo inspirado en el único asalto veraz a la guaca del Inca; su autor, Alberto Vivanco, le nombró: *El aventurero de Placidville*. Nos perdimos el lanzamiento de tan sabroso ditirambo de hamaca, a precio de bolsillo de muchedumbre, en los cuartos gastronómicos de Guatería Manaba, sudando el sancocho de atún y la guatita con harto limón y ají verde.

Moverse al vaivén de las masas no era el plato fuerte del aventurero de Placidville, de ahí su necesidad de fundar una cofradía que sustente el portal literario de la Casa Azul, en conjunción con la rechoncha olla de barro a dos asas, concentrando a fuego reposado los jugos de su espíritu libérrimo. ¡Oh, cuán cálido viene nuestro estudio de la Casa Azul! Ahí no fungimos de exquisito cirujano para hacer cuentos, tampoco se nos benefició con la paciencia trashumante del mamut para hacer novelas de largo aliento, ni tuvimos la temeridad del poeta decapitándose con los crepúsculos; escogimos novelar ensayos en prosa neurótica. “Impregnadas con el pragmatismo del aventurero de las praderas que desconozco”, acotó el prologuista de nuestra obra, Olegario Castro. A ese hombre gótico, escalador de fieras vertien-

tes pétreas, libre radiodifusor, le propusimos que por excepción —al no ser un residente de Malacatos— se incorpore a la cofradía de Los Alverjeros en calidad de miembro honorario de ésta; empero, éste, excusóse de someterse a perpetuidad al calorcito subtropical que despidе la molienda de Dioniso, el noctívago de las ondas de radio Marañón se había declarado un lobo de páramo intransferible, asentado en su campamento base en la sagrada loma de El Panecillo sólo podía descender a nuestro San Agustín de vacaciones, o sea a hacer los días de un perezoso. No obstante, desde su nicho de tierras altas fue, es y será, el riguroso autor de *Las Primeras Palabras* de los productos de la Casa Azul.

Nos ausentamos sin haber hollado los cuartos de radio Marañón, no husmeamos en el domo que domina a La Medusa Multicolor. Sin embargo, vislumbramos el fortín de Castro en la rechoncha cima de El Panecillo, su figura nos baila en la mente como si la hubiésemos grabado de cuerpo presente. Vemos al domo levitando entre nubes como si fuese una nave alienígena anclada al amanecer de la metrópoli del altiplano presta a hormiguar a sus pies. El edificio futurista de radio Marañón comparte su gracia con una inmaculada celebridad: la prominente escultura de la Virgen Danzante, gigantesco simulacro del ecúanime arte del artista Bernardo de Legarda. No la hemos pisado pero imaginamos la suave rampa espiral que asciende en los niveles del domo que aparenta una nave extraterrestre acolitando a esa danzante reproducción de la virgen Inmaculada, juntos hacen la postal cósmica en las estribaciones menores del Rucu Pichincha. Nuestros sentidos no han paseado por el medio ambiente urbano que cerca a los cuartos del gótico, aunque sí tenemos la clave de los submundos de esa metrópoli plagada de letreros rutilantes. A través de las ondas largas de radio Marañón transmitiendo, en la aurora del lobo de páramo, recogimos la atmósfera cargada de silencios con intencionalidad de los oyentes noctámbulos.

Ana se distrae en su propio monólogo de los adioses, ocupándose de la música de los grandes maestros “salvajes” que ha

dispuesto para la empatía con el génesis de la pradera. Ella está evitando malgastar energía en sentimentalismos baratos, así podrá hacer un saludable retorno a quinta San Agustín, como diría el escalador Olegario Castro: subir una pared es también poder bajarse de ella... Celebramos la sabiduría de Ana; mientras nos mandamos a mudar, disfrutamos por igual los momentos musicales de hamaca. Pincho se integra a la propuesta melódica con su original cuota romántica: aúlla quedo, contrayendo sus acuosos ojos de almendra, la máscara iluminada porque él también se mudará de su estado pasivo a la acción en el valle de la infancia que se perdió por venir a la vorágine de Placidville. El sentido reclamo del cancerbero no tardará en recibir la respuesta múltiple de la manada druida, inundando nuestros oídos con sus cánticos primordiales. Pincho ya se alborota panza arriba en la carpeta, rueda emitiendo gruñidos de placer, suspirando ruidosamente por las fosas nasales antes de caer en un sueño que lo elevará al grado de lobo dominante de la manada druida. Duerme animalito, en esta villa no tienes a nadie que pida tu noble paquete genético, no perteneces a ellos porque una porción de ti fue domesticada; sabes más que nosotros que tus "hermanos lobos" te harían picadillo allá fuera. Duerme cancerbero, mañana tendrás tu propia familia de pastores.

Olegario Castro frecuenta, en calidad de invitado predilecto, quinta San Agustín; él se allega a nuestro lugar a tomar baños de molienda de caña dulce ocho días al año, clausurando por ese periodo la radio libre Marañón, como ha hecho costumbre cuando se ausenta el único, irremplazable, residente del domo de El Panecillo. El lobo de tierras altas desciende de sus aires pichinchanos, cubriendo los centenares de kilómetros que lo separan del calorcito de Malacatos, para hacer uso de su pasaporte vitalicio a gozar de las delicias de nuestra quinta-jardín. "Venimos en calidad de perezoso", seguirá diciendo a manera de saludo, aligerándose de su bagaje ascensionista, refocilándose en los aromas que obsequia el río, y, bebiendo del reposado aguardiente,

de improviso, le rodará un lagrimón sobre los versos del vate de las verdes matas. A través de las bajadas que hizo a San Agustín nos dejó ver en el mapa de esa angulada faz hirviendo en matices rocosos, descubriendo las vívidas gencianas carmesíes que se desprendían de su daltónica mirada. Dijimos, *Olegario es la náusea del urbanícola trocándose en púrpura genciana de páramo...*

Comparece a nuestra galería el que fuera teniente político de Malacatos, el mentado *Levantacadáveres*, motejado así a partir de su primera acción pública. Lo retratamos como un hombre de temperamento configurado a la constante sabrosura de valle subtropical, hecho para una tierra exenta del bochorno de un clima tórrido y de los rigores invernales. ¡Nuestra tierra prometida! Es imborrable la humanidad de este coprotagonista de nuestro tiempo de cosecha. Enfocamos al señor Teniente Político, apenas tomando posesión de su eminente tarea, siendo requerido para hacer el levantamiento oficial del occiso que amaneciendo apareció con visos de haber sido asesinado en el atrio de la iglesia de Malacatos. Nuestro Teniente acude raudo, acompañándose de cuatro gendarmes municipales, al lugar del supuesto crimen para cumplir con sus altas funciones; posándose impávido al pie del difunto, ordena a sus ayudantes: —¡Levántenlo!—. Ahí reside la gracia del Teniente Político que conocimos, su sobrio “¡levántenlo!” está inmortalizado en las paredes de Guatería Manaba, siendo la única palabra que oficializó el levantamiento del cadáver.

Ana sabrá tener noticias del actual *Levantacadáveres*, y sacará a la luz una versión más nutrida que la nuestra. Ella es constructora de puentes entre los microclimas de la corrugada geografía de su cuna y el hombre asentado en la ambigüedad como estado natural, bifronte. *Ana entró hidrópica al valle de la cosecha, antes de cuartearse en la incesante sequía de su lugar; vino huyendo de la miseria del caserío fronterizo con la Parca, abandonando a sus muertos en el corralito de cabras... Está escrito.*

No tenemos memoria para los muros que nos encerraron en nuestras visitas de médico a las problemáticas ciudades

del homínido veloz; guardamos reminiscencias de otras paredes gratas como las de Guatería Manaba, que nos atraparon con sus leyendas de puño y letra, y también colaboraron con los cálculos en la vejiga y riñones. Estampamos en ese recinto del sancocho de pez azul vocablos, frases mezclándose con las del vate J. M. Riofrío y las de Ana de Cazaderos. *Aquí se come como romano/ A tragar viniste/ Inflate mientras sigues girando en los lomos de la Gran Madre/ Conoce la provincia, la frontera calcinada, el sudoroso podocarpus, el bosque petrificado/ Despréndete del alcanfor urbano/ Una salvaje voracidad por la unidad me llevó a explotar/ ¡Albricias!, estoy en franca expansión/ Macho profundo, sueltas un repertorio fálico cada vez que abres las fauces.*

Ana despliega la sonrisa que nos regaló tras el portal de la quinta-jardín, a la sombra del túnel de los membrillos; es la niña-mujer despidiendo perfume afrutado, a punto de añejarse en las bodegas del Reposado Aguardiente Agustino. Pincho, saliendo de su ensueño, percibe la creciente energía del ente superior que nos envuelve con su luz lateral, nuevamente se mete a olfatear novedades en la fuerza que se tomó la estancia. Ana se solaza con el ávido rastreo del can girando en torno a la humanidad del superalfa, apoyando sus rodillas sobre el piso, guarda el diorama memorable que hacen esos dos viejos camaradas. Pincho, satisfecho con su minuciosa revista, termina sentándose a nuestro costado para que en acto reflejo nuestra mano izquierda se pose sobre su cruz; éste ladea la cabeza, devolviéndole a Ana la cortesía de su alegre observación.

¿Preparamos con Ana este momento? La sensación de estar retornando al acto final es intensa, aunque suscitándose como nunca este ambiente airoso de la luz lateral de la Parca, aquí dentro; fuera, la inminencia del fin, nos mete en la claridad que despiden las dos primaveras en su distintivos tiempos y originales horizontes. Allá prendemos, con la mano diestra, la copa de catar el reposado aguardiente de quinta San Agustín, aspirando los

olores de la quintaesencia del valle subtropical pasado por el trapiche. Aquí gozamos de una comunicación directa con la pradera de las flores reviviendo.

El cuerpo moribundo emite un aura que ya vislumbramos paseando en soledad por la avenida de los arupos efervescentes. Esta aura debe ser la muestra de la lucidez del universo, el meollo del soliloquio que iniciamos en el vientre materno. La Doña se ciñe al buen talante para con el hombre incrédulo de pailas hirvientes que condenan al caído a un dolor infinito de la carne, éste ya experimentó su infierno con los pies en tierra, con el mismo cuerpo que lo paseó por las alturas de lo divino. Hemos reunido a las porciones del hombre que encarnó al sátiro sustentado en la largueza de su apolínea constitución; al dueño de una ansiosa tripa despachando sangrantes filetes de carne roja a la parrilla; y, al caballero delicado con la campesina de Cazaderos, sirviéndole el aperitivo, queso de cabra rociado con Jerez de la Frontera. Si el señor Diabolo estuviese aquí, disfrazado con el traje que usa en la etiqueta de los frascos de Ají Rocoto, se embriagaría de cólera frente a las sensaciones edénicas que repasa el agónico Teodoro Morris. ¡Aquí reina la luz lateral de la Parca! Ella nos manifiesta: *No temas colocar el punto final a tu obra, tienes una muerte a medida.*

Ana entona su soneto a la madre ausente, recorre su infancia en el hidrónico confín de Cazaderos, ya brotan aromas a tomillo del fogón que colindaba con el hambre. El árido paisaje de su niñez revive en el perfume del cabrito sacrificado en nati-vidad, el cual transformaba el desamparo en un oasis de cuento persa. Ana se introduce en las fragancias a tomillo de la gastronomía de origen, el buqué montaraz del “chivo al hueso” se toma la villa. La campesina de rostro terso, ajena a los afeites callejeros, eleva su voz solidarizándose con la oropéndola que canta en su abrevadero de amor. Apoyándose contra la pared de la falsa chimenea, que esconde el dispositivo crematorio, se deja ir en la ola herbosa que pinta el naciente, fugándose en el tierno amarillo que picarán los cuervos como si estuviesen ante una mesa servida de productos dionisiacos.

“Nuestro Saqueador superó el pilar lúgubre de Placidville, pero se quedó sin opción a descender de la altura donde se encaramó”, así podrá decir con su lenguaje vertical Olegario Castro, cuando se anoticie de nuestra defunción. No vino Satanás a hacernos las cuentas acuciosamente, éste pasó de montar tedioso juicio contra el hombre que no pidió su favor para desenterrar la parte del oro de Quinara que le tocó. Aquello de sopesar el alma para dictaminar nuestro destino en el *más allá*, quedó en trámite de anécdota desde que nuestra unidad de carbono entró en el tramo de irreversible desintegración. Si hubiese asomado las narices el tal, vaya que las cuentas habrían sido fáciles de hacer, fuimos tanto senderistas en los dominios de las potencias subterráneas como por la mañana constante de la molienda agustina. No arribó el señor Diablo para reclamarnos satisfecho por lo del tesoro, aullando: *A pagar se ha dicho por el favor que le hice a tus vicios masculinos en la oceánica irracionalidad del sátiro ojiazul.*

La certidumbre que irradia nuestro fin, difumina cualquier atisbo de ansiedad, hete aquí deshumanizándote con la muerte. Qué divino silencio mientras se transforman estos fluidos materiales, ahora que se hace efectiva la hipoteca de mi día carnal. Cuando se tiene el paisaje del tesoro que conquistaste, Saqueador; despreocupados de los punzones de la sangre, es inevitable disfrutar de la retirada. Ante la ausencia de Lucifer, prosigamos haciendo nuestro propio balance, como aristócratas que somos tomemos el día promedio que nos redime residiendo en el valle de Malacatos, lugar donde acumulamos ingente luz ecuatorial. Un amanecer en San Agustín basta para redondear las cuentas claras del Saqueador, y detonar el misil de la alegría sobre la tiesa piel de la humanidad de Placidville. En esta hora, el tiempo es alargarse en el haz que nos arrullará hasta el segundo mismo que concluya nuestro entendimiento con la Parca, y sobrevenga el punto a la actividad de un hombre poderoso.

A vuelo de águila real... A la mañana de Malacatos despertaba a las seis horas, con el abundante sol ecuatorial. La

luz entraba a raudales a los balcones orientales de San Agustín. Florecíamos en la gama de colores que nos devolvía el jardín moro. El olfato salía a revolotear en las fragancias del aguardiente añejándose dentro de los barriles de cedro, de ahí pasaba a husmear por la estancia donde reposa el tabaco colgado en las vigas, recogido en la penumbra hasta la confección manual del cigarro. Ana también se movía temprano en la mansión del ocio incesante, llegaba a mí con los aromas del café Zaruma. La campesina de Cazaderos respiraba hondo en su gimnasia matinal, pintando el nuevo cuadro impresionista de su reino clorofílico, desayunándose con el canto del pájaro brujo y los quindes pican-do en la miel de campanas fucsias.

Ana echando sus redes al parque botánico, a los sembrados de tabaco, a los borricos en el tráfgo de la zafra rumbo al sacrificio del trapiche, a los mangos arrojando en su ancho follaje el sueño diurno de nictálopes duendes.

Ella igual hizo su mañana en quinta San Agustín.

Cuando florecían los faiques del cerro de La Mina, plasmando fragantes borlas en dorado, te entregabas a secreto llanto, celebrando haber conquistado el permanente murmullo del agua de manantial, jurando morir con esa eufonía.

La niña-mujer aprendió a leer el rubicundo mapa de la faz del Saqueador, quien, frizando el mediodía, se mandaba a mudar a su imperativo en la Casa Azul: consumir el legado del bifronte escritor, borrajando de pie en el ordenador empotrado al atril que recibía el peso de su lenguaje. El estudio de la Casa Azul era el campo de batalla del guerrero reventando, peripatético, renglones entre los noventa y cinco metros cuadrados de la plaza donde no dan tregua los demonios de la creación, apenas descansando la vista con el refrescante patio andaluz adornado de limas, y en el labrado escritorio de caoba que lo forman tres ascendentes naves modulares, el cual fue bautizado, por Olegario Castro, *proa al naciente*, en alusión a la escalada integral que hizo a las cumbres del monte Chimborazo. No obstante que ese escri-

torio representa las ascendentes cúpulas rumbo a la cognición de uno mismo, nuestros escritos —obra cimentada en ese español sonoro que adoptamos en Malacatos— no fueron asentados sobre la bruñida faz de *proa al naciente*.

Nuestra obra. Convengamos que combinaba vocablos populares recogidos de oreja —mediante diálogos campechanos que sostuvimos o que fueron incorporados sobre la marcha de conversaciones ajenas— con palabras arrancadas por los ojos a un veterano diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. “Sentarse” a edificar nuestro reino egoísta fue una tarea propia del hombre que solo escribía de pies, apoyándose en el robusto atril sembrado en mitad del espacioso estudio, pues, el escritorio *proa al naciente*, sirvió para sostener un diccionario que nunca se ajó por el uso, y para el deleite de los ojos y el tacto posándose en sus naves. Ana lo usaría si fuese menos inquieta que nosotros, pero de hecho, nuestro escritorio, seguirá siendo una obra de arte para que ella descance los sentidos entre peripatética conjunción de letras; para hacer su tarea le bastará el sólido atril, de pie irá transfiriendo vitalidad, dotándole de alma a su esclavo de silicio; y, en el ínterin de su catarsis, circulará sin obstáculos por el ventilado recinto, pisando fuerte en el piso de gres rojo. Sufriendo la alegría y el dolor de alumbrar, cuajará su obra cimentada en los demonios y ángeles de cada jornada pensante.

Ayúdanos, Señor, a liberar a las invencibles Furias de este día..., decíamos trepando a los lomos de nuestro corcel árabe, Pintón. Luego galopábamos rumbo a la Casa Azul. Llegando nos apeábamos con parsimonia donde Pintón se quedaba abrevando a la sombra del árbol de chereco, y nos dirigíamos al zaguán que hospeda el potaje insignia de la cofradía literaria de Malacatos, la buena olla de alverjas-con-guineo. En ralas ocasiones, de oportunidad, se aparecía el noctívago vate J. M. Riofrío, revestido de apacible ánimo solar (siendo que sus Furias se levantan con la noche), portando dos aguacates maduros para hacerlos parte

de la ración de la sopa emblemática que se disponía a saborear. Ahí está Riofrío distraendo nuestro ímpetu por trascender en el atril, llamándonos al recreo antes de asentar una letra. Su alegre talante nos impedía soltarle una falsedad como, “voy apurado a *sentarme* a escupir treponemas en el *proa al naciente*”, y con ello alejarnos de la tentación que exhibía en sus manos el poeta de vacaciones. Entonces se imponía el llamado de la tripa del sátiro ojiazul, postergando el tráfago literario pasábamos a ocupar la mesa de piedra de exclusivo uso de los “cofrades con hambre”, dispuesta en el patio arabesco de la Casa Azul, a la sombra de las limas y el rumor del agua de la pila de alabastro. El tiempo de alverjas-con-guineo reforzada con tajos de aguacate transcurría balsámico; arrellanándonos en las sillas de mimbre, almorzábamos con la teoría del cultivo del babaco que ha llevado a la práctica en su lar, hasta las últimas consecuencias, el sembrador Riofrío.

La imprescindible Marina Armijos... Los vapores de la gran olla de barro conteniendo las alverjas-con-guineo, vienen con la amable figura de la vigente dueña de la sazón de la Casa Azul. Marina Armijos entró joven, chiquilla, desde el inicio de la cofradía de Malacatos, a tomar cuidado de nuestro fundamental potaje. Ella seguirá recogiendo retazos de conversaciones ajenas para hacer suyas expresiones que cautivan su oído. Intempestivamente introduce en su lenguaje vocablos, a jornada completa, hasta que se harta y los manda a perecer en el olvido. Una de las tempranas voces que Marina Armijos estrujó a placer fue “cabalmente”. Y, cabalmente, le sirvió de maravilla a lo ancho de sus circunstancias, demostrando su insospechada versatilidad.

—*Marina, puedes servirme ya mi ración de alverjas* —dijo J. M. Riofrío.

—*Cabalmente está recalentada como a usted le gusta* —replicó Marina.

— ¿Llegaste a sacar la cédula para las votaciones? —inquirió J. M. Riofrío.

— Sí, pero cabalmente no voy a votar por nadie —replicó Marina con asco.

— No seas tan fiera —repicamos a dúo con Riofrío.

— Cómo yo ya sé, no necesito que ningún cristiano me lo repita, cabalmente soy así, ¡fiera nací y fiera moriré!

Un ingrato día, Marina Armijos, se encontró con el antídoto a su adicción por el ubicuo cabalmente, sucediendo que se presentó un locuaz albañil a trabajar en la Casa Azul, quien evidenció igual vocación por el uso del cabalmente, remitiéndolo al prójimo en toda ocasión que consideraba generoso hacerlo. Marina concluyó que era el momento de sepultar la palabreja, despidiéndola de su diario para reemplazarla por otra más corta pero igual de contundente a la hora de rociarla al público, reapareciendo triunfal con el “tenaz” en la boca.

— ¿Marina, estás a punto para la semana de fanesca? —dijo J. M. Riofrío.

— Va a ser algo tenaz, mi don Riofrío...

— Entonces será un potaje digno de esos dos católicos viejos, don Quijote y Sancho —acotamos distraídamente.

— Le certifico que será una fanesca tenaz, ya lo comprobará usted, doctor Teodoro, y usted señor poeta de los faiques —replicó, oronda, Marina Armijos. Y añadió dirigiéndose a J. M. Riofrío —: ¿Usted sabe dónde nacieron esos dos? Ese señor tenaz, alto y con barba de chivo, yendo en un caballo flaco a la guerra y el otro regordete que va con su burro y no quiere pelear sino comer y dormir...

— En la mente del Manco de Lepanto; sí, señora, has de saber que en el caletre del señor Miguel de Cervantes Saavedra, nacieron entrambos —replicó harto divertido el poeta de los faiques.

— Sí, cualesquiera que los oiga ha de creer que son un par de loquitos... O sea que no son de carne y hueso, ¿tenaz, no? Pero si a cada rato los nombran, que el señor don Quijote esto y que el tal Panza lo otro, y no vendrán con las ficciones o qué sé yo. ¡Jesús bendito!, mejor me voy a mi cueva, por eso no me gusta quedarme con ustedes... ¡Qué tenaz!

Fuimos pragmáticos... En el valle de la perenne primavera, se mantuvo un orden coherente dentro del calendario del ocio incesante. Escribir vigorosamente, en el estudio de la Casa Azul, fue algo que jamás sospechamos a lo largo de nuestra juventud excavadora, ante la frugalidad de los campamentos mineros, donde el espartano no daba espacio a las sutilezas del pensador. Cómo dábamos vueltas en catarsis alrededor del atril, allí liberando las ideas encarnadas de media tarde, ingresando sentimientos a la memoria del esclavo de silicio que se estremecía con nuestro poder. Los demonios liberados en las cuartillas nos provocaban euforia hasta el momento de parar que nos traía el temblor estomacal, entonces salíamos del campuroso estudio anhelando el crepúsculo y el aire fresco del corredor de las hamacas, buscábamos acariciar la peluda faz del cancerbero del nocturno de quinta San Agustín, Catón.

Entrando en la tardecita, al son del galope airoso de Pintón, nos alejábamos de la aldea por la perfumada sombra del sendero de ciruelos. Avistábamos con gratitud la venta de don Lombardo, esa parada obligada para fumar y conversar sin sobresaltos. ¡Qué sabroso es echarse un cigarro donde don Lombardo, la memoria hablada de Malacatos! El corcel árabe, conociendo el talante y hábitos de su amo, cedía en su carrera sin mediar más orden que el de nuestra mutua comprensión entre mamíferos. *Buenas tardes con usted, don Lombardo...*, decíamos ya apeados en la tranquera de la venta, intercambiando saludos con el socio de la tardecita del tabaco que ayuda a hacer la digestión del ensayista que novela. Lombardo, acompañado de su can Ovidio, tomaba la fresca sentado en el poyo, extendiendo sus manazas encallecidas de campesino octogenario —manos con forro para doblar espigas— nos manifestaba que él no rechaza una invitación a fumar un puro Toboso, siendo como era un apologista de los productos de quinta San Agustín. Esos ojos verde-olivo, que se han cargado de luz en la constante primavera de Malacatos, chispeaban con la plástica. La tardecita se filtraba en el interior del recinto, dis-

parando rayos que perforaban la penumbra donde descasaban odres de aguardiente agustino, listos para satisfacer el gusto de los que pagan bien por lo exquisito de origen. Don Lombardo, en honor al buen trato que mutuamente nos prodigábamos, se empeñaba en acompañar el cigarro remojando de vez en cuando el gaznate con el aguardiente de las cañas que rodean su venta. Nos tendía un vasito de plata con el fruto del tesoro de Quinara.

—*Créame, mi rubio, no he visto un perro más donoso que su Catón, fíjese que mi Ovidio ha heredado la carita de lobo feroz de éste, su atildado padre.*

—*¿Y cómo negarlo, don Lombardo?, ahí están patentes esos ojos de demonio de mi Catón.*

—*¿Una copita?, mi doctor irlandés..., hágame la fineza de aceptar un trago de sus verdes matas, que en esta humilde casa no falta para los ilustres que la visitan. ¡Saludcita, joven!*

—*¡A la suya, don Lombardo, por esa risueña longevidad sin afeites!*

—*Linda pareja, tabaco y aguardiente, y lo mejor es que han sido siembra y cosecha de nuestras manos, como nos gusta haciendo honor a Baco.*

—*Aquí estamos dando pábulo a las agujas del ácido úrico.*

—*Qué gota para infeliz, aunque no se haya fijado en mis carnes de octogenario, le extiendo mi solidaridad ante los punzantes efectos multiplicadores de la suerte de príncipes y reyes. Y usted es uno de ellos mi joven Saqueador.*

Otra vez la senda de ciruelos. Dejando la venta de don Lombardo, evitando posarnos en el grácil galápago que porta el corcel Pintón, marchábamos a cual con su paso por la fragante penumbra de las fanerógamas subtropicales. El crepúsculo se hacía tinieblas atravesando el bosque de huilcos. Aires de la miel que prosiguió al rumor del trapiche se confundían con los perfumes de Ana, que nos aguardaba en la mansión recoleta para merendar con nuestras pequeñas felicidades. Los duendes que habitan en el venerable mango se reanimaban, prestos a servirse del trampolín a la montaña de bagazo.

En la Casa Azul se apagaban las voces de sus inquilinos, sólo quedaba su celador, el bardo J. M. Riofrío, quien respiraba el hálito de hisopos por su vena nocturna, urdiendo los renglones subversivos del revolucionario.

Acá nos falló la presencia del etiquetado demonio, aquel de la figura del apetitoso *Ají Rocoto*, el cual, por extensión, ha prestado su estampa a una infinidad de golosinas y útiles de consumo masivo. Deseábamos entrevistarnos con nuestro católico don Sata —por ese sentimiento de familiaridad que nos acompaña desde las fábulas de la niñez—, en la esperanza de que en vivo nos aclare sobre su evolución infernal, y nos dé un resumen, personalizado, en torno a la adaptación de su poder a estos tiempos bulímicos/anoréxicos. No arribó el señor Diablo para participarnos de sus avances, partiendo de los primordiales infiernos hasta los infiernos de nuestros días. Hubiese sido fantástico que de las fauces del ser supremo de las potencias oscuras brote su versión del progreso infernal, y nos entregue el balance del desarrollo que han alcanzado sus círculos desde su apoteósica inauguración en los Libros Sagrados. Deben haberse sumado a su devenir gigantescas masas de condenados a medrar de las zahúrdas infernales; aquí mismo ya bajaron los de la leva de Vermi Hood. La malditas cuestiones penden: ¿Serán las mismas aglomeraciones monstruosas de bípedos desperdiciando abajo tal cual lo hacen acá arriba, y esa marea pestilente denigrando al propio Luzbel, convirtiendo su éxito subterráneo en una suerte de tormento indefinido para su sensibilidad de serafín caído, siendo una abominación para el propio príncipe de las tinieblas el ver convertido su país en basural. Satanás dueño de la inconmensurable letrina del progreso?

Así como nosotros vislumbramos el infierno en el intervalo de las pequeñas felicidades que nos otorgaban porciones de eternidad, Luzbel, vislumbra su estado original, puro, éste anhele gobernar un continente de máxima densidad de espíritus nobles, y lo que tiene es una pesadilla con los ojos abiertos, un fatuo infierno. El príncipe de la luz que engeguece estará agobiado por

ese constante fluir de bazofia humana, pues, siendo un poeta soberbio, se consume en miasmas, sentenciado a sufrir una sequía de vates y auténticos artistas, condenado a no reproducir sus pares en su lugar, siendo que no es retribuido como se merece por la infatigable ayuda que ha prestado y sigue prestando a las mentes atareadas de los creadores. Con Luzbel caído nació la poesía.

El Saqueador no se encomendó a Lucifer para conseguir su residencia en la molienda agustina, libre de su amparo buceó, a su real riesgo y conveniencia, dentro de las cavernas de su ambición, reventando en el ocio incesante. Vermi, a su estilo, también hizo realidad lo del ocio incesante, pero en la oscuridad sicalíptica. De ahí la incapacidad de Vermi para atender la dualidad del hombre que asendereada por sus monstruosos laberintos y sabe regresar al sol del cínico. Satanás nos diría que él también es fuego: ¡calor de vida!; sin embargo, su reino se quedó sin la gracia bifronte de ser alternativamente luz y tinieblas. —*Caramba, en Malacatos, ya estamos recibiendo el calorcito de valle interandino*—. Hemos concluido que don Sata anhela padecer la incertidumbre de los aventureros, asqueado del diseño vil que pulula en su lugar extraña un Renacimiento de proporciones épicas; ahí, donde reina la podredumbre, pretende un oasis de poesía. Digamos que él sueña con una cofradía de Los Alverjeros haciendo arte en el zócalo del infierno.

Vermi Hood se mantenía informado del devenir del sátiro ojiazul en la tierra bendita que le donó el oro de Quinara, y sobre todo el maná de los trópicos: Ana de Cazaderos. No calculamos el impacto subliminal que había provocado en el anacoreta de Placidville el retrato epistolar que levantamos de ella, le habíamos remitido a la mujer que en el inconsciente del criptógamo prendió fuego. Años después, apenas verla y supo fabricar un trasunto de la campesina, logrando el sucedáneo de las fragancias femeninas que resucitaron a la libido que había decapitado. Nuestro bizarro siamés no estuvo para descubrirse a sí mismo en la Ana de carne y hueso; hablando a lo ascensionista, se nos fue sin saber lo que es vivir una cumbre femenina, explorando con

devoción sus vertientes, atacando al filo de la locura el ápice de su caldera bullente. En San Agustín montamos el “campo base” de nuestras ambiciones ascensionistas; aunque sin haber escalado ni una de esas montañas que Olegario Castro las menta como seres vivos, hicimos las torres de la hermosura prensil de Ana.

Nuestro tiempo irreverente de Harvard. Allá nos metíamos largos tragos de *Wild Turkey* y el fornido estudiante, Teodoro Morris, gritaba, en mitad de un gozoso ambiente católico, de cantina irlandesa: *¡Somos panteístas y no tenemos cuentas pendientes con nadie crucificado!* Inspirados en el espíritu celta pretendíamos emborrachar al demonio cristiano que, entregado a su tarea de cazador de talentos universitarios, nos susurraba: *Ven conmigo, muchacho, te invito a levantar un flamante averno: mi Renacimiento.* De esto que hemos madurado “la idea” de que Luzbel busca individuos idóneos para revolucionar su lugar, vates infiltrados en el crepúsculo de la era velocista. El señor Diablo se habría refinado en los tormentos que aplica a los usuarios de su infierno, verbigracia: induciría a los innúmeros facilitadores del *Arte de consumir nihilismo*, a intoxicarse con sus juegos de palabras sublimando la materia de su hipo; y esos de la *Autoayuda para inermes*, desesperándose por darle lógica a su absurdo, padecerían incontinencia urinaria a perpetuidad.

¡Cuervos falsarios!, aullaría Satanás arrebatado de ira por no tener derecho sobre aquellos que sacan a la luz sus demonios en las alturas de su creación artística. Entendemos que éste se resienta porque los auténticos artistas, que han dejado este mundo, no estén de cabeza en su infierno, embebidos en la tarea renacentista que les impondría su principal. Semejantes creadores nunca arriban a su lugar, impedidos por un milagro, así sus almas se desvían al no sé dónde de los que han sufrido demasiado para ser condenados a nada. Luzbel clamaría por un juego limpio.

Lancemos los dados sin milagros, ¡Señor! Nos preguntamos para qué sirven tus cuervos que venden mi imagen de ángel caído, mediante una compleja e eficiente red de mercadeo, si después de que

Santas Inquisiciones ordenaron que excelsos vates vengan de cráneo a mi lugar nada de eso se dio más que en la literatura fantástica de éstos mismos pecadores que con el culo en tierra evolucionaron,—gracias a mí—, todo lo que quisieron. Tanta alharaca para nada, los ¿condenados? se extraviaron en el ínterin del traslado dando en el más acá de los insobornables. Es indignante, ¡Señor!, así no me es posible reivindicar el poder poético del averno. Nosotros también somos aristócratas, ¿dónde están todos aquellos locos sublimes que se echarían al hombro nuestro Renacimiento? Abominable misterio. Jamás me cumplieron los cuervos desgraciados... Esa alma irrepetible, Cervantes Saavedra, vaya caso que hizo de la sentencia de los inquisidores. Ni un pelo de éste por acá, cuando lo íbamos a recibir como a un héroe, y, por esos movimientos celestiales impredecibles, en los instantes propios del traslado, se trastocó su destino infernal. ¿Dónde estará haciendo la “cuarta salida” el Quijote? En el infierno, seguro que no está el predicho, y éramos los llamados a refocilarnos con la prolongación de sus aventuras. ¡Malditos cuervos embaucadores!

Aquí sí se desarrolló un divertimento de las fuerzas subterráneas, siendo Vermi Hood el instrumento para llevar a cabo el último progreso; así, el mundo tendrá, en su prontuario de la irracionalidad humana —a nombre de la pureza—, a la leva de Vermi entre los casos más apetecidos. Aunque esta suerte del alquimista de Brecha de Búfalo, apenas lograría un pestañeo desdñoso del señor Diablo; éste se habrá detenido a decirle con sequedad, a la sombra del ejecutor de su broma en Placidville, “pase amigo, sírvase usted mismo, consuma a discreción su paga en nuestro reino”.

Barrantamos en lo fantástico que hubiese sido aquí, a la luz lateral de la Parca, dialogar con el ente que conforme a la leyenda de Quinara debía apersonarse para cobrarle al Saqueador los réditos de ese oro bien obtenido y sobre todo bien sembrado. No llegó encabezando una procesión de las oscuras criaturas interiores del sátiro ojazul, ni a mostrarnos que Luzbel fue diri-

mente a la hora de ejercer nuestra fuerza creadora en el atril de la Casa Azul.

La paradoja es que, la figura de Satanás, se vende a multitudes que jamás éste soñaría en contar cuando se ilusionó con su propio Renacimiento. Su estampa, merced a la sagacidad de los diseñadores gráficos, se halla en los picos de popularidad del género humano. Y sigue creciendo en la competitiva diversidad de la oferta de salvaciones en el *más allá*, siendo que la amenaza de su lugar es una constante invocación a la enmienda. Conforme a la época el mismo infierno está especializándose a tono con la prisa, discriminando automáticamente a sus usuarios en la ejecución de la tortura correspondiente a sus perversos actos terrenales. Los manipuladores de la imagen total del señor Diablo, han montado la industria de salvaciones a semejanza de las transnacionales del billete, cada secta viene apostando a la utilidad en sus servicios de bendiciones ecuménicas, seleccionando a los predicadores más aptos para emprender en su labor pacificadora, quienes son instruidos para cuidar con celo de las finanzas terrenas de la institución que los catapulta a la excelencia. La legítima disputa por adelantarse en la carrera santificadora, ha hecho de Luzbel un artículo imprescindible de consumo en las masas, moldeable a las necesidades del predicador y a su escuela demonológica. Qué instante de dicha debió haber sufrido Satanás presenciando el juicio que ganó la Santa Inquisición en contra del espíritu libérrimo de Cervantes Saavedra. Empero se quedó inconsolable en las infernales llanuras, éstas ya listas con los endriagos y vestiglos a desterrar por el brazo del que iba a ser el *Caballero de los amaneceres sanguinolentos*. Se le echaron a perder las ventas rústicas, los leones comedidos desperezándose, las cuevas ocupadas por locos de hermosa catadura, los celosos impertinentes, las dulcineas... En el fracaso, cuando Satanás no se tolera más a sí mismo, asciende a la cima del monte Purgatorio, donde reclama su mundo de aventura, haciendo temblar los cielos del inframundo: ¡Dulcinea, Dulcinea, Dulcinea!

Nuestro propósito era concederle revancha imperecedera al Caballero de los amaneceres sanguinolentos, entregándole virginal pampa manchega, prístino mar Mediterráneo, donde largaría la mayor aventura de los tiempos venideros. ¡Nada!, ni de Galileo ni del Bruno, nada de los tantos “fuera de catálogo” que nos ofrecieron en nombre tuyo, Señor; así nuestro Renacimiento quedó en el limbo, ninguno de aquellos genios supo hacer su idéntico retorno en la incertidumbre del averno.

Sí, esa cierta sonrisa nuestra, concluye en que el otro sólo querría lo vital del bípedo metafísico para su lugar, y con ello inaugurar la era de las tinieblas habitadas de espíritus tan libérrimos como contradictorios. Tendríamos a un señor Diablo egotista, quien pondría distancia entre la hedionda muchedumbre de condenados y la aristocracia convocada a subvertir el infierno. En el ápice del pico Purgatorio, emitiría un discurso plagado de incertidumbre, participando su viraje hacia la dualidad asumida ya como un proyecto de eternidad, pues, tendería un puente a la fantasía creadora de los grandes, la que se le negó desde que dio a conocer sus ambiciones de poder todo-arriba y lo echaron a que sufra su poder todo-abajo.

El momento que se le concediera eternidad, a la cofradía de Los Alverjeros, para hacer literatura partiendo de un Renacimiento infernal, la lucha concluiría. La eternidad es enemiga de la creación, no volveríamos a explorar los parajes selváticos de Ana sabiendo que es inextinguible, sin el acicate de la Parca acechando se desvanecería cualquier intento de genialidad a través de ella. ¿Un Teodoro Morris repitiéndose a perpetuidad en la empresa de tomar su parte del tesoro de Quinara para construir la molienda agustina? Bueno eso sí, porque de ahí partió mi idéntico retorno a lo que quise ser.

Hemos aportado a las ficciones de círculos infernales en nuestra literatura, inventamos un condenado a la esfera *Barrigas desaforadas por el billete*, donde el hombre purga ese apetito devorándose a sí mismo, consumiendo empanadas que elabora de sus propias partes blandas, castrándose con el bisturí que guía su

mano firme, sabiendo que su nervio retoñará después de haber sido el relleno del manjar que, apenas salido del horno, procede a ingerir con la voracidad que tienen los capados por sus creaciones culinarias. Y esta violencia por devorarse a sí mismo le infiere ansiedad durante el lapso que se da hasta que desarrolle otra vez el alimento de su gula perpetua.

La pradera Brecha de Búfalo reaparece en la ventana donde están retozando los lobos druidas, transitando ya en el fuego naciente de oriente. Nos regocijamos con las notas de las gaitas de Erín. Así de complaciente es nuestra desaparición como unidad de carbono, algarabía de gaitas danzando en los verdes monolíticos de las meigas. Este aire celta igual nos ofrece la visión del trampolín que hace el peñón del Chiriculapo, encuadrándose como cuando era nuestra opción para una partida fulminante del mundo. Bello precipicio el del Chiriculapo, invita a un saludable vuelo; comparándose con el sentimentalismo siniestro de Placidville, ese trampolín viene a ser un sentimiento inocuo. *Frisando la cuarentena me precipitaré en los abismos del Chiriculapo...*, decía el vate J. M. Riofrío entre la risa incrédula de los cofrades de la Casa Azul. Así lo divulgamos nosotros también, apenas nos posamos en el balcón del Inca quisimos volar, volar, volar... El Chiriculapo está hecho para volar. Fascinamos con la imagen del salto mítico, más allá que la aparición de la campesina de Cazaderos hizo que archivemos esa intención en la gaveta de anuncios irrealizables, y este es el momento de recrearse con el soleado peñón despidiéndose. Al lado de la anoréxica salida del esperpento vermiliano, el cuadro del vacío del Chiriculapo es una golosina, un santiamén irradiando esperanza en el caserío de los espejismos de felicidad.

Oh, cuerpo, en franca disolución, no te oprime el dolor de la retirada atómica. Afuera, el fasto de la pradera reconstituida, la vitalidad de su flora y fauna milenarias, contrasta con el mutis de la aldea ideal.

Ana amaneciendo al tibio corredor de hamacas. Ana liberando al cancerbero Catón de la guarda nocturna al pie de sus

apuestos. Ana llegando a mí con el aroma a café de un valle sagrado. La donosa campesina nos sonríe con las cadencias de su cuerpo prieto, moldeado en el rojizo crisol de los faiques. Ana irrumpiendo en nuestro corazón con el poder de sus adolescentes suspiros, afrodisíaco que despachó a la idea de bajar por el abismo del Chiriculapo. Viniste con la fuerza que distrajo el lado patibulario del Saqueador, transformando el anuncio fúnebre a sus cofrades de Malacatos en abrazos a una mujer que atenuó el deseo de arrancar escaleras abajo. Nos endulzaste recitando los versos del “Bestiario”, de J. M. Riofrío, como aquel poema dedicado a la millonaria pulga que se quedó asendereando en la piel dorsal de Catón; también haciendo tuya la oda a la hembra de oso de anteojos sumergida en los pudores del *romerillo azuceno*.

Pincho percibe nuestra intensa actividad interior y exterior; nos clava su acuosa mirada de lobo domesticado, mientras olfatea el eco del monólogo. Como lo hizo tu padre, Catón, en quinta San Agustín, nos honras con el carácter de cancerbero que heredaste para guardar a tu familia bípeda. De la vasta progenie que dejó Catón, fuiste el principal seleccionado para continuar con el linaje canino que inició tu bisabuelo teutón: Séneca, el oriundo de la magna Ratisbona. Tu bisabuelo se ganó el sobrenombre de *Doctor* por su impecable labor en mantener la integridad de la residencia del Saqueador. De la criba de cancerberos, tras la estupenda progenie del Doctor, escogimos al gran eslabón que resultó su vástago Ringo, cual, a pesar de su mansedumbre, o por eso mismo, fue el que sembró en el vientre de la divina Nala al imponente Catón, ...*el Odín perruno del Sur*, tal como lo menta en su égloga, *De lobo a pastor*, el cofrade Alberto Vivanco, siendo él mismo propietario de un soberbio can —hijo del ausente Catón—, Vatigol, el cual, ante la ausencia de su hermano paterno, o sea tú, Pincho, tomó la batuta de la estirpe... ¿Entendiste? Cómo no, si ya ladras, y aúllas, te relames del gusto, así sucede cada vez que hacemos un recuento fulgurante de los tuyos. Con esos antecedentes aristocráticos que posees, no estás para hurtar virtudes a nadie mi querido amigo.

Domo de El Panecillo I

Olegario Castro, ex coleccionista de paredes en las vertientes andinas, viene emitiendo la señal nocturna de radio Marañón; él está viajando en la madrugada del libre radiodifusor, teniendo como invitado al genio del flamenco ecuatorial José Miguel, quien se apersonó en las tablas del domo de El Panecillo para remitir al espacio noctívago, aproximándose a la aurora, sus novedades musicales. Ambos aguardan el arribo de la danesa Gitte, la herpetóloga que dio la primicia en el dial de Marañón sobre el fenómeno alienígena denominado Espaciales Saponáceos; por sus siglas en español, ES. La feminidad hiperbórea de Gitte, cautivó a los dos amigos desde su primera visita al domo, apenas hizo público inusitado testimonio sobre la presencia de espaciales en la cuenca media del río Napo. Ambos tienen simpatía por la noción de lo extraterrestre que trajo Gitte, aunque cuidándose de mezclarse con ufólogos embriagados por luces de bohemia.

Olegario Castro, ni cuando fue un contumaz escalador de la altitud y después un caminante en la altiplanicie, no ha probado ni de lejos lo que es atestiguar un fenómeno extraterrestre como el de los ES. Siendo un apático sobre lo alienígena, se conmovió con el relato de abducción de batracios en la amazonía, gravitando para que todo ello se torne interesante la graciosa presencia de Gitte. Quién sabe si sólo es cosa de abrir los ojos a ese fenómeno para que se haga realidad, pero ni en el tiempo y

espacio de los picos andinos, donde el escalador extremo hizo su rompecabezas vertical, ni caminando sobre el páramo que hoy lo hace disfrutar de lo horizontal, ha experimentado ese tipo de encuentros extraordinarios que en Gitte ya van para ordinarios. Será que él mismo ha entrado en estados de conciencia donde se ve como un extraterrestre que descubre lo salvaje de este planeta para sí. Tras años de implacables itinerarios atacando pirámides andinas, que tuvieron a su instinto de conservación al filo de lo gótico mortal, descendió a fungir de ambientalista, transmigrando a un ligero caminante que percibe la feminidad de Gea como si nunca antes hubiese evolucionado sus sentidos en ella. ¿Para qué extraterrestres si él ha explorado y explora como un recién llegado los últimos rincones indomables de este animal esférico? Avanzando en su reciente edad de lobo de páramo ha podido husmear con detenimiento en el bosque nublado del Podocarpus, libre ya de la tensión de caer a una grieta helada, y por eso mismo agradecido de poder gozar de la biodiversidad que aloja el parque de las coníferas de exuberante vida epífita. El riesgo de muerte fulminante, entre diedros que lo enfrentaban al séptimo grado de dificultad vertical, al cabo le hizo recuperar el encanto de los anfibios de su infancia en la vega de Amable María, cuando el cancionero de los sapos lo arrullaba en los momentos de temprano descreimiento, atendiendo las celdas de la escuelita a orillas del río Zamora.

Gitte, —*¡God bless danish woman!*—, hizo que tenga empatía con el fenómeno ES. La personalidad de la científica coadyuvó a reanimar la fascinación que el montañero tuvo desde crío por el musical de los batracios. Cuando su canto le revelaba la iniquidad de estar encerrado entre los muros del repetidor de frases hechas, entumecido en una edificación que lo atiborraba de materiales sin sustancia, ajenos a la auténtica razón de vivir: la aventura. Puede afirmar que fue inmediata la ósmosis que experimentó con la joven herpetóloga, fascinó con eso de que el cancionero sublunar, de los sapos de la cuenca media del río Napo, empató

con adelantados del espacio sideral, los cuales cargan una forma anfibia tan refinada como debe ser su poder mental. Esas visitas provenientes de lo finito desconocido, seres vistiendo solamente piel liza y adornados con sabiduría desarrollada en el futuro, colma sus expectativas de lo que debe ser un contacto fructuoso entre especies interplanetarias, y que por añadidura éstas vengan a ser parientes lejanos. Entiende que al haber percibido muy temprano la energía de las ranas y sapos —los que le cantaron desde que buceaba en el vientre materno en Amable María—, hace que no oponga resistencia para imaginar a esa especie anfibia que tal como señaló Gitte en su informe, no aterrizan por ver al bípedo depredador sino para admirar a su eslabón recién encontrado.

José Miguel, hombre de lustrosa barba piramidal azabache “donde reside mi duende egoísta”, está presente para llevar a cabo una aurora de estrenos con la guitarra flamenca, presto a desatar su arte frente a la mujer que sintonizó con él desde su primer contacto visual y rítmico. José Miguel participa del ambiente festivo que reina en los cuartos de Marañón, Gitte dará testimonio de lo último del fenómeno ES, y él pondrá a disposición sus creaciones para enviarlas a los adelantados espaciales que estén dispuestos a escucharlo *allá fuera*, pues, su arte, no tiene fronteras, es universal. Dona al exterior sus composiciones en retribución al alijo musical que están remitiendo a este globo otros planetas azules, y que no percibe el atrofiado oído de la decadente masa de explotadores terrestres. El guitarrista ya aclaró que hubo días en el que fue enemigo acérrimo de los cantores anfibios, una profunda aversión a la vida herpetológica lo hacía disecar cuanto bicho capturaba, siendo una suerte de ofrenda a sus miedos infantiles. Merced al riguroso tráfago con la guitarra, los repudiados batracios de ayer, fueron transformándose en compañeros planetarios, y, este instante mismo, son animadores de la música que despachará a los radioescuchas locales y, sobre todo, a los oyentes de ese afuera inexplorado.

La danza de los contramaestres, salta jovial en los oídos del músico que presiente el intenso azul que vendrá tras un amanecer frío y mojado en tierras altas. Augura que la mañana crecerá hasta los veintisiete grados centígrados en el contundente sol del mediodía ecuatorial, acometiendo contra las testas de los hombres apiñados dentro de La Medusa Multicolor. Este rato la escaracha se posa en la curtida piel del níveo domo, hogar del hombre que no se aburre de contemplar el sueño volcánico de la milla barroca dentro de una metrópoli tan cenicienta como inabarcable. El termómetro exterior marca nueve grados centígrados; José Miguel, sin prisas, afina cobijado por la tibieza de valle subtropical seco en la que se mantiene el recinto del montañero. El debido calentamiento de sus dedos —esas herramientas de precisión sensitiva—, sobre las cuerdas del instrumento que genera su arte, es un ritual ineludible del artista.

Olegario Castro no mete prisa a la intervención del maestro, respeta el tiempo de relajamiento de los músculos digitales que el otro se concede sin apurarse; sabe que a su momento se dará la señal para transmitir al aire el ritmo gitano. Esta madrugada viene emotiva para los dos amigos, es inminente el arribo tardío de Gitte al domo, trayendo con ella la exuberancia del bosque tropical, húmedo y lluvioso, que rodea a la comuna Pilche, donde reside para levantar sus aportes científicos a la ciencia herpetológica.

—Vamos bien, no falta mucho —musitó José Miguel encendiendo los colores de la gracia, alzando a ver al montañero, alivianándose tras el terror inicial de sólo imaginar que sus dedos se van a agarrotar en pleno concierto—. Le viene intolerable pensar en una presentación con dedos desatentos, negándose a volar sobre las cuerdas; sus herramientas fundamentales deben estar al máximo para poder “improvisar”. Los músculos digitales han ido desprendiéndose de la tumefacción parcial, ese fantasma que le atormenta previamente a entrar en acción. Como es su deseo, antes de transmitir sentimientos *allá fuera*, las manos del artis-

ta fluyen en lo que él viene denominando *Popurrí anfibio*, siendo una suerte de estancia en el vestíbulo de la mansión del éxtasis.

—Es hora de que te animes a hacer público el ya nombrado *Popurrí anfibio* —manifestó, Castro, ante la madurez musical que palpó en el preámbulo que el mismo autor le puso título, y añade—: ¿Será que está a punto para ser lanzado al aire con todos los honores de una composición independiente?

—Más bien no es lo que parece. Me explico, es una mezcla esencial para el calentamiento de dedos, no es una composición en sí, varía mucho cada vez, aunque en apariencia suene igual —replicó el maestro que tiene a *Popurrí anfibio* como el despertador del duende egoísta, ese genio que lo libra de las tensiones que sufre antes de lanzarse a las tablas—. La tarea de *Popurrí anfibio* es básica, despabilar mis manos y así poder desencadenar la fuerza que activa al guitarrista, apartándole del estado contemplativo al que lo somete la ilusión de lo perfecto... El artista alcanza su nivel guerrero tras superar las tensiones del animal cósmico en peligro de caer en la total inacción —añadió jocoso—. La fuerza mana vigorosa en él cada vez que puede ingresar a plenitud a la guitarra, las uñas largas están a gusto para rasgar el instrumento de su revelación trascendental estética, los arpegios estallarán en una madrugada de gloria para el maestro. Alejándose del des-tripador de batracios de la niñez, ya se inspira en el recuerdo de los cantores que se extinguieron en su lar; la hectárea que heredó del antiguo fasto de la hacienda de sus antepasados de noble alcurnia, La Merced, no los alberga más. Los sapos y ranas ya no cantan en su cabaña al pie del regordete cerro Ilaló, ni sobre el dilatado valle interandino de Chillón, hace rato que se esfumaron. —Cuando llega nítido a mis oídos el croar sinfónico que amé con sadismo, mis dedos están listos para recorrer la piel de la mujer irrepentible.

Profunda voz femenina se mete en la línea abierta a los radioescuchas de la señal de Marañón. Cierta joven habla repo-

sada para que alguien invente su rostro, y vea en ella un espejo de agua entre los glaciares retrocediendo del monte Chimborazo. Esa voz esculpida en las aristas de los estratovolcanes de un país de contrastes, entrega el panorama de una madrugada estrellada, ascendiendo por escarpada ladera del Chimborazo, bamboleándose bajo el peso de su tarea, mientras estremecedor silencio lunático alumbró el redondo ápice del gigante. Ella participa, retrospectivamente, como su sombra ganaba altitud en la rampa de nieve crujiente, y abriendo huella en la fría luz sublunar clavó sus crampones sobre la cumbre del amanecer que la sorprendió con el dolor de llegar “sola, a mi estilo de hacer montaña, como usted me enseñó mi querido profesor, sin ver ni oír a nadie más que no sea a mi propio observador...”. La guitarra emite arpeggios que rebotan en las torneadas paredes acústicas del domo, el artista armoniza con la voz profunda de la joven ascensionista que desciende, quien se va alejando en la gradiente nívica que infirió a los oyentes de Marañón. Ella no tiene prisa por agotar su experiencia en las cumbres andinas, el dial de los noctívagos le da espacio sin previa cita para dejar su gusto por la aventura modelada a su capacidad de ir a donde debe ir.

Olegario se aleja de la línea abierta del intercomunicador que recibe a otra voz habiéndose difuminado ya la voz de la montañera, y, alcanzando la botella de Reposado Aguardiente Agustino, que provee la cofradía de Los Alverjeros haciendo honor a la costumbre implantada por el ausente Teodoro Morris, la destapa para regalarse el aroma de la quinta-jardín que visita año tras año por expresa voluntad del nórdico. —¡Hable, maestro! ¡Manifiéstese! —exclamó acercándose al guitarrista para brindarle una copa con el fruto de las verdes matas de Malacatos—. José Miguel recibe distendido el añejado licor, ya puede desprenderse de la guitarra sin el resquemor de petrificarse a la hora del concierto, y tomar un recreo en los aromas del valle subtropical que desconoce. Los dedos del artista, cargados de vitalidad, acarician la rechoncha copa que encierra el espíritu de la caña dulce, mien-

tras su olfato y el paladar inventan la molienda del enviado de Dioniso. —Este reposado sí que te alienta a bucear en lo ignoto. ¡Salud, Olegario! —replicó el artista de La Merced, quien a vista resume energía de su compacta barba piramidal.

—¿Están listos para escuchar allá afuera? —interrogó Castro alzando a ver a la bóveda celeste desde los amplios ventanales del domo, haciéndose cómplice del maestro que recalca en la cuestión fundamental—: ¿Alguien nos va a responder con sus silencios?

Arribando la musa de los rizos del sol de medianoche boreal, los arpegios surgirán briosos de la guitarra *Chiliquina*. La joven dinamarquesa narrará su nueva sobre el avistamiento de espaciales en un punto del bosque amazónico, dentro del territorio mítico donde anidan las fuentes que inspiran la magia de los chamanes de las comunas Puca y Pilche. José Miguel paladea el reposado aguardiente, sus ojos se posan en la fotografía aérea de la laguna Pelancocha y la densa selva que la rodea, de donde surgen los individuos para el museo herpetológico que fundó Gitte. Festeja, con el desparpajo que aúpa la ausencia de tensiones musculares, el epígrafe que Castro introdujo en la esquina inferior izquierda del cuadro selvático que ella le obsequió, el cual reza: *Dios bendiga a la mujer danesa*. Mientras el otro torna a dar, otra vez, explicaciones de cómo estampó esa frase sacándola de la axiomática pared del restaurante Guatería Manaba, en Malacatos, donde dice sin traducir del inglés, *¡God bless danish woman!*

El domo de El Panecillo es una caja de resonancia de la que el músico se aprovechará para el lanzamiento de su furia flamenca. Castro está al mando de la nave que hace posible tal encomienda, retrepado en la butaca del comandante se relame por la ventura de tener a Gitte como vocera del portento que se repite en la cuenca media del Napo. Ella le dio la exclusividad, de su informe ES, a radio Marañón; aunque es inevitable la vulgarización

que sufrirá este fenómeno en el próximo futuro, está condenado a la decadencia por boca de los sacerdotes de los misterios extraterrestres. Lo grato es que aun Gitte, evitando entramparse bajo la histeria de los fanáticos de la vida inteligente allende la Tierra, no se hunde en ciego fervor hacia esos lustrosos seres recogiendo muestras de lo que vendría a ser un eslabón recuperado de su evolución.

Llega el aviso del dispositivo fotomagnético que regala la figura de Gitte anunciándose en el embozado portal del domo. Se muestra entero el rostro en la pantalla que atiende Castro desde el tercer nivel, cual abre las puertas de su mansión y comedido la invita a que ingrese por el ascendente corredor libre de gradas, lleno de música acuática. Ella camina diligente, ya familiarizada con la sensualidad de la edificación azucena, subiendo acompañada del murmullo de agua de manantial andino que corre a desembocar en el riachuelo que a su vez viajará a confluir con la cuenca amazónica.

José Miguel observa el efusivo abrazo que Gitte entrega al hombre que abriga verídico poder de comunicación; entretanto él no abandona su atención a la tarea que tiene por delante y, tras extenderle caballerosa venia a la ilustre invitada, se dispone para el preludio de su concierto rumbo al amanecer. Los presentes en el domo de El Panecillo se unen al mutis del guitarrista; asimismo, por reflejo, harán lo suyo los oyentes de la señal de radio Marañón, convergiendo con el gran silencio que cederá a lánguidos dedos abanicando la guitarra *Chiliquina*. El rubicundo artista se embarca en su nave de hacer música; echando a volar los arpegios se remonta a la órbita gitana que estremece el dial.

La mirada celeste de Gitte se humecta, refulgiendo como el sol de medianoche. Olegario Castro hace memoria para reconocer la obertura, aguzando el oído que se ha educado con los sonidos de lo agreste, y, para su íntimo regocijo, no la reconoce, sintiendo el rubor en su rostro por estar catando una pieza de estreno. Aprendió a disfrutar del arte flamenco desde que des-

cubrió la furia gitana brotando de la guitarra del genio de La Merced, antes no hallaba esa gracia porque la confundía con el cante ratonero que se instala en las fiestas de fundación española de La Medusa Multicolor. A partir del hallazgo del flamenco real puso la distancia debida entre la producción del duende egoísta de José Miguel y el guitarreo intrascendente, andaluzado, de las celebraciones masificadas. Ya corrigió su visión distorsionada de la guitarra andaluza, ese sentimiento adverso fue dinamitado al asistir, fuera de temporada taurina, a una presentación de José Miguel en las tablas del café Madrilón. De ahí nació su vocación para empatar, allende Andalucía, con el genio del Ilaló. Partiendo del genuino arte que paladeó en las tablas del Madrilón, quitó las despectivas comillas que sus oídos tenían para ese sentimiento andaluz.

Castro devuelve, condescendiente, la mirada lacrimosa de Gitte, evitando comunicar su certeza de estar fuera del fácil entendimiento que la joven tiene del arte que proyecta el guitarrista, pues, él ha deglutido ese sentimiento gitano más allá del suspiro y el laudatorio ¡bravo! de la admiración pasajera. Conoce la feroz depuración que ha sufrido el artista desde que tomó la decisión de ser intolerante con la mediocridad; éste, durante años, viene volcado a un ejercicio riguroso sobre la guitarra *Chiliqinga*, una práctica diaria de horas es lo que está derramando en las tablas de Marañón, aunque remite su música a los oídos del noctívago como si nada le hubiese costado llegar a ese estadio de lo exquisito. ¡Improvisar así es divino!, podría espetarle al maestro cuando concluya. ¿Qué título tendrá esta composición?, seguro habrá más de un radioescucha que no sólo estará ansioso por conocer el nombre sino el génesis de la pieza. Alguien se apresurará con la cuestiones de rigor dirigiéndose al guitarrista a través del intercomunicador, y le quitará el peso de alardear frente a Gitte que le sonrío hasta inyectarle pudor. Tiene claro que el sendero para llegar a la rosada piel de la nórdica es la mutua simpatía que tienen por los batracios, excluyendo la opción de atacar esa cumbre por la vertiente de la ostentación.

José Miguel, concentrado en la sincronización de los dedos entregados al tacto de la guitarra *Chiliquina*, esporádicamente levanta su noble calavera como atisbando por lo alto del domo, pero su mirada furibunda se posa sobre el ápice de la torre a la que ascendió, ya mismo hace cumbre, y ahí es donde emparará con el montañero. Una vez en la cima sólo le resta retornar escaleras abajo, hacer el ineluctable descenso sin herirse, devolverse a las tablas de Marañón esquivando el abismo de la euforia. Apeándose del vértigo se entrega a los ojos de Gitte quien, ovacionándole, no reprime su gana de entrelazar las manos llenas de gracia del artista, el cual la acogerá como la señal de un feliz aterrizaje.

—¿Qué me dices..., estoy abriendo una nueva ruta en mi vertiente Rupal? —inquirió aliviado el guitarrista.

—¡Improvisar así es divino! —aulló el montañero.

La voz de barítono, la que con antelación se identificó en el control electrónico de recepción de llamadas mediante su registro fonético —personalizado e intransferible, siendo el único requisito para acceder al intercomunicador de Marañón—, se adelanta con la cuestiones de rigor: —Magnífico, amigo José Miguel... ¿acaso el preludio que terminó de concretar es una creación recién salida del emporio de La Merced, o me equivoco y es algo que sacó del olvido para lanzarlo con renovada furia?—. La respuesta del guitarrista confirmó la precognición del montañero de haber acusado recibo de una composición de estreno, quitándole de cualquier duda al respecto, coincidiendo con el oyente, al que ya identificó en sus adentros. José Miguel, correspondiendo a la sapiencia del radioescucha, le reveló el nombre de su creación para guitarra: *Chorreras del Pita*. Tal denominación corresponde a su deseo de llegar con la energía del agua que fluye de los volcanes a vista de su residencia en La Merced, polarizando el sonido del agua que bendice a los valles andinos.

—¿Qué otro sonido puede interpretar mejor la vida? —inquirió, a su vez, el guitarrista y filósofo, a la mujer que resi-

de en la cuenca media de uno de los mayores tributarios del río Amazonas.

Revienta la voz de Gitte en las ondas noctámbulas mientras el maestro regala mansos molinetes a manera de fondo musical. Corre la palabra diáfana de la nórdica, modulando el castizo español que adquirió desde la escuela básica como su segunda lengua camino a primera. Ella se zambulle dentro del portento alienígena dado en el caos evolutivo de amazonía, donde yace la mayor diversidad herpetológica del planeta, y ahí radica la clave para comprender el por qué los espaciales saponáceos escogieron aterrizar en la cuenca media del río Napo, concretamente alrededor de las lagunas espirituales asentadas entre las comunidades indígenas Pilche y Puca. Gitte ha venido dedicando su tiempo y energía a la colección de innominados miembros de la gran familia de los batracios, se afirmó en esta húmeda actividad sublunar gracias a la ayuda económica que le provee la Universidad de Aarhus, apoyándola para que monte su museo herpetológico. “A mi entender —y puedo coincidir con los testimonios de los residentes de la fundación Remoto que han experimentado este fenómeno—, esta biosfera que es imposible describirla a cabalidad, debido a que ustedes mismos tienen que imaginarla de acuerdo a su propia experiencia, viene siendo utilizada para un objetivo espiritual de esos adelantados, no hay duda de que su compenetración con el bosque amazónico es pasmosa”, recalcó la científica que se mandó a mudar a la comuna Pilche dejando los hábitos ciudadanos, entregándose a la dicha de patentar individuos nunca antes clasificados por la ciencia.

José Miguel se encarama en la fragancia que despiden lirios selváticos en rededor del avistamiento de Gitte, entretanto la guitarra *Chiliquinga* se acoge al mínimo esfuerzo del fondo musical. Gráciles fandanguillos y desenfadadas alegrías son comidilla corriente para el maestro otorgándose, en los silencios del oficio, licencia para halar con su mano diestra la monástica barba que des-

ciende por el mediterráneo rostro formando espesa pirámide que, al revés, viene desafiando la gravedad del testimonio alienígena.

Al pie de la sombra lunar que provee una palmera mo-
rete, Gitte entró en estado de conciencia propicio para percibir
creciente croar, el cual fue creando la sensación de la presencia
inminente de los espaciales. “La hojarasca se iluminó con los fo-
tógenos visitantes ante multitud de anfibios recibiendo con su
reclamo existencial”, acotó sin esforzarse por adornar el prodigio
que viene atestiguando, ella pasa de numerar los avistamientos
que ha tenido, ya es un ritual lúcido lo de ellos y que a simple
vista no han venido a entablar contacto con la especie humana.
Presume que le están transfiriendo información inconsciente, su-
bliminal, no obstante que, mientras funge de testigo, se mantiene
en un estado de alerta máxima, alejada de cualquier sueño o em-
briaguez. “Esto no es algo difuso, histérico, o producto de aluci-
naciones, estoy ahí tan lúcida como ahora en la cúpula del domo
de Olegario Castro”. Tan en sus cabales está que ya es capaz de
distinguir entre los rostros de los individuos extraterrestres, los
que al principio le eran uniformes. El diseño bípedo de los ES no
carga trapos que los disfracen, se presentan desnudos, mostran-
do tonalidades de fantasía en su piel liza, con matices que van
del púrpura al azul, viniendo carentes de cuernos y verrugosida-
des que harían intimidante su porte vertical que alcanza una talla
promedio equidistante a la del homínido. Gitte, dirigiéndose a
José Miguel con el rubor reflejándose en su faz hiperbórea, exclama:
—¡Resaltan, cómo te airean e iluminan a la vez estos viajeros
policromáticos! Resulta tosco e intrascendente dibujar su anatoma-
ría, la identificación con éstos la llevamos adentro como con la
música y la poesía.

Lo demás fue fácil de resumir para Gitte. El epílogo so-
brevino con el amanecer, cuando se devolvió a la húmeda hoja-
rasca sin huella de la manifestación alienígena. Conforme el sol
calentaba iba removiendo las imágenes de esos parientes anfi-
bios separados por tan diferentes caminos de la evolución que

atendieron en sus respectivos planetas de origen, y el diurno de la selva se realizaba con el graznido de guacamayos rojos sobrevolando la cocha. José Miguel aprueba con un largo silencio la extraña belleza que percibe de esos fosforescentes alienígenas. Ya le remite a la nórdica el abanico que cuadran sus dedos en la guitarra. Gitte hizo un informe que no da pie a moraleja, no hay una ambición de utilidad humana tras los avistamientos de los ES. Ella repite que le apetece creer que esos adelantados aterrizan por la magia de lo arcaico herpetológico, fascinando con los sapos y ranas ecuatoriales que les despiertan atávicas emociones. Tiene claro que su humanidad la limita al plano de testigo de excepción del fenómeno que despacha a través de las ondas de Marañón, a sabiendas que su óptica puede diversificarse en cada uno de los oyentes que estén en capacidad de intuir las aureolas nacaradas de los ES. ¿Quién sabe si los radioescuchas también están receptando los mensajes subliminales, que le remitieron aquellos, a través de ella? Gitte carga en su corazón los murmullos del bosque amazónico, y por reflejo transmite el canto de los sapos *gota* y las ranas *flecha*, los que están siendo abducidos por sus parientes ubicados en la cúspide de la pirámide alimenticia de un planeta azul donde no medra el ser humano.

José Miguel relaciona cuánto ha evolucionado el niño que infringió mutilaciones a los indefensos batracios de sus días sádicos; aquí está reconciliándose con las víctimas del pasado, desarrollando una música inspirada en el cancionero de los anfibios que desaparecieron de La Merced, los que hoy residen dentro de su fuerza creativa. Esta madrugada circula bajo el influjo del duende egoísta, quien lo ampara de las huestes subterráneas que entumescen su carne llevándola al borde del estado cataléptico. El músico entiende con las razones del corazón el fenómeno alienígena que relató Gitte; él recoge el maná para sus oídos que es la voz de la nórdica con acento manchego, pasando de abrigar esperanzas de un abrazo corpóreo con aquellos seres de corte bípedo pero montados en el súmmum de la belleza e inteligencia

anfibia. Lo suyo es conectar con la mente de los viajeros siderales mediante su rango auditivo, más allá de la ineluctable modalidad humana de lo visual; así, siglos después de su desaparición material, su genio continuará navegando en la sonda que carga su música.

La niebla viene aposentándose en la meseta andina, los amplios ventanales aerodinámicos del domo no devuelven la pintura de la milla colonial luciéndose bajo las estrellas; asimismo, se va perdiendo la visión de La Medusa Multicolor estirando sus tentáculos hacia los valles aledaños. Nubes sudorosas se ciernen sobre la metrópoli, pronto será un páramo insondable; “es una prerrogativa de las tierras altas gozar de su intimidad, son horas en las que uno no sabe dónde está parado”, musitó el guitarrista. Dentro del domo circula la temperatura promedio de valle subtropical seco, manteniéndose estable un ambiente acogedor. El dispositivo que recicla el aire primaveral, y distribuye un *racional* calorcito a los rincones más apartados de la nave, hace que sus huéspedes disfruten adentro de las veleidades climatológicas que se dan afuera, en la altiplanicie.

José Miguel apenas se ha aventurado en los parques naturales del país biodiverso al que le pusieron un nombre ideal, Ecuador. No obstante, su ser primordial lo empuja al cenit del Ártico, capitaneando el rompehielos *Chiliquina*. Una vez subió a la ancha y pacífica cumbre del apagado volcán Ilaló, donde descansa el vértice geodésico y a la vez monolito que da fe de los límites que tuvo la desaparecida hacienda, La Merced. Aunque vino al mundo en las faldas boscosas del Ilaló, dentro de la otrora fastuosa propiedad de sus ancestros, no le apetecía explorar en lo primordial por esa predisposición de su cuerpo a anquilosarse. Aquella ocasión que coronó la florida cúspide del Ilaló, por las bondades inherentes a su biosfera, no sufrió el mal de altura; y se quedó, a propósito, sin ir a conocer el enrarecido aire de los altos Andes ecuatorianos, acuñando su máxima conservacionista: *Los picos nevados están ahí para verlos de lejos*. Asimismo evitó hollar el

ecosistema amazónico; y eso no quita que cada vez que escucha la voz de Gitte, sus sueños se tornan tropicales, húmedos y lluviosos. Desde que se retiró a su tarea fundamental, casi no sale de su mínima reserva biológica: el retazo silvestre al pie del cerro que le insufla oxígeno a su cabaña. Por excepción se fue a asenderear al bosque petrificado de Puyango y, apenas adentrándose en ese museo geológico, topóse con un pequeño nudo de una rama fosilizada que pudo transportarlo en una mano, siendo ese hallazgo el principio y el fin de su aventura entre los árboles petrificados. Huye de los aires tropicales de la amazonía porque la humedad y el calor reunidos exacerban el gusto de los mixomicetos por instalarse en la piel del montañés, reprimiendo así a su alma aventurera que sí anhela con deslizarse en los exuberantes meandros de Gitte. Sólo tiene a su duende para seducirla con la música suave, “sin pretensiones”, que le puso al haz púrpura raptando sapos y ranas al pie de palmeras morete.

Olegario Castro presta atención a la voz de Pepa que en el intercomunicador del dial lo llama contemplativo por no ordenar su pensamiento mediante obras al estilo de la cofradía de Los Alverjeros. Pepa le reclama que plasme lo suyo en vez de ser tan comedido a la hora de rescatar el intelecto ajeno, como suele hacerlo con las primeras palabras que pone en los libros que salen bajo el signo de la editorial Casa Azul, perjudicando así su propio caudal literario al que lo echa al olvido pretextando ser seguidor de la forma oral que remite desde radio Marañón.

—Déjate de fantasías orales, tienes un material precioso en bruto que no terminas de cuajar bajo el fuego depurador de la palabra escrita. No admito tu excusa de que eres de los que les basta salir al aire espontáneamente, sin editar su material, produciendo fajos de palabras que se van al limbo de radio Marañón —recalcó, Pepa.

—Es que yo me afirmo en el símbolo oral de lo vivido, a otros les compete hacer historias escritas de lo mío; para satisfa-

cer mi sed expresiva me abastece el mundo desnudo de mi fotografía monocromática, ahí está plasmado mi arte físico —replicó risueño el montañero.

—Tu fotografía es el enigma abierto a los cuatro o cinco que entran a tu museo vertical, pero la generalidad humana no ve ahí porque no ha sido invitada a descifrar tus jeroglíficos. Insisto en que tus prólogos de la obra alverjera muestran las ganas que tienes de fabular por tu cuenta, deseos que se estancan por la ilusión de trascender mediante el trabajo de otros. Anda, Olegario, déjanos también por escrito tus crónicas anoveladas de la altitud de a uno que experimentaste, ese viaje de ida y vuelta a lo más remoto de la vida primitiva, la que nos hemos contentado con percibir desde los oídos pero sin poder retenerla en la forma de un libro que nos regale a satisfacción las imágenes de tu tránsito aéreo. Queremos ir y volver a gusto, sentados en un sofá —incluyendo recesos con galletas de chocolate y café, té o aguas aromáticas— de las múltiples cumbres de tu montaña. No seas tacaño, recogemos lo que podemos de tu lenguaje oral pero al final ya no sabemos lo que has dicho o no has dicho porque se carece de un archivo donde reposen tus intervenciones, tu norma de dejar lo original tal como lo encontraste rige igual para tus emisiones radiales, nunca las grabas, desaparecen en aras de que se mantengan incorruptibles. Siempre joven, ¿no es cierto, señor Olegario?

—Sabes, Pepa, mi lenguaje se torna rígido cuando hablamos de volcar fajos de palabras en el formato electrónico, asumo que fuera de la fotografía me niego a crear otro mundo monocromático, no me apetece fabular en blanco y negro, mi incapacidad para discernir los colores del arco iris me han hecho relativamente contemplativo.

—Ya vienes con tu lamento daltónico, como si el escritor necesitara policromía... ¿Cuándo has visto una novela impresa a colores? ¿No te basta el expandible mundo de tonalidades grises matizadas con el púrpura de una genciana? Tú mismo lo anotás-

te al pie de la fotografía que me obsequiaste, la de esa piedra cubierta de líquenes que hacían un mapamundi extraño y plomizo, apenas iluminado por una diminuta flor en su centro —concluyó, Pepa.

Entra en el dial la refrescante pieza ibérica de *El sombrero de tres picos*, despachándose en los tambores y cornetas de su *Introducción y tarde*, despabilando el silente idilio del guitarrista con los aromas que desprende Gitte ya liberada de su testimonio ES. Desvaneciéndose la introducción, José Miguel, vuelve sus oídos a la *Danza de la molinera*, y con ella arribaron también los perfumes del cafeto arábigo. Allí está contoneándose la molinera de su pubertad, tan sustanciosa mujer lo hace descansar de los rizos llameantes de la danesa; tomando el atajo de la mediterránea sigue el ritmo de su cimbreante estatura tamborileando en la madera posterior de la guitarra.

Abajo, la niebla cubre el sueño monumental del Patrimonio Cultural de la Humanidad; la vieja ciudad reposa en los siglos que han venido atestigüando el crecimiento de la pequeña república, representada en el palacio de los fuegos fatuos. Castro enfoca la cumbre del taita Chimborazo, esa cúpula que remitió hace poco la voz de la montañera que regaló una porción de su reciente ascensión a la nave mayor del monte ajeno a la iridiscente mirada de La Medusa Multicolor. El hombre está plantado en el domo que resiste al asedio de la ambición que cosifica a los ciudadanos, él se nutre de la energía que emana del sagrado observatorio de El Panecillo. Su mansión es un mirador natural del espacio/tiempo de altiplanicie, desde sus ventanales puede degollar centurias de un tajo para recrear el bosque primario andino que rodeaba lo que ayer podría haber sido una estación de tránsito de viajeros estelares. “¿Imagínense, ustedes, en este mismo domo, aguardando su conexión al siguiente destino galáctico?”. Cavila en la pretérita loma de El Panecillo, aquella que recibía bandadas de cóndores para limpiar la carroña de borregos sacrificados a la deidad de la

luz equinoccial. Alguna vez surcaron aguas límpidas por el río Machangara, formando piscinas entre collares rocosos; y en las mañanas de sol las princesas indígenas tomaban baños de fuente con su cortejo de vestales. Suspendido en la nebulosa madrugada, ubica al bípedo que escudriñaba en un horizonte libre de las luces petrificantes de La Medusa Multicolor. Ese hombre, en este punto planetario, bajo el resplandor de la luna, interpretaba el movimiento de las estrellas. “Fue hace poco, una minucia en la historia del tiempo, que las estribaciones medias y superiores del Rucu Pichincha no eran mancilladas por las tribus viviendo en este quebrado valle andino”, repicó retrepado en la butaca de la cabina de mando, y añade para afuera: “Sí, jóvenes, por estos lares bullía la vida salvaje entregada a su suerte evolutiva; pumas devoraban excedentes de la población de cervatillos; lobos hacían lo suyo para mantener equilibrada la densidad de conejos; vegetarianos y carniceros se entendían en lo de hacer sus deberes en el orden de las especies”.

Gitte especula en las anónimas contribuciones monetarias que sustentan la señal subversiva de radio Marañón, esas donaciones que le llegan a Castro sin solicitarle una rendición de cuentas. Ella acoge la excelencia del café *Zaruma*, es una asidua adquiriente del producto que se expende en el Madrilón, a diario lo ingiere en el museo herpetológico de la comuna Pilche. Saborea el café de cepa arábica y aclara ciertos aspectos del portento que acabó de exponer.

—Entiendo que hay más hombres implicados, por decirlo así, en este fenómeno extraterrestre —observó Olegario Castro.

—Compartimos esta revelación con los residentes de la fundación Remoto, quienes habitan a orillas del primer anillo de Pelancocha —dijo Gitte.

—Y más o menos, entre ustedes, están de acuerdo en el porqué los ES raptan batracios de la amazonía —añadió Olegario Castro.

—Casi, pero es un jeroglífico que cada quien tiene que descifrar... Yo presiento que los adelantados espaciales más vinieron para recobrar su tiempo perdido que con el afán de encontrar a un eslabón extraviado de su especie, ¿me explico? —respondió Gitte.

—Tú eres la que tiene la evidencia, nosotros somos los receptores de segunda mano de ella y, créeme, a mí no me desagrada; es más, así como los pintas éstos están ideales para incorporarlos a la ficción dura del ciberespacio de Kantoborgy —replicó Olegario Castro.

—La misión exploratoria de aquellos, me viene coherente y espiritual —acotó José Miguel.

—Esas inteligencias viven en la era de la clarividencia, y están cargándose de ternura ante el primitivo sapo que se estancó aquí en su carrera por alcanzar la cima de la pirámide alimenticia —repuso Gitte.

—Lo más cómico que trágico es que esos adelantados no tienen agenda social, aparente, con la especie humana; y es fácil intuir porqué pasan de inmiscuirse en el deleznable devenir del mamífero positivista, y nada buscan con éste dentro de la vía rápida a la alienación que transita —manifestó Olegario Castro.

—Natural, natural... Estamos fuera del lenguaje integral de esos privilegiados viajeros —concluyó José Miguel contemporizando con la nórdica, y añade elevando su índice a lo ignoto—: A ellos no les provoca bucear en el sudor sulfúrico del homínido actual, ya superaron los grotescos círculos del feroz consumismo, rompieron las viejas tablas a la vez que sepultaron a los diez mandamientos de la tecnolatría, ¡hace qué sé yo cuándo!

—Es por eso que se cargan de emociones primarias a la vista del diminuto eslabón de su tiempo perdido —reiteró Gitte.

Se instala en las ondas de Marañón el *Concierto de Aranjuez*, sus notas estriegan los oídos del maestro José Miguel, le traen la gracia del intermitente veranillo que abraza su cabaña empotra-

da en la cara sur occidental del Ilaló. La voz de Gitte se evapora en la avenida de los volcanes esponjándose con las aguas. El guitarrista se ubica en su apacible mirador, donde aún corre un ojo de agua termal, tiene en la retina la mañana celeste con el fondo de los adustos montes que alimentan el devenir de lo gótico. La fresca ventana de La Merced a los ceñudos animales andinos, también colabora en su fabricación de notas gitanas, hace muchos días entendió que en todo su tiempo de hombre lo acompañará ese cuadro de montaña más radiante que nublado, esa imagen no se desgasta en la matutina visión de su temporalidad. Estar fuera del peligro escalador inspiró al músico que solamente paladea los grandes picos con sus ojos, nada más que una hermosa lejanía pide de lo alto de la cordillera. Reclinado en su benigna estancia —dentro del pedazo de tierra que le sobraron tras la cruel dilapidación familiar de la que fuera la hacienda reina de los campurosos valles que circundan el cerro Ilaló—, observa a los solitarios gigantes con una perspectiva impresionista que no duda se impregna en su arte flamenco. Pasó de emprender retos sobre los lomos nevados, y meterse dentro de las fauces magmáticas de los volcanes; aunque su alma reivindique para sí riesgos abismales ciertos, no soporta el frío ni el aire enrarecido de la altitud que a propósito sufren los andinistas. Su yo guerrero admira el provecho que Olegario Castro sacó de los diedros donde departía con la muerte, éste se ganó a pulso una metempsicosis a lobo de páramo. Ha pregonado que su experiencia ascensionista se reduce a la chata cumbre del domesticado Ilaló; cursando la secundaria hizo caminatas exploratorias por las laderas sembradas del cerro natal, sin otro peligro que la fugaz arremetida de canes mestizos de los pastores de ganado vacuno que subían y bajaban de la cima con sus arreos en una rutina de poder físico cotidiano, que no recibe medallas ni propone aspavientos de “héroes trepadores” en los medios. No obstante, aunque desconoce los calambres del cuerpo agarrotado en una fisura pétreo, y las alucinaciones del alma ante el tráfigo de sobrevivir con su cuerpo a una pared

helada, intuye esos dolores en su nocturno, cuando sube la torre de sus tensiones de artista. Por eso le place creer que presiente los encandilamientos del alma dentro de los rigores que sufre el cuerpo, “allá, en el estadio salvaje donde se practica el deporte de los góticos”. Allende de su inacción en los precipicios que abarcan ignotas altitudes andinas, sufre su mortalidad con la suerte de la guitarra, cuando se balancea por el filo de las tensiones corporales como un corazón proyectado a la cima del arte gitano. Su alma combate, es acción mayestática y temible, en el frágil tramo de escalas que comunica al artista con su creación, ascendiendo por el purgatorio de sus manos propendiendo a agarrotarse.

Gitte despliega la risa del día que los dioses vikingos no apagaron la luz. *El amor brujo*, se apoderará de las callejas coloniales flotando en la niebla; entre redobles de tambor y golpes de trompeta se anuncia el romance dentro del corazón del guitarrista. Aprovechando un silencio, el intercomunicador de la radio, da paso a la voz dulce, de panela azuaya, que bien conoce su oído musical. Armanda avisa que las trompetas de *El amor brujo* ya sonaron en su mansión colgante, allá sobre la vereda larga de sauces llorones que acarician el río Tomebamba.

—¿Olegario Castro, adivina qué estoy amasando en mi crisol de bruja mayor del Michinguí...? Estoy trabajando en la historia cuasi-abstracta de un amor montañés desmesurado, haciendo prosa de un sujeto seleccionado para condenarse en el fuego de los buscones platónicos —dijo Armanda con su tonillo pegajoso, y añade cantarina—: Me ilusiona que vaya a salir de esto una novela corta y de corte picaresco por añadidura, ¿captas..., o te parece media venenosa la cosa? O sea, todo el planeta de mis ficciones gira con el personaje principal, alguien que tira a ser un doble personaje por oposición de su contrario existencial, respondiendo a un prototipo de macho imberbe de nuestra era fugaz, una especie de híbrido de romántico con platónico... ¿captas? Toma en consideración que la trama es fruto del encan-

dilamamiento perineal entre una trepadora empedernida y un trompetista que no sufre hambre por su condición de aniñado... ¿Qué está, medio complicado el asunto?

—Está claro que vives con tus ficciones ¿Y cómo intitula el cuento o noveleta, verás que ahí radica el alma de tus creaciones? —inquirió ufano el radiodifusor.

—Se llamaría, es un poquito largo el título..., pero como bien anotas ahí se encierra el meollo de la novelita subjetiva, ahí te va: *Es sólo una mujer...* ¿Qué opinas?

—Ya veo, la cuestión al lector va incluida de inicio, en la portada, ¿Qué opinas?...

—Por titulitis no falta, vos de entrada capturaste el fondo de mi intencionalidad literaria, aunque estoy atascada en un sin fin de posibilidades terminales... Y qué me dices de lo de, *Es sólo una mujer...*

—Asumo que *Es sólo una mujer*, es el problema que quiere resolver el caballero con dolores de parto de un amor. Encomiable, amiga Armanda, y, dada tu meticulosidad, hasta que te decidas por el desenlace de lo que no sabes cómo mismo acabará, cuenta con el ciberespacio de Kantoborgy para poner y quitar palabras a tu albedrío.

—¡Sí, hombre...! *Es solo una mujer*, viene a ser la incertidumbre del trompetista taconeando en las calles del Barranco; pongamos que calzándose las botas del doble Siglo de Oro español, a modo de homenaje por la celebración mundial de las centurias del Quijote y Sancho, y la vigencia de Quevedo y compañía... ¿captas? —aulló efusiva Armanda, y efusivamente adelantando que su, *Es sólo una mujer...* ¿Qué opinas?, retrata igual a un amor compulsivo, “a lo cuy macabeo, pero con el ingrediente de lo eterno...”, siendo el mismo trompetista que a la sombra de su individualismo agiganta la dimensión terrenal de una joven prosaica, cediendo a la ineludible atracción paterna por las busconas, y a su también inevitable vocación materna por lo platónico, que hicieron de él un misterio. Con ese antecedente, apenas se le

insinuaron los pechos de la elegida en la pasarela del Barranco, procedió a hacer de ella una perfección, negándose a creer que *es sólo una mujer*, "...una mujer que se gana la vida creando expectativas erógenas en añiñados como él".

Disipándose la voz de panela azuaya con sus novedades de alumbramiento noctívago, se escucha *En la cueva*; sus notas fluyen entre los pasadizos subterráneos que conectan al adusto Rucu Pichincha con el incandescente Guagua Pichincha. La nutrida niebla, a ras de la techumbre de la milla histórica, no sobrepasa la elevación de El Panecillo, donde el sol del ombligo del mundo —que se ofrece en abundancia año corrido— le permitió a Castro montar una fuente energética para su autarquía, su hogar es una esponja de energía electrovoltaica. La señal de Marañón, antes de su renacimiento en el domo, apenas era audible durante la noche pichinchana, saliendo al aire en onda corta desde los confines de la calle Fuchi, donde sobrevivía raquítrico el sueño de Olegario Castro: llegar con una onda larga al lechucero del último rincón del mundo. El humilde génesis de las ondas largas de Marañón quedó para la anécdota, hace rato que lleva siendo parte del inventario del patrimonio cultural de La Medusa Multicolor. El restaurador del casco colonial, Bonifacio Sampedro, haciendo uso de su potestad curadora, incluyó al domo de Olegario Castro en la lista de propiedades que protege el cabildo metropolitano, y, cosa insólita, lo hizo invocando el aporte futurista de éste al tesoro histórico. Sampedro, entre otras flores, dijo: *El domo de radio-libre Marañón, sin restarle ápice de su gracia a nuestro patrimonio de lo barroco-renacentista-mudéjar, ha fundido al astrónomo de ayer con el hombre solar del mañana...*

Olegario Castro todavía camina por las calles ancestrales de La Medusa Multicolor. Le provoca salir pasando el meridiano, en días feriados, hacia el café Madrilón para servirse del menú *largo y estrecho* que el señor Tomás Vanbeberen oferta en jornadas de relajación citadina. Este café se ha constituido en una costum-

bre enclavada entre las joyas coloniales de la urbe, ahí se venden los circuitos de bosque tropical húmedo y lluvioso que giran en rededor de los anillos de Pelancocha; ahí conecta con la fotografía selvática de la hostería Remoto, ubicada en la vecindad lacustre que acaparó la atención científica de la dinamarquesa. Cuando visita el Madrilón es un imperativo evocar el rosado semblante de Gitte, apenas los aromas del café lo atrapan dando vuelta al torniquete de ingreso, dejando en la calle el aire montañés. Ya dentro, sentado con vista a la vitrina de calaveras de pirañas, vislumbra la vitalidad de Gitte; los sentidos del hombre desarrollados en el ejercicio de resolver problemas verticales, se ponen a descifrar la vía directa al corazón salvaje de la joven herpetóloga.

José Miguel aprecia la suerte de aromaterapia que recibe cuando atiende el llamado de las tablas del café Madrilón; él lamenta no ser más a menudo cómplice del lugar que fundó Tomás, el oriundo de Brujas. Las tensiones que a menudo paralizan su cuerpo, le impiden respirar con mayor frecuencia el buen aire que circula en el café donde se instaló la aventura cantada por insignes bardos. El artista suele moverse, —“a velocidad de gasterópodo”—, en su íntima selvita de La Merced; allí habita con la música que somete a la idea de cometer suicidio con la tardecita. José Miguel acaba refugiándose en la voz poderosa de la soprano que interpreta *Canción del amor dolido*. Su corazón se anima dibujando las fuertes pantorrillas de la mujer de ojos de arena de oasis, ésa que figura a su lado acompañando sus transportes gitanos. Nota que se ha distanciado de Gitte y Olegario, alcanzando el panel de control de las emisiones de Marañón se dispone a repetir a su cuenta la entrañable *Canción del amor dolido*. La pena de la musa reincide con redoblados bríos, tocando el corazón del lechucero en la hora que la milla histórica está de asueto del hediondo trajín diurno de La Medusa Multicolor, descansando del banquete de químicos que le brinda su progreso. El músico, en su nicho de La Merced, se ha desmontado del es-

trépito de la normalidad citadina, sus oídos se protegieron del baladro de la acción mecánica, pues, éstos sufren de hipersensibilidad, son intolerantes con la agresión del bocinazo a capricho del chofer congestionado. Así viene esquivando el ataque químico de la esquina urbana, acogiéndose a los sonidos de su selvita, donde la eufonía de los pájaros es su diamante invalorable. Allá, —“tan cerca y sin embargo es como si nos separara del casco colonial la cordillera en pleno” —, se nutre del rocío primaveral del amanecer, respira el silencio de sus muros, a discreción del ojo poético atisba el horizonte andino con sus nevados y cúspides azules. Frente al perfil montañoso, tras superar a los demonios nocturnos, tiene mañanas que lo entregan al júbilo de estar tan próximo a la energía que despiden los volcanes y, por la gracia de su silvestre jardín, tan lejos de La Medusa Multicolor que cosifica a sus inquilinos. A golpe de ojo sí congenia con los majestuosos andes; en la modalidad de lo visual las montañas se acoplan a su espíritu contemplativo, allí emula al mago del andinismo. En la contemplación del sedentario bípedo recogió sus alas, como ahora lo hizo sobre el regazo de la soprano que ejecutó *Canción del amor dolido*.

José Miguel se dirige al diván donde Gitte abrazó, instintivamente, la guitarra que la enamora. En tanto desfilaron las apremiantes cornetas de *El aparecido*; los radioescuchas recogieron cada uno de los catorce segundos que duró el fantasmagórico anticipo de la *Danza del terror*. La cabalgata de *El aparecido* hizo que el guitarrista sosiegue la tentación de volver a deleitarse con la divina voz de la mujer que mete al sediento en sus humedales. Pasados los catorce segundos del espectro, éste vendrá a ser otro oyente del porvenir de radio Marañón. Castro tiene su propia colección de aparecidos dentro del domo, así como él, José Miguel, convoca a los suyos en su reducto del Ilaló, donde componer música es una suerte de encuentro entre clásicos duendes del flamenco, esos genios inmanentes a su guitarra. De esto que el compositor de *Chorreras del Pita* es contemporáneo con la

novedad que le traen los fundadores de ese arte gitano, apropiándose de sus pretéritos secretos para incorporarlos a las creaciones que imprimen lo suyo. Ya dejó de lado eso de que su sentimiento en la guitarra es íntegramente original, hace mucho que no se atormenta por la cuestión de qué es lo suyo y qué es lo de sus parientes geniales como Sabicas, esa vana interrogación fue sepultada en la certeza de que todo le pertenece al duende egoísta en tránsito por la cabaña de La Merced. Hubo una época que tomó el camino fácil del guitarreo bufón, ese que le dio ganancia inmediata cuando estudiaba leyes en la Pontificia Universidad. Entonces aprovechaba el mantel largo de las fiestas de fundación española de La Medusa Multicolor, rasgando sin concierto en la guitarra para complacer a los clientes de restaurantes de pandeleta y castañuelas. En el desorden de la celebración fundacional, fungió de artista importado de la península ibérica, deleitándose con vinos corrientes y, por extensión, experimentó en la lidia y estoqueo a bailarinas del cortejo andaluzado. Mareado en rancio pasodoble concibió la absurda idea de que la furia gitana, que el virtuoso Sabicas le traspasó desde la niñez, podía ser sustituida por las utilidades del estudio jurídico del futuro Abogado de los Tribunales de la República. En vano se empeñó por ahogar, dentro de las profundidades psicotrópicas de La Medusa Multicolor, a su duende egoísta, quien retornó más saludable de los abismos a los que fue arrojado por el aspirante a conspicuo jurisconsulto de metrópoli de tierras altas. El bufón de la guitarra, con el paso del tiempo, acabó difuminándose en la fantasía de lo andaluzado; emergiendo el artista que decidió hacer uso de su patrimonio pecuniario para costearse el austero oficio de su duende. Habiéndose investido de Doctor en Jurisprudencia y, por añadidura, Abogado de los Tribunales de la República, no ejerció como tal, las tensiones corporales lo empezaron a acorralar al par de recibir esos títulos académicos. Y, la sangre gitana, que creyó sepultar en los jolgorios fundacionales, se reconstituyó para impedir que el jurisconsulto liquide el corazón valiente del

músico. Se quedó con las soleadas horas matinales que lo hacen abanicar la guitarra, liberando energía acumulada en los entumecidos miembros, tomando la porción cotidiana de aventura fuera de la celda del desencanto.

Olegario Castro cavila que Gitte, de tanto navegar en las fuentes sagradas de las comunas Pilche y Puca, ya es una metáfora del bosque tropical húmedo y lluvioso, su faz se abre cual naciente orquídea, su voz es el lamento del jaguar. El radiodifusor suelta en el dial a *Danza del terror*, sombras tenebrosas se mueven por los recovecos del domo que configura la nave que llevará a Gitte a sintonizar los picos del nudo de Tiopullo. Allá surge el intenso púrpura de pequeñas flores posando solitarias entre almohadillas de páramo, en los altos jardines del cerro Corazón. Radiantes corolas del género de las *Gentianellas* resaltan en la fotografía monocromática del montañero, tanto como refulge la nórdica funámbula en los cuartos de Marañón, después de haber entregado su afrutada versión extraterrestre. A él le viene nítido el instante que la novel científica tocó en la puerta del domo, portando la primicia que lo rindió a su talle seductor. Ella pegó duro en las ondas de Marañón desde su primera intervención, siendo aceptada por el radioescucha noctámbulo apenas tuvo el privilegio de ser admitida en los aposentos del gótico. Aunque contadas personas pueden jactarse de conocer las intimidades del domo de El Panecillo, el montañero insiste que fue suyo el placer de la aparición de la bendita danesa en su morada, y sufre sin paliativos el ardor que le produce la impermeabilidad de esa musa a los silenciosos avances de su corazón.

La estable temperatura importada hace que la ropa ligera esté vigente de corrido en el sofisticado campamento base del montañés. En el intercomunicador de radio Marañón ya se instaló la embriagante voz de Muñeca remitiéndose desde su balcón de Guapulo, con vista permanente a la ruta que abrió Orellana al mito de El Dorado. —Sabe, señor Olegario, me da por creer que

debería denominarme a mí misma no sólo Muñeca sino *Muñeca de Porcelana*, porque cuando más fuerte siento que estoy con mis encantos naturales auestas, también presiento mi próximo derumbe... ¿Dígame, la composición que pasó fue *Danza del terror*?

—Acertó, Muñeca, se acaba de marchar *Danza del terror* y entró usted airosa... ¿Qué más novedades me tiene en el mirador del Camino de Orellana?

—Sí, Olegario, de cara a oriente, bamboleándose sobre las nubes cual buque fantasma, tengo la regia vista de las cúpulas del palacio renacentista-barroco-mudéjar de Salvador Pineda Pinzano, nuestro marqués de Olivares y Yaguarzongo... Esta noche me siento frágil, como revestida de porcelana por mi tendencia cíclica a hacerme añicos, ¿será para revivir con más ganas en ese amor que vislumbramos al final de una cruel pesadilla? —replicó jocosa la mujer que se autocalifica, en el ámbito del comercio sibarita, como un convite integral, equilibrado en todas sus líneas—. Ella es la escultora de su cuerpo, trabajando meticulosamente en sus vertientes, obsesionada por la higiene y la salud del templo sensual a donde acuden a orar intelectuales y mansos con poder adquisitivo. Para los radioescuchas, a fuerza de imaginársela, es una deidad de la noche.

—Tiene que admitir hay en usted un espíritu cultivado —observó Castro.

—Sabemos que no soy una derivación del hambre arribista de cualquier universitaria... ¿Se divierte conmigo, Olegario?

—Usted, Muñeca, es dinamita, despierta emociones fuertes sólo con oírla. Ahora mismo, anónimos lechuceros, se habrán conectado a su voz suspirando por lo demás con devoción. Y no faltará un caballero de fuste apostando a atrapar su corazón.

—¡No sea loco, Olegario, ahora sí que me va a hacer reír a lágrima viva...!

—Hágame el favor, concédanos ese placer en vivo...

—No sea loco, ¿quiere?...

—¿Qué decíamos, Muñeca...?

—Lo que dijo usted no está lejos de mi afán de valerme de la estética corporal para buscar encantos que sobrepasan lo físico. Sé que mi espíritu se educa por compensación a la borrachera de los sentimientos ajenos.

—Me permito reiterarle que usted tiene un poder seductor natural, milenario.

—Acuérdese, Olegario, en el alma está lo que uno de verdad puede desarrollar. Es innato del cazador observar minuciosamente a la presa: cada hombre que escojo para introducirle sensualidad es único, irrepetible...

—Usted, Muñeca, practica una cacería selectiva de sujetos tan desprevenidos como pudientes —acotó Castro.

—Sí, soy muy escogedora, teniendo debilidad por cierto tipo de doctores vegetarianos. No hago lo mío por supervivencia, ésa es una suerte de las carroñeras que levantan cadáveres en la ciudad ahumada. Digamos que una vez superada la fase de estudio, procedo a la persecución e inmovilización de la víctima para inocularle placer directo a la yugular.

El profesor Duvolosky se integra al diálogo múltiple que discurre en el dial de Marañón, su voz astral participa que viene escuchando, en la última convención de *Ufólogos del Equinoccio*, que la mansión de Olegario Castro podría ser una estación de tránsito de viajeros interestelares. En realidad es un bulo que el mismo profesor Duvolosky se ha encargado de propalar, éste sospecha aquello desde que Gitte inició lo del testimonio ES. La intervención del ufólogo provoca hilaridad dentro y fuera del domo de El Panecillo, tanto que hace exclamar a Muñeca, desde el mirador de Guapulo: —¡No sea loco, profesor Duvolosky, sólo resta que usted albergue esperanzas de que Olegario Castro es un extraterrestre!

Agazapado en el intercomunicador, aguarda su ingreso la voz arcaica de un caballero de tierras altas, quien viene acuchando a la Muñeca cazadora desde que salió por vez primera al

aire de las ondas largas de Marañón. Ya salta la grave palabra de Máximo, llega con el palpito de seducir a la Muñeca, su par en la cúspide de la pirámide de la aristocracia carnívora. Castro interviene haciendo la introducción “formal” de Máximo a la mujer que, ante el silencio de los radioescuchas, presiente se le viene el flechazo del rapaz.

—¿Quiere vivir lo suyo al lado de lo mío, Muñeca? —propuso Máximo, omitiendo convencionalismos, yendo a la cuestión básica de su larga espera, imprimiendo en su voz cavernosa antiquísima ternura. Ampliando la proposición, añade—: Además de tener los recursos para hacer de nuestro idilio una ventura, poseo la paciencia para compensar los apuros de la cazadora... ¿Qué me dice?

—En el fondo, Máximo, ya sé porqué me atrae su verbo, pero hay tanto loco por ahí... —replicó dubitante la Muñeca, buscando la distante señal aprobatoria del montañero, esa que le diga sí vale la pena vivir un amor atemperado—. Ella ha venido identificando en el dial de Marañón las bondades, a priori, del caballero que la reclama para complementarse entre sí; empero, conserva instintiva cautela ante un hombre radicado en la cima de su poder, como ella misma.

—¿Es usted de fiar, Máximo? —interrogó la mujer que ve invertida su posición de cazadora, pues está siendo asediada por una potencia irresistible.

—¡Soy un aristócrata medieval! —replicó Máximo.

Las voces de los debutantes en amores se diluyen con las notas de *El círculo mágico*. “Por fin conectaron entre sí”, susurró Olegario Castro volviéndose a sus invitados, regocijándose por haber tendido un puente entre esos personajes de alcurnia. *El círculo mágico* repasa en los silencios de José Miguel y Gitte, a cual deglutiendo el encuentro de esas dos islas sobre el océano de nubes de tierras altas. Gitte todavía aguarda se fragüe un hechizo similar con el hidalgo guitarrista, ha diseñado un holograma de

amor para ellos dos, se ve enredada en los finos dedos del artista, retozando con ellos por los rincones claroscuros del bosque tropical. El ansiado puente, entre la quieta cabaña de La Merced y el caos evolutivo que provee el territorio de la comunidad Pilche, está condenado a ser una obra de ingeniería inejecutable, siendo insuficiente la química de ellos dos para ejecutar ese monumental proyecto físico. El corazón del artista tiene libertad para soñar con su amor brujo; empero, a la hora de acudir a la cita en la remota selva donde éste reside, es confinado a la mazmorra de un castillo en ruinas.

El montañero percibió la intensidad del sacudón que infirió al corazón de Gitte el encantamiento dado entre Muñeca y Máximo. Él mismo, morosamente, va saliendo del placer que le produjo intermediar en esos amores de otra época. Entretanto, en el sendero a la aurora de tierras altas se emiten a destiempo los badajazos de *A medianoche*; las campanas de *El amor brujo* doblan en la urbe que está por coronar la pared de la primera luz. Las campanas de *A medianoche*, despidieron a esos dos seres equidistantes que acabarán uniéndose en el centro de su gravedad. En la intemporalidad de *A medianoche*, también doblan las campanas por el hombre que amanece en el bosque amazónico resistiendo al ocaso de su libre prolongación a la intemperie.

Gitte envía señales de entendimiento al radiodifusor desde el sofá donde acarició las manos del guitarrista. Ella barrunta en que las campanas también tañeron por los batracios que abandonaron, sobre los lomos de adelantados espaciales, la cuenca media del río Napo. —¿Por quién más doblaron las campanas de *A medianoche*? —inquirió alto, posando sus ojos en la travesía al sol ecuatorial que está haciendo el rompehielos Marañón—. El mar blanquecino que cubre a La Medusa Multicolor aviva su pintura del altiplano, recuperando la noche de luna que observó por primera vez el domo de El Panecillo con el fondo nacarado del volcán Cotopaxi.

José Miguel salió fortalecido de los badajazos de *A media noche*, viene estirándose para emprender en la guitarra con la

rumba, *Paseito de membrillos*, composición que brillará en los ojos de Gitte. El músico no ha pisado las barriadas que trepan por las estribaciones menores del Rucu Pichincha y el monte Atacazo; siendo aprendiz de burgués pateó las calles rutilantes de la riqueza urbana, sin adentrarse en las fauces putrefactas de La Medusa Multicolor. Desde que se desprendió del venal zapateo de las efemérides fundacionales, no ha vuelto a recoger esa huella cargada de fuegos fatuos. La fiesta del andaluzado estudiante en los recintos de la tauromaquia exacerbó la sensibilidad del hombre que, en su más tierna infancia, empató a la polifonía del bosque primario andino. Su homónimo bisabuelo José Miguel, marqués de Solanda, conservó una vasta extensión de biosfera primigenia, dentro de las ocho mil hectáreas que conformaban la antigua hacienda La Merced, haciendo de su heredad un parque protector del cerro Ilaló. Con el progreso de La Medusa Multicolor vino también la tala sistemática de los bosques andinos y, por maldito reflejo, la fractura del espíritu bucólico de su patrimonio familiar. La desaparición del ilustre conservacionista José Miguel, marqués de Solanda, instaló ineluctable decadencia en La Merced; el otrora prístino reducto de bosques primarios fue inmolado en la infernal juerga de su hijo Jerónimo, *el devorador*, quien arrancó de cuajo la magia añejándose en los contornos del extinto volcán. De esto que del fastuoso territorio de aromas silvestres que protegió su sabio antepasado, solamente recibió la hectárea que su padre Héctor, *el manso* (hombre que fue total resignación ante el monstruoso dispendio de su progenitor, Jerónimo, *el devorador*). “Papacito me la heredó ya amurallada, y con ello pude conservar mi integridad... Claro, una nimiedad, dentro de lo que fue la hacienda de ocho mil hectáreas de mi bisabuelo; no obstante, sin el aporte de oxígeno de esa selvita que me hicieron llegar, José Miguel, *el guitarrista y filósofo*, hubiese sucumbido en la vorágine del urbanícola...”, se escuchó diciendo en otra madrugada, cuando remitía a los oyentes la saga de La Merced. Ahora se pregunta cómo una hectárea, de caos evolutivo al pie del Ilaló, puede

ser suficiente para la nórdica residente en los alaridos, sudores, aromas y avistamientos extraterrestres, del bosque de la cuenca media del río Napo. A él le basta perderse en su nicho biológico; pero ella, ¿cambiaría *El Dorado* por una hectárea de verdor entre muros?

Olegario Castro ha proscrito cualquier seguimiento de los hechos acaecidos en el inmediato pasado de las ondas de Marañón, la dinámica de su carácter le impide manosear el reciente ayer bajo el devenir de su nocturno, "...al pasado hay que dejarlo añejar para poder recrearlo mañana en detalles que antes nos fueron irrelevantes...". Por mandato de su costumbre, no irá tras el epílogo del romance que facilitó entre la Muñeca y Máximo. En una futura madrugada, cuando esté recóndito el recuerdo de aquellos dos nobles dominantes, se enterará por boca de éstos mismo si hicieron destino. Los noctámbulos que están registrados en el banco de voces, y a su oportunidad salen al aire, son pasajeros en la larga noche de radio Marañón, apareciendo tan orondos como se esfuman sin dejar rastro, dirigiéndose al espacio de las palabras libres de archivo. Acá no se detiene a la sonda del pasado, ésta sigue su curso al revés de la hora que avanza al amanecer. Otea en la ventana sur la cresta del monte Rumiñahui, figura al cóndor de piedra desplegando sus alas sobre el valle de Machachi. Barrunta en la diferente apuesta en la que se halla frente a Gitte y a José Miguel, ambos selváticos en sus divergentes opciones ambientalistas. El montañero se halla a gusto en el domo de El Panecillo, morirá con la vista de este mar de nubes chocando contra las pantorrillas del Rucu Pichincha; no se irá a morir en Amable María, como había previsto en su primera juventud, entonces había jurado que una vez cuelgue las botas de escalar terminaría su instante encarnado en su villa natal. El lobo de páramo lo ancló en la sagrada elevación que escruta el horizonte de La Medusa Multicolor, aquí está, con su nave parqueada hace rato, siendo un ciudadano que se beneficia de su

mirador protegido por el Fondo para la Conservación del Tesoro Artístico. Se acostumbró a enviar señales al espacio sideral desde su balcón pichinchano, arraigándose en él tanto que la promesa del iconoclasta ascensionista de abandonar la altiplanicie se quedó para ser otra saga radial. Hace periódicas caminatas en los pajonales, aprovechando la cercanía de los páramos de las montañas que conforman su círculo mágico, ya aliviado de los rigores del andinismo extremo, retirado de la zona fronteriza a la muerte donde diseccionaba a los animales pétreos. Aprendió a disfrutar del senderismo sin el peso mortal que le infería el coleccionista de paredes, ese que apuntando con el índice el diedro a escalar arriba de su cabeza, despreciaba el solaz del lobo en la meseta andina. Hizo grados avanzados de matemáticas puras y electrónica en la Universidad Politécnica Nacional, egresando de ello sin obtener los pergaminos que lo iban a lanzar al mercado de útiles perecederos. Patente le llega el recuerdo de la monografía que levantó antes de su desertión de las huestes tecnolátricas, titulada: *El consumo de tecnología en la diversidad de pisos económicos del distrito metropolitano*. Entonces conoció también la cara sucia de la ciudad, tomando conciencia de su realidad palpable. Transitó por el medio ambiente teratológico adyacente a la milla que conforma el Patrimonio de la Humanidad, vagando entre la masa bípeda que habita infiernos donde sufragan, secretamente, en las elecciones populares que traen la efímera ilusión del bienestar. Pateando minuciosamente los submundos de la urbe, configuró la idea de que había tantos pisos socioeconómicos como microclimas en La Medusa Multicolor.

“¿Quién dice que el amor no es parte de la cinética de La Merced?”, musitó Gitte a un costado del diván al que se devolvió para escuchar *Paseíto de membrillos*. Ella se embelesa con las manos del artista volando en la guitarra, esos instrumentos de precisión la transportan a un estadio apolíneo. Las herramientas del artista tienden un puente musical hacia los adelantados anfibios, perci-

be similar belleza acústica cuando las ranas y sapos se convocan en torno a los visitantes astrales. No se equivoca el montañero al preferir la música de José Miguel para enviarla *afuera*, su furia flamenca podría provocar una reacción en cadena en los sentidos de los espaciales, es un suceso que lo presiente luego de dilucidar que su mente sí recibe información subliminal de aquellos, esa que algún momento podrá digerirla su humano entendimiento. Gitte se funde en la garúa que acaricia las despejadas ventanas del domo; abajo se mantiene la invisibilidad del arte barroco que encierran las iglesias. Arriba, en la Cima de la Libertad, se dibujan las casillas apretándose ateridas, sujetas al páramo que desollaron para expandir los tentáculos de La Medusa Multicolor. Sus ojos enfocan la barriada que desafía la gravedad, mientras selváticos bejucos buscan enredarse en el tronco del guitarrista.

Apenas separado del sofá que acoge a la nórdica, el corazón errante de José Miguel se contagia del fervor aventurero que se respira en el domo, él es parte de la tripulación de la nave que surca la corriente que desembocará en arbolado amanecer. Su alma guerrera viene liberando energía, hace la travesía montañosa con innata fluidez. El músico coincide con el andinista por lo de su origen campesino, aunque distan bastante en el contenido de sus cunas. Olegario engordó su niñez de aventuras silvestres, portando sendos cartuchos de papel repletos de máchica; creció bajo la austeridad de la familia hortícola de Amable María, donde aún pervive el solar de los Castro-Monteros. José Miguel abrió su oído musical a La Merced, cuando ésta era aún la linajuda hacienda de su conservador bisabuelo, el marqués de Solanda, y los sapos y ranas pululaban en los bosques primarios del Ilaló. *El guitarrista y filósofo*, nació para atestiguar la decadencia de su estirpe en manos del devorador Jerónimo, quien hizo soletas las centurias de biodiversidad canora de La Merced; la estridencia de los ejecutivos de la deforestación rompieron el encanto de su cuna arbórea, hiriendo sus oídos de artista, atropellando sus nervios, instalándose desde entonces los parásitos que cocinaron a

fuego lento las tensiones de la madurez. A su vez, el chiquillo *pata caliente* de la huerta de Amable María, fue forjando temprano las herramientas para ir en pos del abrazo con los animales andinos; estaba listo para el andinismo cuando dejó la gentil estancia de su niñez y se trasladó a la capital para hacer la secundaria del colegio San Gabriel. En ese viaje configuró su porvenir: los gigantes andinos del norte cautivaron sus ojos apenas volteó a otear a oriente, rodeando la cintura del cerro Corazón, cayendo al incendiado amanecer del valle de Machachi. Entonces posó largamente su vista en el colapsado volcán Rumiñahui, el cual, simulando a un cóndor de piedra, le extendió majestuosa bienvenida desplegando al máximo sus alas. Mientras que el muchacho de la difuminada gloria de la hacienda de sus mayores, se abstuvo de dar vuelta a un puerto de montaña para asombrarse con los picos nevados que añoraba el otro, Olegario Castro. José Miguel sólo hizo someras visitas al páramo con el propósito de alimentarse acústicamente, su paseo se reducía a conducir el vehículo todo-terreno hasta las caídas de agua que le obsequiaron a su oído la composición futura que llamó, *Chorreras del Pita*.

Tambores de la pampa argentina se liberan en el domo aprovechando la pausa de José Miguel, ya irrumpe la potente voz del gaucho reclamando a una chacarera la infamia de su ingratitude. Ida la voz de la pampa gaucha, Olegario Castro, remite sus reflexiones al dial. *El trovador dejó entrever que mantiene encendida la luz del reencuentro con la ingrata chacarera, tragándose su orgullo pampeano anhela el retorno a ella. Tuvimos sequías que hicieron desiertos, y desiertos que hicieron ríos de inmigrantes sureños al pudiente occidente donde mueren enajenados. A oriente, el cada vez menos ignoto bosque de amazonía, donde aún sobreviven fabricantes de mito y de magia, está siendo parcelado por la desolación desarrollista. Familiar súcubo me observa desde la altura de los instrumentos del puente de mando de la nave que comando; la diablilla se contonea sicalíptica, enseñándome sus carniceros dientes de barracuda, y suelta aromas que incitan a*

mórbida pasión. Ya no me coge de sorpresa la muchachita, es mi súcubo de la hora prima, ¡qué buen trabajo me hicieron los jesuitas!

Supo costearse sus estudios secundarios al pie del Rucu Pichincha, ganándose una beca integral en el colegio San Gabriel, donde desarrolló su capacidad de autodeterminación, principalmente expuesta en la disciplina de posar la bandera de su poder en las cumbres andinas. La experiencia ascensionista de su primera juventud fue el despertar del futuro recolector de paredes en solitario que, en principio, intentó ser parte del ruidoso conjunto de adolescentes andinistas de Gabriel. Arrancó a partir del denominado “paso de la muerte” de la cara oriental del Rucu Pichincha, con la ilusión de ganarse un lugar en la cordada de los líderes gabrielinos. Con el paso de los años de instrucción secundaria se destacó por su resistencia física y, sobre todo, por su fortaleza mental a la hora de acometer la cumbre del animal andino en suerte; lo hizo ejercitándose, a la par, en comer y beber lo mínimo durante los rigores verticales que se había impuesto. Cerca de terminar su internado bajo el signo de Gabriel, la influencia del ritual jesuítico lo marcó, esa íntima reconstrucción cotidiana de su paso terrenal hizo efecto: sembró en él la voluntad de hallarse, en solitario, con el montañismo extremo. Acabando la secundaria que le otorgó el pergamino de Bachiller en Humanidades Modernas, se distanció del andinismo como practica gregaria, dispensándose de hollar los picos en des-comunión con su naturaleza primordial. El manual de trabajo de equipo, los preceptos para doblegar montes en manada, inervaba la aventura individual. Culminando la secundaria gabrielina con honores académicos, fue recomendado para hacerse de una beca universitaria en la Escuela de Electrónica de la Politécnica Nacional, ingresando a realizar estudios superiores con el suceso del alumno laudatorio que debía servirse un mundo propenso a lo artificial. Durante su lapso universitario se ganó la impronta de solitario escalador de diedros virginales, y de asiduo visitante de los máximos grados de dificultad vertical. Levantó su propio calendario ascensionis-

ta motivado por el deseo de abrir rutas espontáneas, sin dejar huella sintética en la vertiente del gigante explorado, a donde él subió el sudor, lágrimas, espanto y arrobamiento, que le prodigó la desinhibición de su genoma descubridor. En los abismales laberintos de las múltiples caras de los montes andinos, abandonado a los instintos del espontáneo escalador, fue haciendo de la cumbre una instantánea borrosa en el conjunto de retos que le planteó la tarea en sí de abrirse ruta. En principio, el mandato de ir a hollar la cima de todo sobresaliente pico andino que halaba a sus ojos, lo tenía como un exitoso reductor de cabezas pétreas, llenándose de trofeos que lo llamaban vencedor de montes azules y plateados, antes que un hombre enfrentado a sus limitaciones en la naturaleza volcánica. El hombre se resistió a continuar una escuela ascensionista basada en objetivos gregarios y, cuando se liberó de la desventura de hacer andinismo en equipo, recién pudo experimentar a tope *técnicas* de escalada libre, entrando en el privilegiado estar del individuo que emprende en lo inexplorado, revelándosele pasos en vías de apariencia impracticable, que le demandaron integración, todo de sí, para atreverse a medrar en los picos de la creación. A pesar de su terca posición de no trascender hacia afuera con su estilo espontáneo de hacer andinismo, —o quizás por la misma fuerza cinética de esa decisión—, fue reconocido aun por ámbitos ascensionistas que no practican el arte de clavar hitos personales, intransferibles, en la roca y el hielo. Aliviado de peso en la mochila, con el mínimo de equipo de escalar espolones que hacen cumbres, fue cogiendo gusto por atacar las caras temibles de su deporte filosófico. En el desarrollo de un andinismo tan primitivo como autodeterminante, fue haciéndose aristócrata su prurito de escalar entre nubes. Al cabo de acumular piezas para su rompecabezas de riesgo extremo en la altitud, negó al vértice que hace la cumbre de un animal andino como el fin de su tarea ascensionista, focalizando su poder en abrir vías en paredes que por sí mismas fueron una montaña de dificultad.

Egresando de la Politécnica Nacional, excluyó de sí la mentada consagración de un profesional de la altitud coleccionando cumbres de los montes ochomil del Himalaya, no quiso añadir a su currículum tal vulgaridad. *Después del pionerismo catorce-ochomilero de los Messner, Kukuczka y otras inteligencias similares, se instaló el decadente ochomielerismo; siendo que éstos mismos prohombres, sin proponérselo, ayudaron a mediatizar y a hacer de ese deporte filosófico una parodia tragicómica de heroísmo himaláyico... Por supuesto, se seguirá contando con demonios geniales de la superaltitud, como S. House, que todavía serán espontáneos pero sin dejar de ser una excepción de la plaga ochomielerera.*

A partir de que se incorporó sobre sus cuartos inferiores y se echó a andar por la vega de Amable María, se preparó para aplacar su sed gótica, no hubo vuelta atrás en su destino andinista; sin embargo, el hado le preparó una sorpresa himaláyica, contra su decisión de no hacer los ochomiles, del tamaño del monte Everest. En los primeros días del lobo de páramo, apenas él había colgado el equipo de sus aproximaciones, de largo aliento, al máximo de dificultad escaladora, fue sujeto de la más voluminosa anécdota de su mundo vertical: hollar el impensado ápice del Everest. El día que decidió bajarse del oficio de escalar, lo encontró en su natural enfrentamiento con la incertidumbre: desmontándose de la sombría pared norte del Ogro, el cerro Quilindaña. Había vivaqueado a unos cuantos metros de la cumbre que no fue a conquistar, despertando de una noche bonancible con el individuo maqueándose en la frente porosa del Ogro. Hizo vivaque asegurado a una mínima trama, sujetándose a una repisa de un palmo que halló en el último largo de cuerda solar. En ese punto, pendiendo sobre la profunda caldera del anfitrión, con la luna dibujando al fondo del abismo las lagunas que anidan monstruos antediluvianos, instaló recuento jesuítico de los años que venía respirando para la fotografía de su Museo Vertical. Antes no se había propuesto hacer un examen de consciencia tan completo de su estancia en el vértigo, como lo hizo aquella noche

en las barbas del Ogro. Bamboleándose en la hamaca anclada a la lúgubre faz del animal, resolvió abandonar los rígidos itinerarios del escalador extremo, y bajarse a hacer la travesía del lobo de páramo, sólo vagar en el altiplano sin aferrar sus dedos ateridos a diminutas presas.

Amaneciendo al día del súbito adiós a los diedros que lo llevaron al arte de lo posible en lo aparente imposible, se descolgó de una época que lo hizo llegar en la roca y el hielo a donde él quiso, insistir más en ello era una forma de estancarse; tenía que bajar al valle para inaugurar la edad del lobo de páramo, intacto. Hasta ayer había estado sometido a su tarea de ganar metros pared arriba, pensando que tenía cuerda largo como días en el año que recién empezaba escalando el Ogro, de paso que celebraba su cumpleaños. El espíritu que lo llevó a sufrir su primero de enero, atacando una novedad en la cara norte del Quilindaña, no le advirtió que era el fin de una época, pues vino a hacer un tramo más en la senda que él dijo le gustaría concluir en las católicas cumbres del Altar. *Salí a festejar mi aniversario sin abrigar ninguna suerte de despedida de la vida a muerte, me fui a donde el Ogro todavía despreciando la transición a lobo de páramo; mas, todo se dio saludable por lo intempestivo.* De ese abrupto descenso a lo que negaba su lado gótico, nació lo de contemplar los picos desde el acolchado piso del pajonal, y devino la metempsicosis de andinista a caminante; anulando su propósito de cerrar su estancia en la pared peleando por abrir ruta en un segmento virginal del pico Obispo.

Lo que vino, después de su ecuánime retiro de las altas cumbres ecuatoriales, encarnó la más gruesa anécdota del renunciante escalador, la cual arribó con una inusitada invitación para asenderear en el Nepal, apenas habiendo pasado semanas desde que le dijo adiós a su exposición aérea en la pared norte del Ogro. Descargado de la ambición de hacer cualquier cumbre de los montes Himalayas, se apuntó a la relajada ruta senderista que harían dos veteranos de la cofradía Torres del Paine; quienes lo invitaron sólo “a andar y ver” en el Parque Nacional de Sagarmatha, a

pasear por las estribaciones menores del Everest, incluyendo una visita a la kilométrica catarata de hielo de Khumbu, rebasando el atestado campamento base de la ruta normal al pináculo del orbe. La divertida misiva, que le enviaron los veteranos de Torres del Paine, incluía una opción hilarante, diciéndole a manera de broma: Si te aclimataste bien, y te entran ganas de hacerlo, puedes desencordarte de la propuesta de andar y ver para atacar, estilo alpino, en solitario, la cima del Everest. Por instinto cargó a su caminata himaláica el mínimo equipo escalador, el que había colgado en el Museo Vertical luego de su adiós a los rigores de la naturaleza pétreo. Y, por esos renglones inescrutables que escriben la leyenda de un autócrata, acabó hollando el techo del mundo, tal cual presintieron esa posibilidad los de la cofradía Torres del Paine. Lo hizo sin drogas efervescentes, ni oxígeno embotellado, ni teléfono móvil y cámara fotográfica. *O sea que a fuerza de maní y casi biringo, aprovechando el clima y la coyuntura de expediciones faraónicas que me dejaron la ruta servida, subí ligero como un picaflor de bosque andino, siguiendo la huella de la muchedumbre trepadora con sus kilómetros de cuerdas fijadas... Hice la ascensión más aburrida de mi vida, ¿qué desvergüenza la mía, no?*

Esa subida al Everest fue un producto de su terquedad, él tomó una oportunidad que no pidió pero que no podía desdeñarla, lo hizo porque estuvo dentro de su capacidad de improvisación tal esfuerzo sobrehumano que nunca volverá a sufrir. *El saber que la misma mañana de cumbre casi tres docenas de humanos me acompañaron en la estadística de haber hollado el punto culminante del globo, me abrumó. Lo que sé es que los encapuchados que vi lo consiguieron merced a la debida oxigenación y todo el paquete de aditivos que hacen grandes a los ochomieleros... Este hecho quita el sabor sublime de abrazar en soledad a una montaña, y le da un toque amargo de aglomeración a lo sagrado íntimo, y, por muy pináculo del mundo que esto sea, huele horrible.* El Everest de Olegario Castro no tuvo ni las fotos ni la trascendencia como para incluirse en su Museo Vertical, si bien fue su techo en la altitud himaláica apenas lo tiene para

de vez en cuando soltarles algo de ello a sus oyentes lechuceros. *Resumiendo, a mí qué me importa si me anotaron o no como uno de los tantos que hizo la cumbre del Everest... Lo cierto es que, para reírme de mi mismo, ya tuve algo en común con los ochomieleros.*

José Miguel no puede imaginar el Everest del gótico, sólo una vez caminó hasta la cúspide del cerro bonachón que vio nacer y morir el fasto de La Merced. En la cima del Ilaló recreó la biodiversidad del bosque ido, allí palpó el monolito que señalaba los límites del antiguo esplendor de la hacienda que vino a reducirse a su mínima expresión. Buena parte del extinto volcán Ilaló, entraba en el territorio silvestre de su bisabuelo, quien profesaba respeto y amistad al bosque primigenio entendiendo que él era un huésped de ese pedacito de planeta. El marqués de Solanda presintió que La Merced, después de él, cedería al poder del huracán *Progreso*, y que su reserva biológica iba a ser arruinada por el párrafo torcido de su vocación conservadora, su hijo, Jerónimo. El monolito delimitando el cerro Ilaló marcó el cenit de la evolución ambientalista de su estirpe y también su colapso, pues, tras el pragmático ambientalista vino el aberrante deforestador. Siglos, de convivencia con el bosque protector que hacía el real patrimonio de La Merced, fueron decapitados por Jerónimo, *el devorador*. En estos días, José Miguel, *el guitarrista y filósofo*, se irá al otro lado con la sola hectárea que sobró de su armonioso pasado. Recrea la imagen de lo ido, aunque obtuvo suficiente de las ocho mil hectáreas del ayer para hacer el hábitat del duende egoísta; y le alcanza, para no prostituir a su guitarra, la renta que recibe de lo que le dejó en papeles su manso progenitor.

En las barbas del Ogro, creación musical de José Miguel, inspirada por el preámbulo de la aventura himaláyica de Castro, suena en el dial. Existe un vínculo entre las vertientes que el andinista escaló y las torres que el músico asciende en el anfiteatro de sus tensiones musculares. José Miguel, con la aurora, inicia su ascensión del dormitorio al jardín de su residencia para desayu-

narse frugalmente, y luego “atacar” la cumbre de cada día en la guitarra. Igual que Olegario, él puede dormitar colgado en la repisa que le alquila al monte Purgatorio; aunque no le faltan sueños reparadores que le traen la melodía de una náyade vikinga, su pesadilla consiste en ver paralizada la acción de sus manos.

Gitte está parada en el mirador oriental del domo, cavila en la leyenda del cartel de la milla histórica que llamó su atención ayer, el que reza: *Debemos conservar el legado de los siglos*. La gigantografía muestra la iglesia de San Francisco con su plaza vacía arribando lustrosa al amanecer, sin huellas del sudor del pueblo informal pateando el suelo donde prolonga su menesteroso día. La imagen es un viaje al pasado, al mundo barroco-mudéjar-renacentista de una desierta plaza de San Francisco en pos del azul de los Pichinchas, tal como era ante los ojos del aguatero acarreando sus ánforas por la aurora de la recoleta urbe que ocupaba una milla limitando, al sur, con el domo de El Panecillo, y al norte con la hacienda Alameda. El cartel podría ser de la época en que todavía los pumas seesteaban por lo alto de los Pichinchas, tras apurar un banquete de cervatillos, cuando eran los encargados de equilibrar la abundancia de presas en el bosque primario andino, ese que apenas es parte del legado de los siglos.

Las notas de *En las barbas del Ogro* van apagándose. Gitte regresa del mirador oriental del domo para enviarle una señal conocida a Castro, y éste le devuelve un mimo de sutil entendimiento, invitándole a que haga a su aire la vuelta de rigor por el Museo Vertical. Ella desciende por la suave rampa que la mete en el segundo nivel del domo, entregándose de lleno a la galería que resume el carácter del hombre asido a sus fortalezas y miedos. Esa fuerza pétreo la conmueve irremisiblemente. Entre las imágenes monocromáticas que hacen la muestra de los grados verticales de la aventura del andinista, contadas son las fotografías del hombre posando para sí mismo, aunque éstas vienen a ser suficientes para lograr un retrato completo del sujeto con todas las funcio-

nes vitales hacia arriba. En la mayoría de las fotos no aparece, *a simple vista*, Olegario Castro, pero ahí está el escalador agarrado a la piel mineral de los gigantes andinos, ahí está el hombre que abrió vías en murallas de espanto. Aquí está ella buceando en los límites de la conciencia de un hombre que sin mediar palabra ni explicación alguna le brinda su complejidad fotográfica. Ella admira el arte gélido de Castro, es ineludible asombrarse, allende que sus sentidos medran con el caos biológico de amazonía. El Museo Vertical, es una muestra de instantes del absoluto pétreo; apenas se ven espolones, torres o cimas, en una progresión ascendente que ayude al observador neófito, el grueso de imágenes son retazos de pared, siendo una gama del gris solar de las rocas matizado con los blancos de los neveros. La galería resume la naturaleza mineral hacia arriba, el desierto gélido que abrazó el escalador, reptando como los bejucos del bosque lluvioso en busca de las vitaminas que dimanan del sol. Aquí respira la soledad aérea de un hombre montado en su autosuficiencia; a ella le toca imaginar esos desniveles de vértigo, los que le exigieron al gótico espontaneidad ante los problemas, y atacarlos antes que rendirse al pánico y morir paralizado entre ellos. “¡Oh gélida belleza de los abismos!”, dice al pie de la fotografía que muestra un puente de hielo uniendo una grieta ancha y profunda. Ella ha venido experimentando otra clase de silencios en el nocturno de las especies de amazonía, dentro de su propósito de revelar individuos anfibios a la ciencia. Su soledad de bosque húmedo y lluvioso es lujuriosa, una orgía de la evolución, es el oxígeno combatiendo a la pereza artificial. Sólo hay un cuadro sociable de toda la muestra que propone abarcar el rostro del mentado deporte filosófico. “*Atardeciendo en la selvita de La Merced*”, reza al pie de un marco de madera rojiza que contiene una instantánea de José Miguel y Olegario Castro, ahí están viajando a una carcajada inmortal los dos dispares conquistadores que ilusionan a su corazón. Ellos encarnan diferentes fuentes de luz y sombra, silencio luminoso y soledad volcánica.

José Miguel, habiendo finalizado la interpretación de *En las barbas del Ogro*, quiso bajar al Museo Vertical, tras los efluvios de Gitte; pero anuló su intención por la certidumbre de que la nórdica buscaba intimidad con la fotografía del andinista. Entiende que la contemplación de ese rompecabezas de altitud requiere de soledad, él también fascina con el alma que Olegario Castro le ha puesto a grises y blancos geológicos. Ama el horizonte de la cordillera sin hollar su ápice, e intuye la psicología vertical, pues, su cuerpo, sabe lo que es aferrarse a una diminuta repisa al pie de un abismo infernal, aguardando que la luz rescate sus manos entumecidas y su alma despierte a la tarea del guitarrista. La cuestión es cómo bajarse de la torre donde se posó la belleza, y viene la noche macabra a gritarle: ¡o bajas o te empujo al hueco!

Cae el granizo que disipa el sopor del perímetro colonial, remozando sus callejas. A Gitte le viene refrescante la crujiente embestida que desvaneció el conglomerado de nubes allá abajo. Aguza el oído que recoge el rumor seco de las esferas golpeando la aerodinámica edificación, bebe del encanto del casco patrimonial vistiéndose de blanco con el favor de la nueva luna, es como un nacimiento de néveas casitas rodeando el domo de El Panecillo. La sensación de ingravidez que le proporciona la nave de Castro, aumenta conforme acumula más horas de vuelo dentro de ella.

Placidville II

La luz lateral de la Parca nos sorprendió en nuestra panorámica retirada de la aldea exánime. Venimos pasibles, a cuatro ojos, merced al ponderado talante de la ilustre carroñera que apagó cualquier resquemor irracional del cesante gotoso, lejos estaba en su ánimo infringirnos tortuosa agonía, quedando atrás eso de experimentar un lento fin en las tinieblas del dolor. Para regocijo particular del Saqueador, el preámbulo del fin empató con la primavera septentrional. Recatada luz del amanecer se funde con el aullido de la manada druida festejando el advenimiento de una saludable camada, renovando el cuadro lobuno de la llanura. Fuimos dispensados de un último encuentro con el líder de la *vida a muerte*, así no liberamos los dicterios que teníamos para el seductor de almas fáciles que, después de atraparlas, las condenó a desaparecer en un sueño cibernético. El aire mañanero de la pradera Brecha de Búfalo nos refresca lo suficiente para evitar un ataque de euforia ante la ventana de la senda de ciruelos serpenteando entre la vastedad de la caña dulce de Malacatos. Los cañaverales agustinos meciéndose en el valle subtropical rodeado de montañas rojizas se turnan con el suave oleaje de estos pastizales iluminándose con las flores. Mientras agonizamos repasando en la hermosura de aquí y de allá, la mueca lúbrica del ángel exterminador ya se habrá paralizado en la cúspide de su *Venus tropical*. Vermi se enamoró a muerte de nuestra Ana de Cazaderos, raptó

su imagen para enterrarse con la copia virtual de ella. Qué manera de entender la felicidad continua, la alquimia que éste usó es un símil de la empresa primordial del hombre para debilitar a Dios y ser condueño del edén. Está escrito.

El patibulario señor de las mieles subterráneas, renunció al sujeto que acumulaba poder estéril en la superficie de la pradera, con el propósito de devolverse desnudo a la matriz de Gea. El progreso acaecido en Placidville, expulsó a la humanidad del paraíso de Brecha de Búfalo; Vermi Hood y sus secuaces bajaron a la soledad sicalíptica del sillón cibernético.

Hemos sido cáusticos con el edén pecador de Vermi Hood, ese que se halla ubicado apenas debajo de la burbuja de cristal, lo que fue el iluminado hogar del ex anacoreta, donde una virtual sensualidad habrá escenificado la antítesis de su sacrificada virilidad sobre el piso pulido de Placidville. El hombre se regaló un paquete de vida para la orgía de los sentidos que atrofió, revitalizando enmohecidos ejércitos de células dactilares y del olfato, viniendo a ser una pútrida maquinaria de amor mortal.

Esa propuesta carnal fue, a la postre, una reivindicación tardía de una sensualidad anulada en aras de manidas convicciones monásticas. Durante ese tiempo vegetariano, de cerebro gris de la pradera, Vermi Hood, sufría una pesadilla recurrente: ahí era un hierofante antropófago, succionando sangre fresca de una doncella. Años después le dio la vuelta a su pesadilla, formando de aquel horror un paraíso de los sentidos.

Para vos, amigo Vermi, era inentendible lo que te contábamos del goloso devenir del oso de anteojos de bosque nublado andino, o el lamento noctámbulo del jaguar en el amenazado bosque lluvioso tropical, hasta que tomaste conciencia de lo que es habitar en la cumbre de la cadena alimenticia, y ese fue el momento que la pesadilla del monje caníbal se hizo realidad, y pasaste de ser un inmóvil custodio del lobo druida y del bisonte almizclero a ser un artista de la santificación aplicada al placer cibernético. Vos pensabas que si la aventura que practicamos, a

ras de los pisos dionisiacos, no hubiese existido, probablemente, habríamos coincidido en jugarnos a los dados el destino de la humanidad de Placidville. La manifiesta vitalidad del Saqueador hizo que nuestros senderos cósmicos se bifurquen a la hora de tomar decisiones en pos del ocio incesante que ambos juramos poseer. El Saqueador enriqueció subliminalmente al enterrador de Placidville, no obstante que te sacaba de quicio con sus fábulas de sátiro ojiazul, restregándote en tu rostro cadavérico esa incapacidad que tuviste para superar tu fobia a las exudaciones del medio ambiente.

Vermi Hood, no pudo convencerse de que había que entregarse primero a una vida "en concreto", antes de sembrar fragancias en la tierra fértil de la auténtica emancipación: el ocio incesante materializado en la aventura: la verdadera dimensión de un espíritu libre.

Apenas arribó la luz lateral de la Parca, corrimos a manifestarle nuestro agradecimiento. Ella está haciendo gala de su debilidad por el vate que se ganó un lugar en la carroza halada por los venados del firmamento naranja; se abstuvo, por esa costumbre que beneficia a los artistas, de arrollar al guerrero con una ráfaga de compasión que sobaje su altiva figura. No hemos sido objeto de dioramas terroríficos que dejen huella en el rostro de la funda biodegradable rumbo a la cremación. Aunque estamos advirtiendo la microscópica transformación de nuestra unidad de carbono, no paramos mientes en ese fenómeno interno que prosigue imperceptible frente a la vida que rige afuera. Nuestro curso viene desatendido de la derrota que sufre lo concreto ante el tiempo; la mente fluye en otra dimensión mientras los diminutos que nos habitan se difuminan ordenadamente, evitando el pánico en la desintegración del conjunto orgánico Teodoro Morris, sin oponer resistencia a su metamorfosis. Somos actores de un epílogo de aromas de trapiche y vista de hamaca de una primavera inmejorable. Esto de morir en el mármol de Placidville, nos ha venido cual viaje panorámico al ocio incesante sin escalas en el

monte Purgatorio, excusándonos de la penitencia incuantificable de ascender por esos círculos purificadores. La ponderación de la Doña ha hecho que no exploremos la zona oscura del Saqueador, no obstante que gastamos bastantes horas buceando en la cloaca del endemoniado que tuvo parte en nuestro ser. Ella nos ha dejado estar en el cuadro de la hermosura donde la campesina de Cazaderos mitigó nuestra sed de amar a una mujer indomeñable, aspecto que no había solventado el sátiro ojiazul en sus jornadas de burdel romántico; más allá de que en casa de Flor del Catamayo nos inspiramos para reventar el texto que rindió al lector burgués, proporcionando a la vez un hito a la producción literaria de Los Alverjeros. *Mis vicios masculinos*.

El abrevadero de Flor, casita blanca, ecológico burdel, perfume de guayaba, atalaya noroccidental del redondo valle de Zaratustra, estancia de los espejos que resaltan los encantos de las muchachas prestas a los simulacros de amor. Flor nos vendía una porción de la mujer sureña que el sátiro ambicionaba, al par de convidarse a su propio ensanchamiento cultural con el predilecto usuario de sus encantos. Entrambos aumentábamos el valor intrínseco de la amistad entre aventureros, Flor nos extendía ilusiones venusinas, en tanto el sátiro la homenajeara, más allá del abrazo sensual, participándole ficciones que hacían las delicias del espíritu exigente de la lectora. Lo justo es que los cofrades alverjeros, y las muchachas de los campos fértiles de Santa Cruz, se beneficiaron a la par de su intercambio erótico y literario; así, los aromas del guayabal, fueron integrados a la poesía de J. M. Riofrío, quien escapaba de la ansiedad del decapitado en las tablas de Flor, donde se allanaba a la carne encendida. Riofrío, zarandeando su osamenta fosilizada en la quietud del ocaso en Malacatos, materializaba lo sublime en un incendio de carne y hueso. La osuda estructura del vate, metido en meneos melifluos de la carne prendida, pisoteaba sus amores difíciles. El fasto de la *casita blanca* cumplía a cabalidad su misión de equilibrar las ansias de inmortalidad de la Casa Azul, colmando las urgencias

erógenas de la tropa que profería versos profanos en los oídos de un ángel. De la mansión de Santa Cruz salió el grueso de palabras que llenaron *Mis vicios masculinos*, siendo también motivo conductor de otras apuestas editoriales de la Casa Azul. Fíjate, ahí está el coposo mango donde trabábamos conversación literaria con Flor, tanto apreciábamos aquello que, en principio, íbamos a nombrar el texto de otra manera, *Zaratustra en la biosfera de la casita blanca*. Sin embargo, la obra terminó publicándose con el letrero que la hizo potable, *Mis vicios masculinos*.

Los purgantes que ingirió Vermi para evacuar su pecado original fueron contraproducentes, ese estado crónico de sentimentalismo original lo llevó a la alquimia que eliminó la suciedad existencial de sí, obligándose a languidecer en un paquete de amor apócrifo para uno pero real para el que lo sufre. Nos hartamos de mostrarle que no había nada en el mundo más original que la sed de carne fresca, nada más puro que el salvaje apetito por una piel tierna, donde hincar los colmillos ávidos de amor mortal. El mismo Vermi nos confesó que sufría de sueños de ese calibre y más todavía: allí devenía en antropófago, desconectándose del cenobita para a su albedrío destazar unas formas de ceiba. Vermi, nuestro bizarro hermano siamés, no nos engañó, se robó a la imagen de la encarnación femenina de la resistencia al desierto sureño, para hacerla musa de su propio jardín botánico bajo tierra. Ahora que su invento nunca será la Ana de Cazaderos que arrobaron los ojos del Saqueador, éste sí acarició a la núbil tomando baños minerales en la chorrera al pie del cerro de La Mina, y allí volverá la mujer que no descendió a las fantasías del sillón cibernético. No sé cuál Ana habrá tomando baños en la máquina sentimental de Vermi, estimulando su debilidad por lo acuático maternal. Nuestro hermano siamés hizo de la enviada del candente Toboso un delicioso posible.

Nos place creer que nuestro amor por Ana hizo que no comparezca Satanás para testimoniar que antes fuimos presa de

su suerte favorita, la carnalidad. La Parca echó el resto con su luz lateral en la convocatoria que hicimos a lo selecto de nuestra encarnación, haciendo el quite al íncubo que engordó en las exageraciones sensuales del corazón nómada del sátiro ojazul. Aquí está la hermosura que cautivó a la misma muerte que tiene ya, en sus dirimientes manos, argumentos para negar la transferencia del cesante a los predios donde reina el demonio de la flacura histórica. No estamos en lista de espera en la campurosa recepción del dominio de Satanás, pues, hicimos los círculos del purgatorio “cabalmente” cuando pateamos en la infelicidad metafísica, factor que dirime y nos tiene este momento con un pie, y tres cuartos del otro pie, en la inmortalidad, ¡sea cual fuere!

El dejo risueño de la musa de Cazaderos, esa voz cargada de subtropicales presagios, afina en la ventana de los lobos druidas. Pincho, apostado en la misma visión de los lobos retozando en la pradera, estima oportuno unirse al canto de su ama, aúlla quedo elevando sus fuertes maseteros, acompañándose de un tamborileo en la carpeta con sus patas anteriores. Pincho, de cachorro, aprendió a pedir un cacho de cecina ladrando y dando saltos frente al amo que le mostraba la golosina para que asocie la orden de ladrar por una recompensa; después le enseñamos a cantar a cambio de un sangrante filete de punta de cadera, diciéndole a vista de la jugosa tentación: ¡aúlla, Pincho, aúlla! Ahora canta sin que medie una orden y un refuerzo positivo, aúlla por el gusto de acompañar a Ana, la que festeja la musical intervención del cancerbero; ella no deja de impresionarse por la teatralidad de Pincho que pronto acusará recibo de la réplica de los lobos reunidos como si se hubiesen convocado para participar ellos también en el amanecer de los adioses.

Pincho restriega la noble cabeza lobuna, pigmentada con el azabache y el fuego de su estirpe teutona, en nuestro inánime cuerpo. Afuera se inició la sonora respuesta de los cánidos salvajes y, Pincho, a pesar de entender que no está en su capacidad de individuo domesticado participar del mundo de la manada

druida, no puede dejar de sintonizar el llamado de la implacable libertad en la sabana porque una porción de él trota con la realidad del hermano lobo. Ana se recoge en su monólogo. El rostro de la campesina se contrae en una mueca de entendimiento con el lobo domesticado, entretanto ruedan los arpegios de los Sorbas, y ella ya se ve bajando por la avenida de arupos en flor a la playita del río acariciado por sauces llorones. Cerca del fin del Saqueador que amó en el corredor de las hamacas, es inevitable que ella repase imágenes del futuro que le aguarda en la quinta-jardín, a la que llegó portando como única dote la fortaleza interior que le dio su cuna, y el donaire de su virginidad. Nomás habiendo cruzado el portal que conducía a los aposentos de San Agustín, y se le reveló la sensualidad inherente a la *Acacia macracantha*. El Saqueador se limitó a despertar en ella el instinto de prolongación, preparándola en el terreno propicio para lo que después devino en su particular renacimiento. Ana de Cazaderos se integró a primera vista a los sembrados de caña de azúcar y tabaco que hacen los exclusivos productos de San Agustín; se dejó enamorar por el hombre maduro que hizo mayéutica con ella, comprometiéndola con el estilo de unir palabras de la cofradía de Los Alverjeros. No asistió a los bienaventurados centros de estudios borreguiles de ciudad de Loja: ella estableció su propio horario para hacer la brega interior en la biblioteca agustina, y, más tarde, raptando libros de la Casa Azul, se graduó de lectora atenta. Nutriéndose del agua dulce del hábitat que le entregamos para calmar su sed de un horizonte arbóreo, descendió al núcleo áurico de la Pacha Mama, hizo su odisea espacial con la ficción dura, buceó dentro del día que abarca todos los días de una atareada mente, y todo ese andar y ver en conjunción con la omnisciente música de los inmortales. Ana también se alimentó de lo siniestro que tiene como contrapeso la luminosidad; pues, tras perder la inocencia del ser que residió en la ardiente frontera de Cazaderos, entre cabras y cardos binacionales, afloraron sus demonios para hacer el descubrimiento de la espeleóloga: el te-

rror cósmico. Ella se desayunó con las trompetas de la Casa Azul, cuando aun ayer se había dormido arrullada por el ensueño del bípedo implume posesionándose de su lugar privilegiado en la cadena alimenticia, despidiéndose de la debilidad del carroñero. Luego abrió sus sentidos a las revelaciones de su propio cosmos, dejando atrás el letargo, “la oscuridad divina”, del medioevo de la depresión de Cazaderos. De esto, la niña campesina fue transformándose en la mujer que creció bifronte entre la sangre y la letra. Y le nació hurgar en los túneles de las potencias oscuras, sorprendiéndose porque sus demonios conspiraban contra Teodoro Morris, enloquecidos de ambición dionisiaca pretendían quitarle la finca San Agustín, aludiendo que no la adquirió con el sudor de su frente sino con el metal que es parte del sagrado entierro del Inca. Sus días primeros en el árido planeta de su infancia, la educaron para saborear con deleite el feraz valle que le entregamos apenas verla. Cotejando con las privaciones del desierto sureño, halló exquisita la diferencia: agua dulce dimanando por doquier, la esencia mineral de la Pacha-Mama regando sus poros sedientos, y la luz de una perenne renovación entrando por las ventanas de San Agustín. La canícula de la depresión de Cazaderos, fue necesaria para gozar de la diferencia; en el terruño natal sólo contaba con un hilo de agua intermitente, el que permitía diminutos huertos de hortalizas, cual puntos verdes en la monotonía del paisaje cuarteado. Cuando Ana fue vampira de las letras de la Casa Azul, asimiló que ya había realizado buena parte de su trayecto a la claridad en el purgatorio de Cazaderos, pues, siendo una sobreviviente de un suelo raquítrico, se hizo adicta al agua de vertiente, a las fanerógamas y verdes matas que brotan de la tierra. Nada más despertamos su vena por desarrollar adentro lo que viene de sí con la aventura de vivir afuera, sus ojos se iluminaron por la gracia de saberse una subversiva del orden de la velocidad paranoica; las bondades de quinta San Agustín la impelieron a sembrar vigorosamente en un campo abonado para el arraigo a la tierra. Nos declaramos incompetentes para ejercer

de tutores ortodoxos de la musa, por instinto le aplicábamos la mayéutica sugiriendo problemas a resolver de la propia experiencia del Saqueador. Así, del albedrío de Ana de Cazaderos, nació moverse hacia esa fuerza que emanaba del otro y sintonizar con lo de ser una aristócrata. Ella aprendió a atesorar el lenguaje que había sospechado en su estancia junto al secano de manadas de chivos violando, consuetudinariamente, la imperceptible línea fronteriza con la república del Perú...

Sí, estamos entrando al otro lado, vibramos con la melodía de las cuerdas del universo.

Domo de El Panecillo II

—Dese cuenta de mi situación, don Olegario, después de quince años de levantarme a cuidar de mis negocios, de ser vegetariano a media tabla, de fungir como amante esposo y padre ejemplar, vengo a parir al fenómeno que había permanecido acechándome en la caverna del honrado ferretero. Y no hay vuelta atrás, esto se venía concentrando como los átomos de un agujero negro hasta que nos succionó. Usted si habrá oído del *antropófago* palaciano, algo parecido nos ocurre, pero yo nunca he comido carne cruda ni mis padres fueron carniceros; desde que tengo uso de razón lo de engullir cadáveres me ha provocado un asco atroz. No ingiero bebidas alcohólicas o psicotrópicos, y ya pintaba para vegetariano a mesa completa, es decir iba a dejar de consumir productos lácteos, huevos, etcétera. Repito, aunque todo estaba listo para este despertar, arribó de repente el deseo animal de servírmela a mi mujer... Estando en la cumbre del conformismo social y económico, he tenido que aceptar el lado carnívoro que había reprimido por asco a comer cadáveres. He tomado conciencia de mi pasión por la luna enarbolada en los riscos del Rucu Pichincha, y he cobrado valor para mirarme al espejo encarnando la edad del lobo de *Chillagallo*. Lo dejo con su aurora, don Olegario, es tiempo de servirme un pedazo de alguien palpitante...

—¡Vaya a hacer lo suyo, despertar es de hombres! —aulló el radiodifusor. Afuera de la tibieza de los aposentos del domo

de El Panecillo, se estira la milla barroca sobre la escarcha de la aurora, los farolillos aún despiden su luz mortecina y el aire templado entumece a los ciudadanos que han iniciado sus labores cotidianas temprano.

José Miguel presiente el regreso de *El amor brujo*, ese que se marchó con la náyade hiperbórea a la contemplación del Museo Vertical. Gitte y *El amor brujo* ya son inseparables en los dominios de Marañón. Echó de menos, “como un avenado”, la presencia osuna de Gitte, sus ojos grises de hembra dominante; mientras, en el nivel inferior, ella se extasió en los retazos verticales de la pared monocromática de Castro. Gitte vuelve al sofá donde el guitarrista la recibe como a la dueña de su alerta viril, ella empata con las notas de *Danza ritual del fuego* que, Olegario Castro, dispuso que ruede en el dial. Gitte es puertas adentro el lenguaje femenino de los dos hombres que, a su manera, la urgen en amores; ella es el peso horizontal que requieren para atemperar las alas del gótico y del artista.

¡Mueve animal!, era la orden espartana que impartía el ascensionista a su organismo para salir de la modorra y permitir el advenimiento de la fuerza motriz que concretara sus ambiciones verticales. El cuerpo del ciudadano Olegario Castro, contrariamente al estado de ingravidez que hacía gala el soma de la niñez del campesino —sus días de *pata de perro* en la vega de Amable María—, se tornó pesado y renuente a dar el primer paso a la aventura. Promediando la secundaria gabrielina, la pereza recurría a la náusea para retener al gótico en la normalidad urbana; nomás el bus iniciaba el recorrido y le carcomía la sensación de estar cortado por la mitad, desobliga que no cejaba sino cuando se hallaba al pie de la irrevocable certidumbre de hacer una montaña. Tiempo después de abandonar el ascensionismo gregario, una vez que se enfrentó solo a cada problema vertical que había repasado en abstracto, tomó las riendas de su reto de altitud. La muerte vino a ser un acicate para la apuesta de resolver situaciones extremas sobre las intrincadas paredes de los gigantes andi-

nos, algo que en la retina del ciudadano con ambiciones de estabilidad se mostraba espantoso e inapetente por lo inútil. ¿Qué gana usted con eso?, cuestionaba el intelecto. Dialogar con Dios en las alturas, y con el señor Diablo en el descenso, respondía el corazón. ¡Mueve animal!, fue el mandato que hizo insobornable al expedicionario, quien educó a su unidad de carbono para resistir hambre, sed y frío polar, durante el asedio y ataque a cada una de las piezas que compusieron su rompecabezas del vértigo en escalada libre. Medró arriba del séptimo grado de dificultad vertical, mente y materia se aplicaron sin amortiguadores que aniquilen el sabor del descubrimiento; en la zona de una muerte fulminante, fue escultor de la roca y el hielo.

El hombre de la austeridad ascensionista colgó las botas de escalar, cediendo su espacio-tiempo al lobo de páramo y bosques nebulosos. No obstante haber descendido de las alturas para ser un caminante ambientalista, su organismo no ha perdido la capacidad de crisparse al rato de hacer a un lado las bondades domésticas del domo de El Panecillo. ¡Muévete, fiambre burgués!, es el mandato que le espeta el caminante al cuerpo relajado en la aurora de radio Marañón, tal como le grita al momento de sacarlo a ventilar sus sentidos en el agreste altiplano. Aun tratándose de salidas de andar y ver en los nudos andinos, la carne domesticada se aferra al ambiente sibarita del hogar montañés, teniendo de cómplice al radiodifusor amante de su noche con panorama al casco colonial, presto a dolerse de las escapadas del *pata de perro*.

El montañero tiene claro que hasta que le sirva su cuerpo lo obligará a respirar aires primitivos, allende la fiesta del contemplativo radiodifusor que no se cansa de mirar a través de sus ventanas noctambulas. El cometido del lobo de páramo es fundamental: caminar ingrátido en los pajonales y los jardines que circundan a los espejos de agua volcánicos, moverse dentro de la biosfera del oso de anteojos. Ver, oler, oír y acariciar, las formas de los manantiales quietos y los que corren tras los ríos y mares, hacerlo con la intensidad del rastreador de tesoros escondidos

en la naturaleza. Esta suerte de mimetizarse con lo horizontal, no entró en los cálculos del gótico que arriesgaba colgado de los aires enrarecidos de la altitud. El lobo de páramo hace rutas de acuarela por los jardines que le saben a la saga de *Bollón Roscón*, adentrándose en sistemas lacustres y sudorosos bosques; o sea cediendo a toda esa hermosura que el escultor aéreo rechazó por considerar ajena a su apuesta por lo extremo.

De solitario iniciado de la alta montaña devino en aprovechado ambientalista de horizontes ondulados, asendereando por los niveles inferiores de las torres proa al sol. Entre la tortuosa armonía del árbol de papel, montó su fábula de amor inspirada en la ondina amazónica de orígenes vikingos. Mientras fue el gótico duermevela sobre un lecho colgante, vivaqueando en mínimas repisas de los fríos pilares de su acatado destino ascensionista, no pudo hilvanar una historia de amor a luna llena. La gracia de inventar a la mujer de su vida la tiene el lobo de páramo, que no pretende colocar listones de vencedor de sus demonios en los diedros libres de huella humana que prefirió el gótico. El amor del lobo de páramo se nutre en la rojiza piel renovable del *Polylepis*, donde atiza el fuego de su urgencia viril incendiando la espesura pubiana de la mujer boreal que se adhirió a las raíces de los yutzos de laguna selvática; aquella que marcó su territorio en el planeta del sudor y, en un acto de entrega a la conservación del bosque tropical, húmedo y lluvioso, reside dentro de la comuna Pilche. De haber sido una ciudadana que nació en contigüidad con los bosques del sol de media noche, pasó a ser habitante de los trópicos que guardan a la orquídea en su laberinto. Ella viaja con el amanecer canoro que la lleva a crecer lejos de las ciudades dormitorios, despertando con la gula del bejuco que a fuerza de trepar en el nocturno de su amante estípite vegetal alcanza el techo del bosque para hartarse de vitaminas solares. Gitte es ave del paraíso herpetológico, y él se equivoca de piso silvestre cuando la invita a prolongarse en los sistemas biológicos del altiplano.

Danza ritual del fuego, se ha ido y advierte que la Gitte que tiene frente a él no cuadra con la fábula de amor del lobo de

páramo, convirtiéndose en una cruel contradicción del hombre que hizo bien su tarea vertical, siendo que está imposibilitado de superar esa pared porque se interpone un abismo verde, y no hay manera de fundirse a esa bendita piel sino es haciendo la travesía como un megatransecto. La cordillera Oriental de los Andes es el límite que detiene al lobo de páramo; aunque se maravilla con la exuberancia de la cuenca media del río Napo, no puede vivir allá, su corazón no está para incorporarse al bosque adentro de amazonía. La serranía es su naturaleza irremplazable, donde husmea tras el aroma del conejo de pajonal, mitigando así la contrariedad por estarle negado el hado de la Gitte amazónica. El intransferible espíritu del montañés lo sembró en la sagrada colina de su campamento base.

Percibe la miel que cosechó de la faz diurna de Gitte, respira de los aires de la dentada caldera de la *Montaña de barro*, cuando juntos hicieron la cumbre mimada de los estratovolcanes del Nudo de Tiopullo. Ascendió con ella la montaña que apenas recibía el saludo del escalador del vértigo y la adrenalina, pues éste poco respetaba la idea de una caminata de engorde bucólico en sus laderas. Subido en este amanecer se complace recreando los túneles vegetales que lo cautivaron, siendo que el hábitat tibio y musgoso de la caldera del Pasochoa es un sucedáneo de lo femenino fértil. José Miguel resignó la invitación que le hiciera Gitte para que los acompañe a esa jornada de encuentro con el cóndor, *Albertina*. La incapacidad del hombre de La Merced para hacer ascensionismo, en concreto, neutralizó al corazón del guitarrista que reivindicó ir tras la nórdica, propiciando que Olegario Castro tome ventaja del idealismo del amigo y formidable rival en amores territoriales. El noble de La Merced, aunque herido en su ambición procreadora, se excusó de unirse a ellos parapetándose en su aforismo: *Las montañas de lejos, ellas están para el regocijo de mi gran angular mañanero*.

Ora se reengancha en los apremios del púber gabriellino, el que sufría de náusea durante su trayecto urbano, antes de abordar el camino rural que lo acercaba a la base del monte elegi-

do para pretender su vértice. Aquel rapaz, en cuanto ingresó a la secundaria del San Gabriel formó parte de su club de andinismo, dando el primer paso en la fase gregaria por las aristas de los picos azules, portando la mochila que se fue haciendo más pesada conforme a las necesidades del grupo escalador, carga que en el futuro se alivió considerablemente en proporción a la propuesta del hombre descubriéndose dentro de su verídica montaña. De los adolescentes aspirantes a andinistas, nadie apostaba por el futuro ascensionista del oriundo de la vega de Amable María, su propensión a irse de arcadas ni bien el carro rodaba dentro del perímetro de la metrópoli capitalina, teniendo por delante el grueso de su recorrido a las faldas de la cumbre en proyecto, les hacía suponer que no tendría suficiente temple para triunfar en el vértice moderado que practicaban los de Gabriel.

¡Una funda, una funda!, exclamaban al unísono los muchachos bromistas de ayer, en cuanto él pisaba el autobús colegial. Qué gracia le provocan ahora sus apuros con las nauseabundas emanaciones del vetusto transporte, le vienen imágenes de su primera salida con el grupo gabrielino, ahí está el malhumorado chofer, don Sandoval, frenando de golpe para decir con voz bronca que no tenía funda para el mareado mozalbeta y que éste estaba obligado a bajarse a la calzada a sufrir ahí su náusea. Pasó el tiempo, y subiendo la cuesta, avanzando en los desniveles de esfuerzo por distintas rutas ascensionistas, aquellos cándidos adolescentes que pronosticaron su pronta deserción de la montaña, observaron atónitos el arrojito del muchacho de Amable María quien, desprendiéndose del paraguas jesuítico, se mandó su primera ascensión en solitario coronando el ápice de la Monja Mayor, dentro del fastuoso conjunto de picos del Altar. Tal evento se dio el día de su decimoséptimo aniversario, semanas antes del solemne acto de su graduación gabrielina, donde fue investido por lo alto de Bachiller en Humanidades Modernas. La comunión con la verdadera cumbre, la suya, se inició con la enhiesta Monja Mayor, ahí descubrió que su futuro reto era indagar en las mil caras de la *Montaña Sublime*. A partir de ese re-

velamiento regresó una y otra vez al conglomerado de paredes de la *Montaña Sublime*, he hizo las ascensiones que animaron la certidumbre de que la soledad es un requisito indispensable para reconocerse en sus limitaciones de mortal. No había otro camino para ser un escalador extremo, sin recogimiento no podía ejercer ese oficio al desnudo. Incursionar en diedros de roca y hielo es una faena compleja; tomar decisiones sobre la marcha, enfrentar y resolver problemas en fragmentos de pared que por sí mismos son una montaña, requiere la integración del hombre que se atreve a medirse en la naturaleza salvaje portando como único equipaje su autosuficiencia. La *Montaña Sublime* colocó su impronta en la psicología de sobreviviente que desarrolló apenas se abrió de la dinámica de equipo; el instante que abandonó la atadura gregaria, cortando el hilo umbilical con la cordada de los muchachos de Gabriel, definió su talante ante los gigantes andinos. Así montó vivaque donde la circunstancia en la pared atacada lo exigía, predisponiendo cada fibra prensil de su ser a sujetarse al desafío que probaba sus fuerzas, exacerbando su capacidad de supervivencia como el nómada del paleolítico, alertando a tope sus sentidos, pateando en la frontera donde se emerge vencedor y vencido a la vez.

La *directísima* que abrió al techo níveo de la Monja Mayor, fue su formal retiro de la algarabía del abrazo de grupo, quedando fuera de la debilitante seguridad que le proporcionaba el trabajo en equipo, diciendo adiós al circo humano de altitud renunció a ser un expedicionario sujeto a la bulimia mediática. Ante las ruinas del otrora volcán de erupciones plínicas, juró ser un escalador de la incertidumbre frente a los elementos naturales, haciendo de la pared geológica una jornada de explotación de sus habilidades innatas. El día que se desencordó del alegre grupo de Gabriel, no lo hizo para doblegar lo irreductible, ni siquiera de forma figurativa se conquista una vertiente andina a cuenta de un héroe en cierne. Tenía que hacer las vías que en apariencia eran impracticables por considerarlas posibles, y bajo el imperio de revelarse a sí mismo la otra cara del miedo: el arrojo, indispensable para la

serenidad que reunió las piezas de su rompecabezas de altitud. Aquellos ensayos en los picos azules con la bullanguera tropa de Gabriel, abonaron la aversión que fue tomando a subir montañas acompañado de la estridencia citadina. La disonante muchachada de entonces, le impedía saborear a plenitud de la genciana florando en un nido de cóndores; esa corriente locuacidad de los colegiales, mientras jugaban a ser lúcidos exploradores de altitudes ignotas, alimentó su deseo de hurgar deliberadamente en los recovecos virginales de las vertientes andinas. El montañero no guarda animosidad sobre aquel trayecto con la ventana abierta para limar la náusea del autobús ahíto de carcajadas imberbes, de ello hubo consecuencias impostergables, siendo la circunstancia que le propinó vigoroso puntapié hacia arriba, llevándole a servirse del aporte gregal para colocar su primer hito encima del mar de nubes.

El gótico se fortaleció después, cuando supo desuncirse del yugo al que lo quería someter el amante de lo fácil, el estudiante universitario que corría a por las posesiones que lo entronquen en la alta burguesía local, quien reclamaba para sí *contemplar* la montaña de lejos, pero no al estilo del generador de arte flamenco porque aquél tiene pasaje de ida y vuelta a la altitud divina de la guitarra, sino a la manera del laborioso citadino que muere deseando lo ajeno desde un departamento de primera clase. El gótico sintoniza con la auténtica contemplación del maestro José Miguel, quien no hizo suya la posibilidad de subir la montaña concreta, exonerándose de oscilar dentro de los laberintos pétreos porque era y es dueño de un instrumento que lo eleva a alturas insospechadas de lo inmutable. Al maestro le basta con apreciar en lontananza los desniveles del volcán Cotopaxi, inhibiéndose de palpar los moribundos glaciares producto del recalentamiento del orbe; éste disfruta del paisaje de los picos nevados desde la selvita de su lar, pero no se eleva hacia ellos, pues, la hermosura de sus “glaciares eternos” la halla remitiéndose a las composiciones que brotan de la guitarra *Chiliquina*.

Placidville III

Homo felice...

Aquí dejo asentando lo que me figuro sucedió antes del fin. El éxito de Vermi Hood radicó en cerrar correctamente la obra inconclusa del *Máximo Ecologista*, aquel que le propinó el empujón escaleras abajo, a la olla que espesó el caldo de los anhelos que a su manera santificó. ¿Cuál fue el logro cumbre de Vermi Hood?: inaugurar la celda donde el ser no desarrolle ni vagos pensamientos de infelicidad laboriosa, despojándose de la carga racional del hombre de provecho. Alivianándose del asco que le provocaba la temporalidad del sujeto que hace fortuna con el sudor de su frente pecadora, creció en la burbuja contemporizada al ser vegetativo, allanando la ilusión de convertirse en un ente puro, una abstracción. “¿En qué clase de animalito feliz te convertiste?”, lo cuestionaba Morris, quien tuvo licencia para explayar su aversión al *Homo felice*. Éste, haciendo pleno uso del albedrío que tenía para recoger el progreso terminal de Placidville, pudo desgañitarse en sus crónicas: “Engendros famélicos en la sensualidad virtual, eunucos seleccionados para el nacimiento y mortaja del *Homo felice*, no han logrado más que el punto, ¡al diente!, dentro de las dulzuras del alquimista”.

Vermi Hood difuminó la angustia del bípedo implume y, de tanto rechazar la suerte del ser caído en sus convicciones racio-

nalistas, fundó las delicias del himeneo con la muerte. Especulo que éste debió haber sostenido con fanfarronería la mirada fulminante de Teodoro Morris (cosa que de cuerpo presente le era difícil hacerlo), a través de su holograma. La imagen del *enemigo ideal* le permitió a Vermi editar un simulacro de enfrentamiento ocular con la otra lumbrera de Placidville. Allí, la pasmante mirada del Saqueador habría sido neutralizada por los ojos llameantes de un triunfante Vermi Hood, previamente a sellar su suerte. El *enemigo ideal* se tornó indispensable en el engranaje de la redención de su antípoda, por eso fue imprescindible la presencia del hombre al que Vermi Hood le había jurado desquitarse por el derrumbamiento del absoluto de Lady, su perdido amor adolescente que fue a los brazos del desde entonces conocido como el *sátiro ojiazul*. Y digo desquite porque entre ellos dos no podía haber venganza, eran el reverso de una misma humanidad, aquí pude comprender esa verdad indisoluble. Teodoro Morris intentó que el otro supere su aversión a la intemperie, le presentaba la pradera como un espacio incommensurable, sagrado, repleto de tesoros por descubrir; pero ida la motivación que Vermi Hood tenía para encarar al monstruo de sus miedos, éste se apresuró a construir la burbuja al cuadrado que vio desarrollar su poder para salvarse y hundirse a sí mismo.

Nomás retornó a Placidville la figura aguileña del ya célebre Saqueador, y el corazón de Vermi Hood fue acuchillado por la mujer de su vida, que resultó ser lo que éste sublimó de mí, o sea una representación salida del éter venusiano, sin que pueda hacer nada para desengañarlo con la mujer pudrible, la de carne y hueso, que soy. Lo sentí, apenas él me vio y fue inventar a la semidiosa que inflamaría sus ardores recónditos. Teodoro Morris también lo presintió, está escrito: "Fue verla y la gélida libido del topo renació en un fuego indestructible, obligándole a no postergar otra vez la liberación de su oscura sensualidad, empezando por crear el paquete de vida que lo pondrá a gozar... ¿de quién?". Eso mismo digo yo, la Ana de Cazaderos original,

¿quién será la copia que llenó la visión de lo edénico femenino de Vermi Hood?

Teodoro Morris, resistiendo a la estéril felicidad del casco cibernético, devino en una pieza fundamental en la definición de Vermi Hood, trayendo consigo al combustible que encendió su sed primitiva de amar. De esto que vine a ser la porteadora de la sensualidad de los trópicos que animó al negador de la carne a precipitarse en la solución final al conflicto de vivir contra la voluntad de toda acción corporal, a saber: proscribir la incertidumbre, matar la angustia del sujeto atrapado en tripas pestilentes. Vermi Hood, se entregó entero a la concepción de la dicha terminal, enviando al patíbulo al sufridor embarrándose en sus detritos, lo hizo ante la premura que le impuso “ella”, la mujer que vendría a ser la Ana de Placidville, y así la vamos a denominar en adelante para asentar de una vez la diferencia entre las dos. Este hombre extraordinario apostó a la contemplación mortal, entregándose al gobierno de la felicidad artificial irreversible y en pellejos, porque así morirá en brazos de su Ana de Placidville, gozando con la mente lo que le fue negado a su cuerpo que, a buenas cuentas, aun moribundo, también ha reivindicado lo suyo, ¡sentir a tope! Vaya contradicción, tras la bulimia de cosas que trajo la bonanza a los chivos-drácula de Placidville (costeada con el cheque de la fundación ambientalista WUSB), vino la anorexia y muerte de placer en los sillones cibernéticos. No hay bulimia sin anorexia y viceversa, los dos extremos se irán entrelazados, ardiendo en los anhelos del alquimista de Placidville.

Invisible campo de fuerza electromagnético hizo la gran burbuja, la que protegió a la aldea de la curiosa fauna y flora circundante, aun los insectos diminutos se quedaban sin traspasar esa muralla que colocó la profilaxis extrema. Este aislamiento —dentro del dilatado aislamiento de la pradera Brecha de Búfalo— facilitó que el visionario se concentre en su depuración a ultranza, apartando de sí el desgarramiento que le producía sentir lo de afuera, el mundo salvaje que retoñó exultante por

obra y gracia de la intangibilidad que logró de las autoridades conservacionistas el mismo Vermi Hood. Un aislamiento al cuadrado es lo que se regaló para fundar el reino del amor infalible, bajo la belleza geométrica de Ana de Placidville, la que nunca tendré el honor de conocer. Allí, en la burbuja particular que habitó a la sombra de la madre burbuja, puso distancia primero con el hombre desgraciado por la intemperie y luego con el yugo consumista que él mismo implementó, así se erigió como el salvador de los pobres de espíritu. Fue necesario un diluvio de oropel para sumergir a la aldea en la ansiedad del bulímico y, tras el empacho de baratijas electrónicas, dar pie a la figura del redentor que conduce a su rebaño famélico a un profiláctico holgar sin vuelta de hoja.

El proyecto conservacionista de Vermi fue generosamente subvencionado por la fundación transnacional WUSV, como justo premio a su cabal cometido regenerador de lo prístino en la inmensidad de Brecha de Búfalo. Sin embargo, la empresa de contener la diáspora de los vecinos de Placidville fue un fracaso rotundo, sucediendo que el caserío de porte medieval se quedó como anotó Teodoro Morris, oigámosle: "La aldea, aunque rica en recursos financieros por su voluntad de prolongar en la pradera el juego mortal entre el bisonte y el lobo, al cabo se aisló más de lo que estaba antes del oro que le cayó encima, el ralo recambio generacional no quería tomar la plausible posta ambientalista de sus mayores sino hacer mundo, y hacer lo peor del mundo digo yo, ser pasto ajado de las horribles ciudades dormitorio de las megalópolis. La aldea, en sí misma, era un encanto, me llevaré de ella esa estampa deliciosa, mágica, pues, ésta sabrá recuperar su aire céltico, y la fiesta de las gaitas retornará; ido el triste crepúsculo vermiliano saldrá otra vez el sol jocundo del águila real". De esta manera fue que la diáspora le sirvió en bandeja a Vermi Hood su aislamiento y burbuja al cuadrado. Placidville paralizó al tiempo tras la emigración de su mínima fuerza laboral, permaneciendo fiel a la abundancia zoológica que trajo la repoblación

del búfalo, y, más allá de lo motivos, eso hay que agradecerle a la leva de Vermi, a los sentimentales que desaparecieron en inédito circuito plagado de subterránea sensualidad.

Teodoro Morris fue la excepción que urgía el mundo feliz de Vermi para consolidarse, siendo el único parroquiano que caminó en nuestra compañía —Pincho y yo— sobre la baldosa del caserío de techos de pizarra, cuando la fuerza motriz del bipedo implume ya había sido expulsada del orden estático reinante. Vermi Hood dejó la locomoción de su especie en el exterior para así posesionarse de la dulzura del placer original junto a la “perfección” que hizo de la imagen que capturó para sí de la campesina de Cazaderos. Los chivos-drácula que se quedaron en Placidville se fusionaron al apotegma vermiliano: *Revirtámonos al escenario del ser en el Paraíso Original*. Teodoro Morris proclamó que esto venía a ser más un deseo ridículo que feliz debido a que proponía un simulacro moderno de las catacumbas romanas donde, inspirados en el edén esfumado, murieron de inanición los mártires del cristianismo. Tales arremetidas del contradictor no hacían más que impulsar el fin de Vermi Hood, siendo que a su saber el paraíso no se había extraviado, estaba a su alcance, y, haciendo flecos de los vivificadores de la colmena humana y la masificación del dolor, él creó un particular estado de gracia para él y cada uno de los chivos-drácula, esos casi fantasmas. ¡Apenas una vez me topé con Vermi Hood, y sus fieles chivos-drácula jamás proyectaron sus formas ante mis ojos! Sin embargo, no he dudado de su presencia física, me basta con haberlos presentido, eran parte de los rumores y murmullos de la noche sujeta a la gran burbuja. Aquí medraron los chivos-drácula, lo sé porque la aldea no podía respirar esos aires de redención sin que promedie la voluntad humana en ello.

Vermi Hood creó a estos ebrios de perfección valiéndose del hartazgo consumista; así pudo extirpar de cuajo la culpa original adquirida a través de sus católicos ancestros, esa enfermedad congénita que se paga con la esclavitud denominada, “yo traba-

jo". Y le quitó a la humanidad de Placidville el peso de arrastrar su cruz sobre la faz de la tierra, aboliendo el denigrante sudor individual para la realización de la colmena. De esto, Teodoro Morris, casi decía lo mismo, ambos estaban de acuerdo en reventar lo que se prometieron a sí mismos, en los campamentos de la infancia a la pubertad en el horizonte llanero, el ocio incesante. Ellos dos encarnaron las apuestas caras del ocio incesante.

En el progreso terminal de Placidville no tuvo asidero el trepador de sociedad de hormiga. Vermi Hood defenestró al sujeto de la metálica competitividad, promoviendo el desencanto entre los parroquianos que se encandilaron por el efecto succión de las grandes urbes, dándose en consecuencia el éxodo de los "engendrados al cuadrado", quedando libre el ideal de la profilaxis para el asalto a la meta última. Tras la negativa de los "procreadores" a envejecer en la paz primigenia de Brecha de Búfalo, sobrevino la sobreabundancia de la revolución profiláctica, todo manejado por la inviolable convicción del perfeccionista. Vermi Hood repartió a granel la riqueza, los chivos-drácula se hartaron de artefactos electrónicos y útiles cosméticos, desembocando así en el paroxismo materialista que los hizo clamar por una limpieza a fondo de sus corazones, y clamaron por un regenerador. Escuchemos lo que dice al respecto, Teodoro Morris: "La humanidad de Placidville, se había reducido a la mínima expresión, al extremo de caer en franco proceso de extinción dentro de las grandes llanuras, y, por el contrario, se dio vigoroso renacimiento de los unglados que por la selección del rifle estuvieron al borde de evaporarse junto al hermano lobo. El regenerador de lo bucólico en Brecha de Búfalo, vino a ser el exterminador del hombre de Placidville".

La sobreabundancia material que sufrieron los chivos-drácula, provocó su desplome psicobiológico y ello dio paso a un deseo desquiciado de lavarse con lo inmarcesible; se corrompió de madura esa frágil panacea sustentada en el vasallaje a los útiles electrónicos. Esto le demostró a Vermi Hood la precariedad

del deseo humano por las cosas, y le condujo al último paso de su santificación en el progreso, a una muerte rápida y dulce dentro de la perfección femenina que se encargó a sí mismo. Teodoro Morris lo advirtió bien: “Negando el camino que le enseñé, aquel que colgaba del letrero *¡no te pierdas, por aquí sigue el ocio incesante a la intemperie!*, transcurrido el tiempo de saciarse de los prototipos para la estupidación, zarpó en el submarino de sus tardíos placeres. ¡He de gozarla!, aulló el ínclito capitán, Vermi Hood, surcando en la oscura calidez de su amor posible —levantado a semejanza de la campesina de Cazaderos—, donde se hizo pago la deuda adolescente que tenía por cobrar al *enemigo ideal*, yo, y al amor imposible de entonces, Lady”.

Repito, no me ensalza ni me quita nada el hecho de que Vermi Hood haya esculpido a su Ana de Placidville a imagen de la campesina de Cazaderos. Sólo él sabrá si arribó o no al cenit de las caricias tropicales que con tanto esfuerzo diseñó, sólo él podrá estrenarse en el mar adentro de la feminidad que no creaba por falta de inspiración de su corazón inánime. Buen viaje, mi querido criptógamo, que tu velero no se vaya a pique antes de dejar la burbuja de cristal. Que tengas buenos aires, ¡oh remoza-do capitán!; que empine por fin el velamen de tu reprimido navío para ir en pos de la virilidad aquilina; que estalles de pasión en los montes venusianos, y mueras degustando la miel virginal de Ana de Placidville.

Entiendo que Vermi Hood entendió que su miedo soterrado, el que lo hizo huir del mundo silvestre, era el de fallecer antes de raptar los ardores de una mujer de linaje afrodisíaco. Por eso decidió morir rápido una vez que intuyó la joya que el ermitaño negaba pero por lo mismo se conservaba impoluto únicamente para gozar de ella el instante que el alquimista se la dé. Y éste se la donó con el propósito de que viva muriendo; o como diría el genio de la altitud dominante, se la dio para que muera a tiempo. Lo verídico es que tuvo la fuerza suficiente para revertir la muerte lenta que había escogido el sujeto confinado en su abs-

tención monacal, venció la resistencia del castrado a renacer en el abrazo constrictor de la hermosura. Vermi Hood, al cabo de su pasaje en Brecha de Búfalo, se sobrepuso a las adversidades que le impidieron concretar un idilio con Lady, su único y verdadero amor sobrevivido de afuera, el *enemigo ideal* se lo sirvió en bandeja del oro sagrado de Quinara. Nadie sabrá si la virilidad que se había atrofiado para el pudibundo anacoreta se transformó en una fábrica sibarita, y si sus instrumentos de amar alcanzaron la aurora sobre las dunas de Ana de Placidville. En todo caso me iré de aquí proclamando que tuvo una salida feliz.

Ya Teodoro Morris me habló en San Agustín de la dilatada correspondencia que mantuvo con su “hermano menor” —así se me ha parecido desde esos días Vermi Hood—, y además leí parte de esa franca comunicación epistolar superando la aversión que me causaba meterme en lo ajeno. Ahora sé que hice lo justo al enterarme de que esa confrontación de caracteres y temperamentos tenía como meta el ocaso de ambos, de otra manera no tuviese noción de lo que se traían aquellos dos que aparentaban ser irreconciliables pero al fin resultaron tan unidos al encarar su destino en Placidville. Percibí la opresión que sentía Vermi Hood ante la fluidez del discurso de su rival, su forma de escribir era parca y como haciendo un gran esfuerzo corrector en su lenguaje oscuro, su contenido avaro no me disgustaba a pesar de presentir a un muerto-vivo en él. Descubrí que ambos sustentaban ese antagonismo paradójico, pues los complementaba produciéndose algo que Morris llamaba, “nuestra antinomia indivisible”. De este modo, guardando con celo la integridad de sus disímiles personalidades, prolongaron regular intercambio sentimental a través de la palabra escrita, desechando cualquier medio de comunicación parlante que reemplace a la modalidad de lo digital. Acá me fue fácil deducir que el Saqueador le proveyó de una valiosa información sensual al hermano menor caído en la profilaxis, lo mantuvo al tanto de todos sus avances previos a la conquista del ocio terrenal, y, una vez instalado en él, le dibujó la incesante pri-

mavera de San Agustín, donde se volcó a perfeccionar su naturaleza, haciendo realidad lo de evolucionar como animal bifronte. Vermi Hood, no obstante que escogió tan opuesto sendero para apropiarse de su hado, montando la burbuja al cuadrado que lo libró de la acción bípeda del inquieto ojiazul, evitó cortar el hilo conductor del solemne juramento que se hicieron vivaqueando en la pradera de su pubescencia: alcanzar la estatura del ocio incesante. Es obvio que el ermitaño eliminó de raíz lo del “ocio a la intemperie” que le machacó Teodoro Morris haber si de ello hacía una fijación, pero llegó a necesitar de los aires subtropicales que le remitían, incluyendo musicales dichterios, desde quinta San Agustín.

La contundente descripción de la aristocracia que sembró Teodoro Morris, merced al buen aire que despachó entre atajitos de ciruelos —dándoles el sol de Diógenes, el can, como le agradaba decir—, caló hondo en la psicología de Vermi Hood, quien a su vez recreó esas imágenes en el subconsciente para cuando le vino la idea de hacer su propia molienda de Placidville. Yo no lo impacté al ermitaño sino que él mismo se impactó con la imagen preconcebida de la campesina de Cazaderos. Vermi Hood me vio tal como me inventó antes de llegar a él en mis reales formas de una unidad de carbono; lo he dicho, yo no tuve nada que hacer en la fiesta que se armó para sí el chivo-drácula. No extrañaría que en su paquete de vida-muerte haya incluido el potaje insignia de la cofradía de Los Alverjeros, las alverjas con guineo; él tenía la receta de ese manjar sencillo, apenas la olió la habrá incorporado al menú rápido de su jardín arábigo. Quinta San Agustín, el pellizco del tesoro de Quinara convertido en fasto de verdes enclaustrados en arrugada geografía, le inspiró para diseñar el ambiente de su paquete de sensaciones. Queda por saber cuán detallista habrá sido con esos pequeños placeres del cuerpo... y el alma, dije cuerpo porque supongo que confiaba aún en su funda biodegradable —¿si no para qué sufrió tanto?—, y la cosa radica ahí, el despreciador del cuerpo acudió a él mismo con el

fin de que le transmita lo que se perdió la vida entera, creándose un mundo feliz instantáneo, rápido de digerir antes que la Parca se lo arrebate. No me es dado afirmar que no será del modo que lo quiso Vermi Hood, y me alegro de poder decir mañana que sí, que así fue de bonita su muerte a tiempo, ¡qué más da haber llegado a ello a través de una críptica sensualidad, colocándose un casco que despidе perfumes eternos de mujer!

No le importaba que Teodoro Morris lo niegue, ya hemos recalcado que mejor esto le sirvió de combustible. Vermi Hood se ufanaba de coincidir con su amigo de infancia en hacer de la vida un ocio incesante para a partir de ahí asegurarse un deceso dulce: la mentada salida honrosa, indolora, de los campamentos pubescentes, cuando hicieron la promesa de rigor de la que el ermitaño borró la palabra "intemperie". A Teodoro Morris le tomó por sorpresa que su hermano menor abrigue tanto poder subterráneo, y tenga el conocimiento para fusionar, en su mortero alquimista, los campos fértiles de San Agustín con los cascarones acodados en la bahía escatológica del sillón cibernético. El Saqueador no dejó de perseguir al intrépido espeleólogo con sus dominantes ojos de águila real, prestos a fulminarlo con su apetito por destripar vegetarianos, pero eso no impidió que ambos empaten, redimidos de dolores animales, en aquello que sí coincidieron durante su espaciosa relación epistolar, una muerte dispuesta a su personalidad.

Vermi Hood fue consecuente con esa sed de amor posible que le entró al ocaso de su día en la burbuja de cristal, yendo al encuentro de la sensualidad a paso de panóptico, siendo que en la soledad de su mundo estéril habrá derramado lágrimas de felicidad, incontinente por la buenaventura que se trajo a sí mismo. Su rebelión apenas se había adelantado al clamor ecuménico del hombre por experimentar el paraíso en tierra antes que ilusiones con el *más allá*; a granel ciudadanos doctos, visionarios fundamentalistas, transeúntes, proletarios y amas de casa, diseminados en el orbe, se han ido desencantado de la infeliz espera del

advenimiento del autor del *diseño inteligente*, y que éste corrija de una vez las aberraciones de su criatura, la que levantó infiernos de este Planeta Azul, al que tiene próximo a vestir un celeste lavado. Asimismo, Vermi Hood, hizo befa del sujeto que aguarda el milagro de los adelantados siderales: aquellos que no han sido capaces, como él, de inaugurar la era del *diseño inteligente perfecto*.

Teodoro Morris nunca sobajó con espléndidas bofetadas la extasiada careta del regenerador de Brecha de Búfalo, y sus palabras no pretendieron morigerar a ese amarillento cartujo, tuvo claro que su catilinaria fortalecía el bajorrelieve que ponía a punto el cincel del artista forjando el edén de los crípticos. Nada podía descombrar la fábrica de amores posibles que echó a rodar Vermi Hood. Cada ente desahuciado recibió su particular porción de dicha: la esencia de su utopía acariciada en las profundidades oníricas. El mago se encargó de hacer posible esa realización individual antes inalcanzable en la autocompasión del bulímico, haciendo efectiva su promesa: *Muérete como siempre quisiste vivir: amando*. La bruñida redondez que encarnó el hastío del vecino de Placidville durante la fiebre consumista, descendió a la anorexia en el sótano eliminando la figura del hombre suelto de instintos por la selva, donde la carne ansiosa adormecía el cometido religioso del progreso vermiliano: holgar libre de brutalidad primitiva, integralmente vacunado contra la socialización del dolor de los laboriosos, y no más del sudoroso tránsfuga perito en arrancar migajas del pastel de la excelencia.

Vermi Hood no se resignó a ser parte de la buenanueva del *diseño inteligente* hozando después de muerto en el gran jardín de la inocencia; él quería su propia buenaventura vivo aún, él vino al mundo para cumplir su designio de ir contra la maldición original. Me lo imagino diciendo: "Vivir para trabajar es el inverso horripilante de la perfección que yo busco y encontraré; ganarse el pan de cada día es la golosina del averno, la que tiene babeando al buen ciudadano que cifra sus esperanzas en el *más allá*". De esto que se negó a acatar la cerril voluntad del *diseño in-*

teligente, no iba a quedarse enfangado en el producto imperfecto de la mezquindad de un Creador que no era lo que Vermi Hood anhelaba de un Todopoderoso, él diría: “Haber, que me haga feliz si tanto puede... Pero como no puede yo mismo tengo que hacerme feliz, en eso consiste mi santificación en el progreso”. No se había beneficiado de la evolución para apenas calzar en un *diseño inteligente* informe, putrefacto, derivado de la dadivosidad de un Creador que se portó negligente con su obra cumbre terrenal, actuando como un principiante de Todopoderoso. El Máximo Ecologista, le delegó a él, Vermi Hood, oriundo del refugio faunístico Brecha de Búfalo, poner un orden definitivo a la humanidad de Placidville, y haga así su fracción en la inmedible misión sanitaria del Todo. Él lo puso aquí para ensayar el diseño *Homo felice* y, fiel a la recomendación de su mentor, no dio lugar a renglones torcidos en su tarea de salvador.

Decía que los entes desahuciados, los chivos-drácula, no recibieron anticipos de la obra maestra del alquimista del *Homo felice*, ellos no iban a perder la fascinación de ser protagonistas de lo inédito: el instante justo, cuando truene la cornucopia de la nueva quinta San Agustín, se hundirán a comer del menú de la dicha. Cada engendro obtendrá su personal versión de *Homo felice*: puro goce de estreno, sellado en el casco cibernético para que a cual use su clave de abrir el ignoto tesoro. Una sola vez se podrá ingerir el elixir de la resucitación del castrado, y una sola vez el simulacro de la risa de los inmortales se echará a rodar para que les vaya estupendo, tal como nos participó el aniquilador del aburrimiento a la hora de irse situado en la vista de hamaca del ¿valle de Dioniso?... ¿valle de Zaratustra?... ¿valle de Malacatos?... ¿cuál valle será el que creó Vermi Hood para su *Homo felice*? El látigo del ermitaño insensibilizando su virilidad desapareció, dando paso a la dictadura de la felicidad abrasante.

El Saqueador, eufórico, resoplaba por las fosas nasales, queriendo echarle un fogonazo de dragón al otro, cuando leyó eso de un “paquete de vida” en exclusividad para cada uno de

los bípedos vegetales de Placidville. Qué le venga a él con un “¡paquete de vida!” cuando ellos dos, adolescentes, habían comedido vivaque en la estrellada noche del lobo druida recién reinstalándose en las llanuras del búfalo. Entonces, el Saqueador, hacía su cándido preámbulo en la búsqueda de tesoros, ensayando el instinto excavador que lo llevó a tomar lo indispensable de las joyas del Inca; en tanto, el escuálido mancebo Vermi Hood, hizo vivaque como una carga espantosa pero ineludible a su propósito higiénico, ese que intuyó en su estación al aire libre. Aquella experiencia del vivaque fue posible merced a la predominancia de Teodoro Morris, quien lo arrastró al otro a ver en su incipiente mundo de entierros sagrados por descubrir, fungiendo de novel cazador de incertidumbres. Lo de dormir al aire libre no fue una inyección romántica que avive a Vermi Hood, dijimos que esto afianzó su fobia irreparable por la selección natural de las especies y, imponiéndose la meta de barrer con el eco del salvaje que latía en sus abismos atávicos, lo que a la postre consiguió fue irse con él a la tumba. Esta disparidad de los dos muchachos a la hora de acampar en la noche del lobo druida, antes que separarlos estableció un vínculo indivisible entre ellos. Aunque se produjo una franca contraposición de sus mundos, al final del viaje, ambos se ciñeron al ideal juvenil del ocio incesante. Vermi Hood se atrevió a ofrecerle al detractor de su diseño *Homo felice*, un paquete de vida que respetaría su guión en la aristocracia de San Agustín, sabiendo que éste iba a rechazar su propuesta de hundirse en la felicidad hermética. Teodoro Morris, no podía creer que se lo invitaba a yacer en olímpicas auroras y célticos crepúsculos de la mano del *Homo felice*, cuando él no hacía más que llamar a todo ello una orgía de mariposas de muerto.

¡Oh permanente hermosura sin distracciones en lo pudrible!

Más allá del anhelo de lo sublime, nuestro hogar ha mantenido firme la fábrica de dolores terrenos del bípedo implume

en Placidville. Esta visión de las grandes llanuras me aproximó a la soledad de los secanos de Cazaderos, allá dancé con el horizonte rojizo de un mar seco, aquí danzo con los verdes de un océano palpitante, pero ambas lejanías me han rescatado de la vieja escuela que imparte ataraxia convencional, y me he identificado en ellas con la voluntad emancipadora que liquida el tiempo de jaulas donde se arruina a los pobres de espíritu embutiéndoles mendicidad. Allá y aquí he elevado el corazón para que se torne en liquidador de esa realidad mezquina. Desde que renuncié a ser parte de la acción depredadora de los bípedos insaciables, expulse de mi futuro ambientalista la figura de una escuela graduando de ganapanes a sus alumnos, dejando fuera de mi escudo protector aquellas aulas responsables de sacar trepadores comunes, hombres extraviados en la demencia de las posesiones minúsculas, aferrados al consumismo cutre: padre y madre de la psicología pesetera. En nuestro hogar no le hemos hecho el quite al hombre bifronte con encandilamientos de inteligencia artificial.

Placidville abandonó el duermevela de un demente dragón custodiando, bajo su acorazado vientre, bambalina: múltiples artefactos digitales de bolsillo, y demás artilugios para hacer chatarra. La profilaxis vermiliana exterminó aun los ácaros que carcomieron la pureza original del paraíso perdido, suprimió la paradoja que se padece por una especializada bipedación: mató la incertidumbre de ser alguien entre la zoología y la divinidad. Años de reconcentración dentro de la burbuja al cuadrado, negándose a inventar otro idilio sustentado en la esfumada Lady, le otorgaron a Vermi Hood la presea a su constancia entregándole un amor posible de máximo quilate. “Paz en los casilleros del alquimista de Brecha de Búfalo. Paz en los sillones cibernéticos con las pastillas somáticas para no ceder al hambre real del cuerpo y dar con la flacura histórica, la muerte dulce”, asentó el Saqueador a manera de epitafio.

Vermi Hood, aquel imberbe que tiritaba de espanto ante el alarido de la pampa, vino a ser el forjador del *Homo felice*.

Teodoro Morris afirma que esto de la socialización de la muerte en Placidville —“para virtual regocijo de las partes pudendas de los implicados”—, no será incluido en el *Prontuario de la Estupidez Humana*, siendo que todo ese inabarcable amor de mortaja quedará irreconocible en el subsuelo de la selva. Tal hazaña profiláctica apenas ha de servir para plasmar su *Crónica del virus del sentimentalismo*, obra que saldrá a la luz cuando las cenizas del Saqueador se devuelvan a la tierra que lo acogió en aras de su pragmatismo, pues la condenó a ser póstuma porque él va a morir aquí tan a tiempo como lo hará su hermano menor. Así me lo figuro.

Domo de El Panecillo III

La jornada de bosque primario andino, en la que Gitte fue vértigo y fijación de los ojos rapaces del gavilán de Amable María, reventó promediando una semana españolísima merced a las fiestas fundacionales de La Medusa Multicolor. Allí, Olegario Castro, capturó la esencia diurna de Gitte desde que circularon por el sendero rural flanqueado de eucaliptos, yendo a la reserva boscosa de la cara oeste del Pasochoa. Conforme el sol ecuatorial bajaba de lo alto para bañar la exuberante caldera del extinto volcán, la mujer que iba a su lado desplegaba sus adquiridos perfumes amazónicos, y los encantos de mariposa de laguna de selva se hacían evidentes. Apeándose del todoterreno, se dispusieron a ingresar por el túnel vegetal que los acercaba a los dominios del solitario cóndor llamado Albertina.

—¿Hasta dónde van?, nos inquirió el guardabosque que saludó con deferencia. De paseo nomás, respondiste de buen talante, animado porque no teníamos compañía, acertaste que a media semana y a esa hora temprana la probabilidad de toparse con otros visitantes de la montaña era mínima. ¡Vaya que fue una diversión de jornada entera!
—dijo Gitte animada.

—No me equivoqué, fue el paseo grato, por antonomasia, de mi edad de lobo de páramo y bosques nublados —acotó el montañero.

Se echaron a caminar por la ruta de los letreros que piden silencio a fin de que fluya el diálogo con natura mediante un

rítmico esfuerzo ascendente; ella iba liviana, libre de peso extra, detrás del hombre que cargaba, por reflejo persiste del gótico, el macuto con las herramientas mínimas de escalar y el equipo para hacer vivaque. La conversación que sostuvieron durante el recorrido motorizado de acercamiento a la *Montaña de Barro*, cesó al ingresar en el teatro donde residen las musas de bosque primario andino, cuidándose ambos de no invadir la eufonía de los pájaros con sus vocalizaciones humanas. Gitte, avisada del tranco largo de Olegario, no intentó igualar su ritmo en la espiral ascendente; lo vio alejarse sin forzar su propia marcha para no perder la voluntad de subir, así habían quedado de mutuo acuerdo para no estorbarse en sus respectivos monólogos. El sendero era inequívoco y la pondría sin apuros sobre el pajonal que se abre a los picos dentados que hacen la cima. Ambos se rindieron al aura intemporal del túnel vegetal, la voz de riachuelo acompasaba con los suspiros humanos, y el aire se impregnaba con el sudor de yerbas aromáticas. El tortuoso paisaje del árbol de papel, se sucedía con palmas de cera, yerbas moras, culantrillos de pozo, huaycundos y un desfile de vida epífita, siendo una muestra de la edad en que el bosque primario dominaba el mapa andino. Gitte ganaba altura con la plenitud de su fuerza psicológica, a prudencial distancia del montañero, respetando los minutos de espacio entre caminantes, permitiendo así que se desarrolle la introspección de cada individuo al compás de sus tambores cardiacos. Ella es una ágil caminante de bosque tropical, húmedo y lluvioso, y su experiencia le sirve para acomodarse a esta hora de transpirar lento dentro de la ceja andina, ya recopila instantáneas de quindes recogiendo miel de flores de cera. No le es ajeno encajar en el mutis de otro andariego; está acostumbrada a sus propios silencios en la espesura amazónica, siguiendo la huella de sapos y ranas que hacen del residir en el planeta del sudor una aproximación al edén. Fue seducida por la oferta del montañero de llevarla al escalón de roca donde reina Albertina, cóndor que se atrevió, en tiempos de exterminio a los de su especie, a prolongarse en soledad sobre los riscos del Pasochoa.

—*Paradójicamente, la misma ave que sirve de símbolo de lo libérrimo en la bandera nacional, apenas sobrevive en su biosfera —dijo el radiodifusor saludando a la Albertina que se recrea en los cuartos de Marañón.*

—*¿Quién fue el que le puso nombre a ese cóndor?* —interrogó Gitte.

—*Kantoborgy... Y lo hizo cuando ella era un pichón de cóndor —replicó Olegario Castro.*

Gitte, emergiendo del túnel arbóreo, se encandiló con la luz reverberando en el pajonal; conforme sus ojos se adaptaban al golpe de claridad, el abanico de picos de la caldera fue formando la pintura cautivante de la *Montaña de Barro*. Había reducido la distancia con el montañero, y oteaba en el despejado horizonte a ver si Albertina estaba planeando en las cercanías. Avanzaba en el pajonal siguiendo la ondulante línea que lleva a las pirámides cimera, caminaba de alivio siendo que no portaba más que su peso, alcanzando así al otro que la esperaba en la cota de los tres mil novecientos metros de altitud.

—*Parecía qué cargabas el purgatorio en tu mochila, ¡qué pesada la llevabas!* —exclamó Gitte divertida.

—*Portaba lo mínimo para rendirle tributo a una montaña que nos venía virgen a ambos. Por más musgosa que la viste tenía la obligación de hacer lo que mi código ascensionista prescribe, y ya comprobaste que nos sirvió bien la cuerda y el resto para subirte y bajarte a salvo del escalón de Albertina —manifestó jocundo el montañero.*

La apacible hora de posarse en el ápice de la frescura llegó, están sobre la pirámide que muestra el abismo verde de Albertina. Allí, Gitte, bebió del aire celeste de tierras altas; se prendó del pajonal dorándose abajo, en la corriente primavera que lo mecía. La mañana envejecida se hizo rumor de manantial escondido en la mancha boscosa que asciende por el circo del colapsado volcán. Árboles de papel, rebosantes de vegetación epífita, flameaban al viento con su artrítico ramaje volcado al vacío. Qué caudal de líquenes y musgos reptando, en una dimensión de exudante penumbra, hacia el pináculo.

—*¡Vaya pico tropical que me presentaste, fue una caricia el descubrimiento de ese conglomerado rocoso ahíto de verdes hasta casi la cima!* —aulló Gitte. .

—*Era la montaña que te merecías por ser lo que eres, un abismo irreductible* —repuso Olegario Castro.

Ella no tuvo que calarse ropa de abrigo fuera del rompevientos que el montañero le extendió junto con una manzana, una barra de chocolate, una funda de maní y un botellín de líquido rehidratante, haciendo todo ello el banquete del nido de cóndores. Gitte saludó con una venia a cada uno de los montes ermitaños que se dejaron contemplar, Olegario se los introducía como sus queridos animales andinos, cada cual refundido en su particular espacio-tiempo dentro del veloz recalentamiento que los acomete coincidiendo con el instante del hombre moderno. La nórdica recibió una viva clase de geografía desde los cuatro mil doscientos metros de altitud de la *Montaña de Barro*, lección que no pudo tomar en el nivelado suelo danés, fascinando con el carácter que el gótico les endilgaba a cada uno de los picos a la vista. Desde ese escalón andino, el paisaje de la Avenida de los Volcanes destacaba, y tuvo la imagen de tierras altas que podría cuajar el rango ocular de un cóndor, una pintura que le dio una pista de lo que es abrigar absolutos aéreos. En lo alto del Pasochoa columbró al escalador extremo exponiendo sus limitadas fuerzas ante el planeta feroz, esa dimensión de lo posible que descansa ampliamente en la galería fotográfica de Olegario Castro; aunque estuvo consciente de que experimentó la faz luminosa de ascender, hallándose erguida sobre un manso ápice que hizo sin el riesgo de montar vivaque en una repisa de hielo con pasaje a morir despeñada.

—*Sabes que Albertina me visita intempestivamente, y la imaginó volando bajo, curiosa, allá, en mi selva; ¿has tenido noticias de ella?* —inquirió Gitte.

—*¡Hubo empatía entre sobrevivientes!... Estoy igual que tú, planea en mí cielo el rato menos pensado* —replicó el montañero.

Albertina montó su espectáculo de rasante osmosis allá arriba, emergiendo de la olla vaporosa del abismo verde; tan cerca planeó sobre las testas humanas que el viento gemía como salido de un fuelle, rompiendo con sus alas desplegadas el ensimismamiento de aquellos dos. Gitte desparramó su alegría disparando asombro contra la curiosa carroñera, ésta le correspondió acompañándole en el descenso hasta promediar el ondulado trayecto del bruñido pajonal. Cuando se metieron en el túnel vegetal de las estribaciones menores de la caldera volcánica; no regresaron a ver a los dominios del cóndor, no se despidieron del ave que resiste arriba porque ésta se afincó en la memoria de lo indestructible.

—*¿No será que hay telepatía entre sobrevivientes?... Porque a ambos se nos ocurrió al unísono compartir ese hallazgo que hicimos juntos. Ambos nos hemos sumido igual dentro de la límpida contención de Albertina, planeando sobre nuestras testas en el azul andino del presente —concluyó Gitte.*

—*La suerte de haber visitado en soledad a la Montaña de Barro, nos llevó a intimar con Albertina, y ella se quedó con nosotros porque ya estaba en nosotros —añadió Olegario Castro.*

Campanas del amanecer

Acompasándose con las notas de *Danza del juego del amor*, la cachimba de José Miguel esparce aromas de valle subtropical seco, aunque las volutas se pierden rápido, neutralizadas por extractores de humo dispuestos en la techumbre del domo. Gitte conecta con las emanaciones aromáticas del tabaco Toboso, antes que se difuminen a través del dispositivo que recicla el aire tibio que circula en los cuartos de Marañón. Olegario Castro obsequió a sus huéspedes con los aperitivos de rigor para abrazar a la aurora de tierras altas, el aguardiente y tabaco de quinta San Agustín, esos productos eminentes de la tierra prometida de Teodoro Morris.

Ella no encendió el cigarro que reposa en sus manos, se contenta con percibir el delicado perfume que los hombres consumen aparte; le bastó ingerir una pizca del Reposado Agustino para transportarse a la sensualidad de la molienda que gira con las campanas del amanecer.

El radiodifusor cerró la emisión noctívaga de radio-libre Marañón, “la voz de los lechuceros”, con los badajazos que a su vez despidieron al *Amor brujo*. Se relaja con el cigarro “que no pide favor a los más mentados del mundo”, siendo un regio abreboza para desayunarse con el apetito de un condenado a la penumbra que ha sido devuelto al banquete de los rayos del sol de la mitad del mundo. José Miguel también se da al goce de saborear el licor bendito, y aspirando del tabaco de su cachimba siente que este viaje al fondo de la noche ha tenido un retorno grato a la luz de oriente pegando en los alto de los riscos del Pichincha. Los estrenos musicales lo condujeron a los valles de juventud perpetua que promete la primera luz de tierras altas, más allá del mercado de oxidantes de La Medusa Multicolor. En breve, el alarido mecánico, desplazará a las notas de *Tropicales jardines de La Alhambra*, su postrera ejecución ante el nocturno andino que ha dado paso a un horizonte de gigantes vestidos de azucena.

Gitte asume que es fácil ser ambientalista desde el domo futurista que le alquila su espacio-tiempo a la loma sagrada de una urbe desencantada, haciendo el quite al aire enrarecido que se alimenta de las toxinas de la metrópoli pujante. El mirador del montañero se mantiene enhiesto merced al poder que le otorgan sus anónimos contribuyentes, esa embozada ayuda que recibe del otro lado de la percepción lo apartó de fungir de comunicador social, ubicándose más allá del bien y del mal. Así se libró de que un buen día el gremio de imagólogos le quiera entregar la máxima presea del incontinente informador, la estatuilla del *Asno Total*. Aquellos mecenas, aparte de no figurar, tampoco ejercen secretas influencias en sus irreverentes emisiones; ellos le otorgan albedrío para hacer su tarea subversiva frente a los subliminales mensajes bulímicos/ anoréxicos del imagólogo común. Las emi-

siones del domo están fuera del entretenimiento vía embudo, no le pagan a su principal para que venda su correcta mordida a sus congéneres. Y le ha ido como quiere a Olegario Castro, esos discretos dadores le ratifican su compromiso ad-honorem.

Los huéspedes paladean el sentimiento de haber aterrizado, tras la travesía sublunar, a una ciudad extraña que se abrirá a ellos conforme la luz ecuatorial la abrigue. Han sido invitados a degustar de las tostadas revestidas con queso gorgonzola y de los volovanes de solomillo de res a la tártara, bocadillos que se corresponden a la exquisita hospitalidad del montañero. El queso azul, flameado con el aguardiente de la casa, es una golosina que ya conoce Gitte, la incluido en su menú a la hora del refinamiento gastronómico en La Medusa Multicolor; lo novedoso y tentador le vino con la receta de solomillo crudo que su condición de preterita vegetariana no había previsto deglutir nunca y peor tan temprano en la mañana. Hubo un tiempo en el que la impavidez bovina la enternecía, encarnada por los enormes ojos marrones de un ternero normando que una vez acertó a darle una lengüetada en el rostro. Para haber sido una negadora del consumo de carne por compasión a las vaquitas ajenas, le parece una aberración apetecer lo que aborrecía hace unos meses nomás, y cómo es que esta mañana se le presenta el colmo de lo indeseable cual manjar exótico de tierras altas.

—Haz como el Buda de Zamborondón, engulle a placer todo lo que no es sacrificado por ti ni es sacrificado exclusivamente para ti —dijo jocoso Olegario Castro.

—¡Imagínense ustedes, aquí estoy dando el salto evolutivo de hembra cuy a loba dominante, pues así me veo desayunándome como una carnívora contumaz...! —aulló Gitte, equiparándose al ejemplar padre de familia que de súbito se manifestó como el antropófago de Chillagallo, sirviéndosela a su mujer antes de que la cocine el sol.

—Recuperaste el letrero de omnívora que antes lo escondías por vergüenza a ser parte de los todo-devoradores y ahora lo tienes con letras rojas en la frente —acotó José Miguel.

—Sí, aunque lo de comer carne seguirá siendo una costumbre austera en mí, dependerá del horario del hambre y de la oportunidad que mana de vivir con lo indispensable. Allá, en la selva, no hay lugar para caprichos gastronómicos, se come y se bebe de lo que provee la huerta del tardío pleistoceno, y, mejor aún, si lo haces de lo que done la civilización para así mantener intangible nuestro jardín natural, la joya de la amazonía —manifestó Gitte

—Sabías que por las cosas de comer se puede llegar a conflagraciones mundiales, ejemplo literario: la guerra civil acaecida en el país de los hombres diminutos —observó José Miguel.

—Todo ese afán bélico se suscitó por el viejo dogma de cómo partir el huevo duro... —añadió Olegario Castro.

—Así fue, ese código comestible dividió tajantemente a la humanidad de los diminutos; la guerra mundial se precipitó por irreconciliables discrepancias a la hora de partir el huevo cocido, si por el polo superior más delgado o por el extremo grueso de su ecuador —concluyó José Miguel.

Placidville IV

Contempla el cuerpo inerte de Teodoro Morris, la muerte lo recogió en el diorama que amó su unidad de carbono: la primavera equinoccial y la de las grandes llanuras. El azul eléctrico de su mirada, esa visión dionisiaca del mundo, se incorporó a los matices herbosos que mañana cubrirán el caserío decapitado, borrando el rastro de la salida dulce de la humanidad de Placidville. Los lobos druidas ya respondieron al lamento de Pincho por la defunción de su líder; allá en lo alto de la suave colina se exhiben como juguetones cachorros, el lobo alfa dominante danza con su manada celebrando el próximo asalto al desamparado caserío que se quedó sin la protección de la gran burbuja que no dejaba pasar ni a una mosca. Ellos aún se mantienen a prudencial distancia mientras llega el momento de husmear dentro de lo que les estaba prohibido, una vez que los últimos huéspedes de la aldea la abandonen.

En un transporte reflejo adquirido por la costumbre de tener junto a ella el rostro rubicundo del otro, responde a la semi-sonrisa del rostro del hombre que atendió a los badajazos que la adolescente propinó en las puertas de la hacienda de los productos agustinos. Le viene vívida la faz del Saqueador, cuando la enfrentó con el fulgor de sus ojos de horizontes celtas, abriéndole su corazón a la niña-mujer que traspasó el portal de la molienda de Zaratustra, la que ella se atrevió a crearla para sí misma. Pasó, de

un plumazo, de niña hidrópica de los secanos a mujer hidratada en los jardines de valle subtropical. Cuánto disfrutó de la fuente alimentada por los sudores de la cordillera Oriental, tomando a manos llenas de esos minerales enjundiosos que le negó su desértica cuna. A partir de sus baños mañaneros en el manantial de La Mina, se embarneció para el aristócrata que no tomó la senda acaponada de Vermi Hood. Apenas cruzó el arco de buganvilla y tuvo la precognición de que iba a alcanzar su máxima estatura de campesina en el fasto que el Saqueador alquiló a la madre Tierra, y que ella heredó para mantener el estatus de quinta San Agustín.

El albur de Placidville se consumó. Este pueblo nació para vivir y morir dentro de la pradera, el silencio salvaje no dejará huella del *Homo felice*, el que hizo una estética salida de su suerte estéril, reintegrándose a la gran matriz de la evolución. Los implicados en la santificación vermilianiana ya no existen, se fueron tan mansos e imperceptibles como arribaron a este mundo, el milenarismo espíritu de la pradera Brecha de Búfalo prevaleció, se los tragó a todos en paz. Y ella se apresta a hacer uso del dispositivo que deslizará los restos mortales de Morris dentro de la apócrifa chimenea, la que camufla el prototipo de crematorio láser, ultrarrápido, que costeó la abundancia de Placidville, siendo un favor no retornable que realizó de corazón, Vermi Hood, al *enemigo ideal*. Ya se ha familiarizando con este aparato pragmático dotado de una tecnología vanguardista y fácil de usar, el que la exime de atender trámites funerarios. A instancias del mismo Teodoro Morris, probaron las bondades del instrumento reduciendo a su mínima expresión mineral, mostrando su eficiencia desintegradora, una pierna congelada de bisonte que pendía del cuarto frío repleto de vituallas como para sobrevivir a un invierno nuclear.

Pincho gira alrededor de la camilla rodante —la que derivó de la mecedora—, éste viene batiendo la cola por lo alto, todavía ronda la figura del superalfa cesante, su ímpetu de pastor lo

manda así. Ella ha concluido la ablución del cadáver valiéndose del reposado aguardiente agustino: aromas de molienda invadieron el recinto equipado para reducir a cenizas al Saqueador. Embebida en el ritual que le inspiró su maestro, compañero y amante, se ha desenvuelto con la discreción de una sacerdotisa pampeana. Es la hora de partir y el dispositivo reductor está presto a recibir la cáscara del hombre, ella lo conduce al fuego celeste que devolverá livianos sus restos, sin el peso de los cristales frágiles de la gota que lo acometió por los excesos durante las carnestolendas. Las hiperondas calóricas del horno a punto de cremación se presentan insonoras; las fauces del incinerador aparecen despejadas, quitándose de la figura de una pira silbante abrasando al difunto. Al tiempo que el cuerpo terminó de hundirse en la pieza de ingenio crematorio, se fue cerrando herméticamente la entrada a él, y la chimenea volvió a tomar su grácil porte decorativo.

Pincho eleva sus grandes ojos almendrados al rostro sereno de la alfa dominante, su acuosa mirada la ampara diciéndole que está listo a obedecer sus comandos como lo hiciera con el Saqueador ausente. “Oh, espontánea sencillez, me has librado de la pompa exequial; sólo nos resta esperar el aviso de *misión cumplida* del dispositivo...”, susurró rompiendo con la sobriedad del acto luctuoso. Ella le propone a Pincho un juego ancestral de cánidos, algo que él espera como una suerte de confirmación de la jefa de manada. Motivada por el entusiasmo que pone el can cuando se trata de accionar el instinto de conservación, se decidió a practicar lo de la presa y el cazador que tanto disfrutaba éste con Teodoro Morris. Así, conduciendo al perro a la cocina, le ordenó mantenerse en posición de echado hasta que lo libere de la tensión enviándole a buscar el símbolo de la presa: un símil de hueso hecho del nervio de búfalo. Mientras él acató la orden de mantenerse quieto a la espera de explotar su sentido del olfato, ella, fuera de su alcance visual, procedió a esconder la golosina en su dormitorio, luego de un periplo de despiste de su huella en los distintos habitáculos de la mansión.

Cumplidos los minutos que exacerbaron el instinto de presa del cazador, le extiende a éste el comando de rastrear el objeto de su elemental deseo. “¡Busca, busca...!”, ordenó secamente al exhaustivo husmeador que inicia con tranquilidad, colocando su nariz a ras del piso, la persecución del nervio de búfalo. La concentración de Pincho en su tarea olfativa no se distrae con la hilaridad de su ama que viene detrás, a prudencial distancia, siguiendo su acción rastreadora. El can se mueve con la seguridad de andar en la pista correcta, está sobre los pasos del recorrido previo que hizo ella con el objeto de engañarlo. Tras haber investigado en las otras habitaciones donde ella entró, pudo acceder al cuarto donde su especializada nariz cantó victoria, procediendo ahí a ladrar vigorosamente, raspando cierto cajón del guardarropa, exigiendo se le entregue la golosina de su hipo.

Ella se contagió de la agilidad de Pincho, también se halla en gracia con sus instintos terrenales y con la mente que respira claridad. Se evapora el peso de la infalibilidad de la Parca; el aire fresco de la pradera, que por fin entra por las ventanas abiertas para no volver a cerrarse, aliviana el espíritu de los sobrevivientes de Placidville. Mientras el sol temprano y el céfiro de la mañana inundan la aldea de policromática musicalidad, la cremación sigue su curso invisible tras la fingida chimenea que no da señales de que se está reduciendo un cuerpo a su mínima fracción mineral, sobre sí no tiene la fascinación de ojos humanos como sucedería con una pira ardiente al descampado. Es una transformación imperceptible que se ha incorporado al placer de las horas desparezándose en el perfumado lecho de la gran floración. “Hermosa salida”, susurró; “¡hermosa salida!”, aulló como si estuviese contestando a alguien que le ha inquirido sobre el instante mortal del Saqueador. No exagera, fue órfico lo de irse en los albores de la gran floración de las llanuras nórdicas, despachándose con el renacimiento de la luz y los aromas salvajes de la vida después de que la pradera sufrió los rigores de un invierno polar. Aunque el invierno boreal no frustró el sueño del ocio de

Placidville, aquí nadie padeció por frío, dentro de la gran burbuja también se encerró al calor y al aire seco.

De lo que la diáspora sureña se llevó de su familia únicamente permaneció cerca de ella su tío Bartolo, afincado desde su mocedad en el caserío de Quinara, que vino a ser la definitiva residencia del gUAQUERO, allí donde éste aún vende ilusiones a los fanáticos buscadores del oro del Inca. Desde su niñez retuvo el talante bonachón y la faz divertida del hombre joven que le machacaba lo de “me voy de esta tierra de chivos y cardos porque nací para ser gUAQUERO”. A partir de ahí ella también quiso seguir las huellas del tío Bartolo, soñaba con hallar su tesoro de ríos de agua clara y verdes valles salpicados con los colores de fanerógamas. Concretar esa sugestión que le inyectó el tío Bartolo, de emigrar del agreste Cazaderos a un suelo fértil, fue cuestión de años nomás, logrando elevarse al esplendor de quinta San Agustín. Púber volvió a reunirse con Bartolo, cuando éste era ya el dueño de la parcela de placeres sosegados que lo encaminan a la longevidad de alforja y machete al cinto; allí estaba el pariente de ojos zarcos y nariz aguileña calándose el sombrero blanco de ala ancha. El hombre que nació para ser gUAQUERO se hallaba en su elemento siendo dueño de *La Máscara de Quinara*, el hostel a donde acuden a hospedarse buscadores de tesoros —ciudadanos del mundo— que lo tienen como un iniciado, el que les provee una copia del mapa original de la ruta que hizo el Saqueador al oro que tomó del entierro del Inca. Bartolo alojó al doctor Teodoro Morris dentro de los humildes aposentos del hogar que más tarde reventó en hospedería internacional, ofreciéndole sus servicios de guía lo secundó en casi todos los intentos de hallar el mítico metal, fallando precisamente a la principal campaña, la del real descubrimiento del oro que luego se transformó en dones de la tierra. Bartolo, jamás se quejó de no haber sido elegido para extraer su porción del tesoro, el pánico que tenía a contraer la fiebre de la codicia que había consumido, hasta dejarlos en huesos,

a ciertos gUAQUEROS de triste renombre, constantemente le hizo decir que él nunca iba a reclamar lo suyo dado el caso de atrapar aquel valioso material. El azar lo dejó a un lado del remate de la empresa metálica del Saqueador, y, pese a negarse a recibir tangibles por su intrínseca participación en romper el reposo virginal del entierro indígena, obtuvo lo justo para montar el hostel donde él les repite a sus clientes: “Verá, mi amigo, yo le doy el plano del tesoro, pero usted es el que tiene que encontrarlo”. Teodoro Morris le remitió “sin derecho a protesto ni devolución” un cheque a cuenta de su ineludible liquidación como guía, “... por el finiquito de los servicios que usted le prestó a la empresa gUAQUERA Morris & CIA”. El dinero que no pudo rechazar le arribó con una bonita idea, usarlo para vivir a gusto y a costa de preservar la saga del oro del Inca. Partiendo de su rústico hogar, el sitio desde el cual se gestó el hallazgo, se obligó a levantar *La Máscara de Quinara*, el hostel que se constituyó en su propia versión del ocio incesante. Bartolo atiende a los recomendados por la guía internacional de gUAQUEROS, *Fodors*, con un cálido hospedaje familiar, además de obsequiarles especulaciones que atizan el instinto explorador que los hace amar al pueblito de Quinara y su entorno.

Fue una mañana bonancible —bañada con la luz de agosto de las vísperas de la peregrinación que hace la santísima Virgen, La Churona, desde su santuario en la villa Del Cisne hacia ciudad de Loja—, cuando ella pisó el portal de *La máscara de Quinara*. Aquel día lo celebra como el inicio de la jornada que la remitió al antípoda de la sequía: quinta San Agustín, donde le aguardan los frutos sagrados de la madre auténtica. Entonces portaba en su alforja viajera la inocente desaprensión de la chiquilla echa a los rigores del desierto sureño, también traía la lozanía y feminidad de la *Acacia macracantha*, el símbolo de la resistencia temprana a sucumbir ante el polvo y la ceniza. La voluntad de sembrar y cosechar verdores la puso en manos del tío Bartolo, quien la recibió como si estuviese moldeada para el propósito que se ha-

bía hecho de entregarle un fragante retoño al secano del doctor Teodoro Morris. Para eso la mandó a llamar, y fue verla y presentir que no se equivocaba en su cometido de forzar un idilio entre el Saqueador y la flor exuberante que alumbró Cazaderos. Ella llegó a *La máscara de Quinara* con el hambre y la sed de los destinados a florecer con las musas del agua. Bartolo le tenía el terreno aporcado, listo para echar ahí las semillas de un futuro feraz; él le había metido la idea al doctor Teodoro Morris de hacerse de una chiquilla que empate con su manera de ser, una joven campesina que contenga en sí la inocencia y sabiduría salvaje que éste tanto alababa. Así vino a ser ella, Ana de Cazaderos, la niña-mujer que dio los badajazos en las campanas del hombre que extrañaba la herida de amor.

El concierto de instrumentos de cuerda avanza en el fasto de la primavera meciéndose con el bruñido pastizal. Placidville, ya desprovista de la protección de la gran burbuja, está entregada a los elementos como si fuese un galeón a la deriva en el mar de sargazos que lo consumirá hasta la descomposición y naufragio de su otrora poder y gloria inexpugnables. Los lobos druidas llenarán el vacío zoológico del *Homo felice* sepultado bajo el mármol que irá perdiendo su esplendor. Los violines de primavera, cual polillas recolectando néctar, revolotean en el festín que les ofrecen las flores. Pincho, merced a su regia nariz, devoró la cecina que se ganó en su apuesta con la alfa dominante. Ella, viéndole ingerir la golosina de búfalo, se acordó de las miserias que le infería la gota con sus filos colmillos a Teodoro Morris, mordiéndole de preferencia el pulgar del pie derecho, haciendo de la ruina del dedo gordo un símbolo externo de su fiereza. Pincho, tras el ejercicio que mantiene saludable la presión de sus maseteros, emite graves gruñidos que confluyen en sendos trampolines sobre la carpeta, y al par que frota ahí su hocico se va refundiendo en los espasmos guturales de un sueño ligero. “¡Qué manera de aprovechar el peso de la vida!”, festejó a su vez ella por el resuello del can.

Ya paladea el retorno al hogar, repasa la ruta que la sacará de Brecha de Búfalo. Sabe cómo llegar a la tierra del día que encerrará todos sus días, aquí hizo su aleccionador mediodía; allá tendrá el resto, el crepúsculo y la aurora de la molienda zaratustriana. Su congénita hambre de saucedales sedientos de agua dulce, será compensada con la biosfera que entrampó a su corazón. Ella no tiene vocación para ser cosmopolita, sus viajes no requieren de documentos, se arraigo a la madre de su futuro día. Superó los límites geográficos de la provincia de Loja en un acto solidario frente al destino de Teodoro Morris, aunque ella también recibió personal invitación de Vermi Hood a asistir a la representación de su utopía en Placidville. Y aquí está sirviéndose de la hora más larga antes de partir, sobrevivió a la tentación de hundirse en el *amor total* del sillón cibernético, resistió el embate de la dicha extrema merced a la sólida tracción terrenal que le otorgó la sequía sureña. La dureza de su infancia, niñez y pubertad, le colmó de fortaleza telúrica, preservándola para el hombre que bebió de su piel humectada para el ritual amatorio, abriéndole el portón de la avenida de los arupos. Naturalmente desarrolló su instinto guerrero hasta tornarse en una fuerza magmática, su bagaje sensual se remonta a los primeros abrazos, bajo la candidez de la lucha romana que practicó con el larguirucho Fernanflor quien, en principio, aceptó manso su función de abrazar sin dar nada de él ni tomar nada de ella. Pero el simulacro de luchar despertó al muchacho que desesperó por entrar en las intimidades de la chiquilla. Fernanflor, conforme crecían sus ambiciones erógenas, puso todo de sí para desflorarla, mas se topó con una compañera de juegos indomable, teniendo que resignarse a terminar su cometido sin el favor de la contraparte, acogándose a la auto-satisfacción. El remedo de lucha romana con Fernanflor devino en franca ganancia para la niña-mujer, todavía manteniendo su virginidad sumó esencial experiencia sobre el apéndice desafortado del bípedo implume. Ella sacó ventaja de esa defensa a morir que implementó contra el muchacho que le esgrimió su pureza

animal. El ímpetu testicular de Fernanflor no doblegó a la chiquilla, pero instruyó a la mujer que tiempo después sí desató su feminidad en el corredor de las hamacas de San Agustín. Aquel onomatopéyico forcejeo con el imberbe Fernanflor, vino a ser la antesala de las dulzuras primitivas que la doncella sí otorgó al Saqueador.

Frisando la mayoría de edad, —ya habiéndose iniciado en el oficio de reunir, a lo bárbaro, frases en borradores que en su madurez literaria plasmarán el aporte que le debe a la Casa Azul—, supo que las campanas del portal de buganvillas estaban tañendo por la hora indefectible de amar al señor que le entregó las llaves de su verdadero tesoro, la tierra de los retoños vegetales. Habiendo logrado la estatura que su feminidad le deparó, ella no fue a por una rústica parodia del juego amatorio, sino que descargó con fruición el flechazo que echaba en falta el Saqueador. La campesina no tuvo necesidad de tender una emboscada afrodisíaca al sátiro ojiazul, el corazón de éste se había rendido con antelación a la doncella que se ciñó al orden preconcebido por su espíritu de selección. Ella no requirió de artificios fuera de su predisposición para amar al hombre que se vio impedido de seducirla para el olvido, a la manera del burlador que saca ventaja de los secretos ardores de una provinciana que, cándidamente, pretende sellar el despertar de sus intimidades ante un notario y el respectivo mosén ejecutando el sacramento matrimonial.

El reloj de cuclillo cantó la hora postrera de Placidville. Las huestes de diminutos carroñeros se habrán echado a limpiar los despojos de los parroquianos del sótano de la muerte dulce, con el propósito de que su carne se devuelva a la materia. Ella se estremece con el aviso del reloj que Teodoro Morris trajo de San Agustín para que trine por su transmutación terrenal, marcando asimismo el instante que se apagó la humanidad de Placidville. El aire tibio de la incipiente mañana fluye en el silencio mortal del caserío que se levantó inerme, desprovisto del mecanismo de

defensa que ella desactivó cuando Teodoro Morris le susurró que era inminente su separación de la materia. Aunque despejado el escudo que repelía la curiosidad zoológica y proveía de energía solar inagotable, permanecen las reservas que aún suministran de poder a los dispositivos electrónicos del caserío. Asume que es el momento de dar la ronda del adiós a las dos calles en cruz que hacen la paz marmórea de Placidville, mientras la cáscara del difunto proseguirá reduciéndose hasta dar con ese todo fácil de transportar, “será como ir llevando el tesoro de Quinara en mis manos, vendrá a ser algo similar a beber otra vez agua de vertiente después de haber sufrido sed al lado de un infiernillo”.

Salta a la calzada en compañía de Pincho, dispuesta para el postrero paseo por la indefinible claridad que envolvió a la aldea que se fundirá con la pradera. No habrá traumas emocionales, así fue la transición del candente Cazaderos a la cascada clorofílica de La Mina, y de los baños mineralizados en las fuentes de la longevidad descendió, saltándose escalas intermedias de aclimatación, a la frigidez de Placidville. Ahora, de regreso, tampoco hará paradas en la vía rápida del sueño estadounidense, tuvo bastante con la dicha artificial de Vermi Hood, esa felicidad geométrica, programada, no la sedujo. Al cabo, sigue siendo un alma renuente a recibir nimiedades del prójimo, ella toma lo que le es propio en este mundo para de una sola vez dar con lo suyo puesto que no morirá en el intento de ser, pues, ya es.

Escruta a lo largo de la calzada por si detecta un remanente de actividad humana; mas, a donde se posan sus sentidos, sólo recogen el mutis de los caídos. El silencio de a poco se va haciendo un murmullo de la vida salvaje preparándose para abordar y quedarse en la aldea. Las campanas de Eolo doblan por la resurrección de las delicias de la primavera, y ella encarna la última risa de la mujer que ve revolotear a los primeros habitantes de la llanura que entraron a la aldea, mariposas azules. El mármol gris ya tiene un contraste azul que lo alegra. Evaporado el detente de la gran burbuja, el espíritu de Brecha de Búfalo va

penetrando con el delicado perfume que desplaza a la enrarecida atmosfera que nunca sació su hambre de pureza. La aldea se irá sumergiendo en los sonidos que desplazó para que retornen con más fuerza a sus ruinas, las aves ausentes volverán a colgar sus nidos de los techos de pizarra. La eufonía emplumada se tomará el caserío que titilará cual buque fantasma flotando en el absoluto de la pampa septentrional. “Regresarán los ruiseñores a cantar con las campanas de la ermita de San Íñigo; posarán los cuervos y las espigas de oro para las pinceladas del genio embrujado; los lobos druidas, las ratas, las polillas, y sobre todo los ácaros, se comerán las vituallas en descomposición hasta dejar las piedras pulidas para el regocijo de las gaitas”, recitó imaginando ser una futura visitante de las ruinas de Placidville y escuchar la música de sus orígenes.

La avifauna sufrió cruentas bajas a lo ancho del ingrato tiempo del invisible escudo que repelía a los extraños a la revolución vermilioniana. Aves endémicas de la llanura, de las que sus ancestros fueron asiduos de los tejados de pizarra, se irán percatando de la desaparición del dispositivo que electrocutaba a sus parientes. En este minuto, alzando a ver hacia el azul de arriba, ella ya puede apreciar que un ave de alcurnia sobrevuela la villa, la identifica como el águila real que curioseas en la aparente inacción de la aldea. Pero el principesco depredador no ha sido atraído por la brillantez del mármol sino que ha enfilado sus ojos carniceros sobre la comida del día; no ha venido acá por un reconocimiento de placer, está de cacería y, al cabo, escudriñando en la loza gris, halló un succulento bocado mañanero, el roedor que se contoneaba contra el sol al fondo de la calle. Fue cosa de segundos el abalanzarse sobre la víctima y capturarla entre sus garras para alzar el vuelo con un chillido de feroz satisfacción.

De repente son una realidad de la luz los animales puros, a sus ojos se han hecho multitud las mariposas azules, los jilgueros multiplican su canto, y fue testigo de la exitosa cacería del águila real, siendo bastante agitación para una aldea que aun

ayer no dejaba pasar a su interior ni a un grillo. Pincho se ha desatado con la danza nupcial de los lepidópteros, los persigue haciendo cabriolas a lo ancho y largo de la calzada, infringiendo ágiles manotazos y mordiscos al aire. El eco de los agudos ladridos del cancerbero se aúna a la risa espasmódica de la observadora del cuadro de las mariposas revoloteando sobre la cabeza lobuna que despide fulgores de negro y fuego. La perfecta soledad bajo la gran burbuja, la que produjo obscenidades en el sillón cibernético, transmigró a una soledad divina apenas se abrieron las puertas para que entre el aire céltico.

Fue tan sencillo hacer que surja lo de afuera, con quitar el escudo electromagnético y la vida de la pampa comenzó a barrer el silencio del progreso vermiliano, saciando de una la reprimida gana de tomarse la perfección sintética con su gémido primario. Musgos y yerbas se arrellenarán donde el virus del sentimentalismo campeó, metiéndose por cada rendija de la pulcritud marmórea para sepultar al infeliz bípedo que quiso ser feliz decretando la excelencia de lo inánime. Qué refrescante le viene andar distraída entre las fragancias vegetales que merced al viento coparon la calle que culmina con la pequeña burbuja, la mansión de cristal del alquimista Vermi Hood. Ella pisa fuerte en la calzada que da la ilusión de perpetuidad por el resplandor del mármol de la estulticia que plantó el negador del cuerpo que acabó abrasándose en su animalidad. Pero ya nadie se reprime en esta aldea, quedó presa entre los instintos fundamentales de la pradera; nadie echa miradas de soslayo al mundo de la selección natural desde la seguridad de su burbuja. Ido el hombre que anuló el bipedalismo en Placidville, ella anda como si nunca antes lo hubiese hecho por esta misma calle; de hecho por primera vez hace este ejercicio sin tener la opresión del escudo que no dejaba pasar ni un murmullo proveniente del descampado.

Este paseo lo disfruta por irreplicable; prevaleció la pradera, volvió a ser la dueña y señora de la luz y la sombra del caserío. Arribando al redondel que conforma el punto de convergencia

de las dos únicas calzadas conformando la cruz de Placidville, procede a circunvalar el tótem dakota, el que representa el poder del lobo que paradójicamente se erigió en el amuleto del orden vermiliano. Ella se reconoce en las manifestaciones del mundo, respira de ese aire vital que tras el velo que cubría la aldea le había parecido más una fantasía que una realidad; a pesar que con Teodoro Morris podían salir a husmear allá afuera cuando les plazca, nunca lo hicieron a gusto porque tenían la sensación de estar pisando una zona prohibida para ellos y asaz riesgosa para el can domesticado. “En medio de esta farsa las mariposas terminaron siendo las amas del paisaje”, musitó taconeando firme sobre la loza símbolo de la abundancia bulímica. Cavila en las trampas del perfeccionismo, mientras Vermi Hood creía que sólo trabajaba para su idea de la abolición del sufrimiento humano, lo que logró de manera tangible fue algo insospechado hasta por los más optimistas biólogos de la WUSV, pues, en sus expectativas útiles sobre el hombre de la burbuja al cuadrado, ni de lejos estaba previsto que éste iba a revolucionar el concepto de ecología.

Da vueltas al obelisco que conserva el tótem dakota desde la fundación del caserío, asume que éste se prolongará con la manada de lobos druidas como su guardián. Antes no le había dedicado esos silencios circulares, es como si recién el tótem se hubiera investido de sacralidad, pero lo que ha hecho es retomar la luminosidad ancestral que extravió en la larga noche de la mansedumbre vermiliana. Saliendo del influjo del tótem camina sin presentir el albur de un pateador de megalópolis, aquí ella no puede echar mano a lo de ir sin rumbo como se propondría un empedernido callejero con su artrítico monólogo a cuestras. Tan pronto llegó al portal del sitio de Vermi Hood, tan pronto se paró a recorrer con la vista el emblema de la profilaxis que azotó a la aldea yaciendo en cruz ante los ojos del águila real, tomó conciencia de lo inerte que ha quedado la pequeña burbuja sin la protección de la gran burbuja, ha perdido la arrogante mueca del infalible. Así, desnuda, la cueva de la soledad perfecta, se

halla fea y débil, no resume poder apenas le quitaron el escudo que no dejaba pasar el zumbido desquiciante del zancudo ni la visión del brutal apareamiento de la libélula. No obstante, ella contempla con cierta solemnidad el ocaso de la burbuja de cristal otrora imponente, este rato ya echada al olvido de la inmensidad herbosa. Se lleva con su gran angular, de iniciada en dolores de parto, la imagen de lo que fue icono del placer geométrico, donde se consumó la empresa del hombre caído en sus ambiciones de otro mundo. Toda esa pureza encerrando lustros de trémula ilusión por pertenecer a la risa de los inmortales, quedó servida a la voracidad de hordas de ácaros y mixomicetos que, desde las tinieblas del sótano, ya estarán minando las bases de la ermita.

“¡Dale chico!..., si tantas ganas tienes, entra conmigo a hurgar en el hogar del ángel exterminador del sufrimiento”, exclamó abriendo la puerta de ingreso mimetizada con el todo de cristal. Nomás pasó al interior de la burbuja y aspira aromas de incienso que todavía perduran en el recinto, se alegra por no recibir los vahos del cadáver transformándose bajo la loza. Pincho se clava en su instinto favorecido por la naturaleza, husmea con fruición dentro de la residencia y sarcófago del alquimista. Ella no hace mención de seguir la requisa del can, se ha prendido del mensaje titilando en la pantalla gigante —que es tan fina como una película— pendiendo del aire cual si fuese un holograma, ahí se lee a doble lado: “He aquí mi palabra, ¡llévatela!”.

El caserío de techos de pizarra, recostado en cruz sobre la sábana mortuoria, recibe benigno sol de inflorescencia primaveral. El cascarón de la humanidad de Placidville se mece al son de la marea verde, la brisa del olvido ha hecho presa de la rebelión profiláctica de Vermi Hood. Guarda en un bolsillo de seguridad del pantalón las últimas palabras que le ha legado el alquimista, las llevará de regreso al hogar entre vertientes andinas, junto al cuadro del pueblito que hace una pintura bucólica, renacentista, antes que lo cubra el verdor del olvido, los pastizales del futuro. “¿Hallaste algo, chico?”, interrogó alto ante los ladridos de

Pincho, el cual gruñe en mitad de la burbuja bañándose de luz mañanera. La nariz del can le participó que algo hierve tras el uniforme piso que no da señas visibles de una entrada al subsuelo; intuye que éste raspa marcando el sitio donde se auto sepultó el genio de la dicha irreversible. Pincho, una vez que ha sido celebrado por el doble triunfo de su nariz, procede a diseminar a discreción el mensaje que ha dejado a lo largo de la aldea, su adiós al lobo líder de la manada druida: *Aquí reiné en soledad canina*.

“No sólo de luz se vive”, musitó tras la noche en la que se afirmó también su parte subterránea, donde ya alternó con la Parca. De vuelta al recinto de la postrera transformación del Saqueador, advierte que no hizo nada para interrumpir una nueva existencia dentro de sí, llanamente la semilla no prendió, se extravió entre sus conductos fértiles, quizás distrayéndose en las playas venusinas faltó a su reunión con la esfera de la maternidad. El Saqueador perteneció a una tribu que de estar en peligro de extinción pasó a la lista de las desaparecidas en acto subversivo.

Pincho olfatea el instante del fin de una época, escudriña intensamente alrededor de la apócrifa chimenea, presiente la inminente salida de Placidville. La máquina crematoria da cuenta de haber cumplido su tarea, la chimenea se abre y entrega el tibio mineral de la reducción del Saqueador, haciendo un paquete liviano y compacto para transportar como equipaje de mano. “¡Animalito feliz!”, exclamó ella acogiendo la emotividad del que viaja rumbo a la molienda de Zaratustra, a punto de ejecutar la ruta repasada con devoción en el mapa vial estadounidense. “¡Nos vamos, animalito feliz!”, repicó contagiando su donaire aventurero al can que derrama premura por treparse al todoterrero y perseguir un deseo imposible de atender por estos lares, entrar en una hembra alfa que le dé continuidad a su espíritu cancerbero. “Metamorfosis completa, la mente está inmersa en su viaje indestructible frente al tiempo...”, concluyó la conductora acomodándose sobre el *rocinante* repleto de combustible solar, presto a galopar por el futuro.

He aquí mi palabra, ¡llévatela!

Me he soltado, me he liberado, tanto que fluye el lenguaje que antes fue mezquino por pretender igualar la prolífica escritura de Morris, y eso hacía que corrija hasta el paroxismo, no podía ser natural con el verbo. Teodoro fue el único amigo que tuve y que tengo a poco de fallecer amando a la mujer que inventé para el supremo placer de tener una Ana de Cazaderos que me calce. De paso me agrada fingir que le he robado su mujer a Morris, sólo por capricho; así como éste me la quitó, para divertirse, a la Lady de nuestra pubertad. Admito que es un desquite inofensivo porque en sí no le arrebato nada, y más bien él me obsequió el amor ideal que por fin pude desarrollar hasta la última consecuencia: la muerte dulce. Ambos nos vamos de Placidville casi al mismo tiempo, lo sé y él también debe presentirlo debido a que ya tenemos conciencia de ser hermanos siameses, encarnando la antinomia que resultó indivisible, pues la muerte nos une para la posteridad. Estoy listo a desaparecer de la cruda realidad devorando placeres sin ensuciarme como el sátiro ojiazul que no fui. He dado con el fin al que me condujeron mis miedos irracionales, vencer a la intemperie aislando la felicidad bajo el mármol de Placidville. Los casilleros subterráneos de la muerte dulce serán cubiertos por renovados pastizales, en una futura primavera las flores nacerán sobre el caserío yerto; la pampa entrará con sus equináceas de tono violáceo, y el forraje de almácigos hará la fies-

ta estomacal de ungulados paciendo. Placidville será el campo santo del mundo feliz que yo implementé para la paradoja, teniendo un fin ecológico sin proponérmelo, así, mi funda biodegradable, se devolverá al mundo que me espantó como un emporio de mariposas. Fui el mayor guardián del aislamiento que conseguí para la recuperación zoológica de Brecha de Búfalo, siendo un enemigo de la vida salvaje luché por ella para lograr mi propio aislamiento y evolución interior. Terminaré uniéndome a la tibia ola del mar herboso que no amé como hombre concreto por horror al contacto sensual con lo primitivo, aunque dentro de mi burbuja esterilizada sí añoré esos paisajes de la niñez y adolescencia, cuando luché para curarme de la fobia a lo silvestre y llegué hasta dormir en el suelo de la pradera, vivaqueando junto a Morris que me obligaba a reconocer al ser ancestral que cargo adentro pero al que le negué toda opción de realizarse porque nunca quise sufrirlo afuera, en el descampado. Cosa curiosa, a la postre le voy a dar al salvaje un banquete de sensaciones hasta matarlo de placer. Me marchó agradecido con mi antípoda humana, por la resistencia que opuso al definitivo progreso de Placidville. Teodoro Morris vino exprofeso, sacrificando su frutal retiro en el valle interandino de Malacatos, para atender la revolución que inicie con el fin de acceder a la felicidad pura, la que éste llamó con desprecio “el virus del sentimentalismo”, y asimismo titulará la crónica de este fenómeno. Era necesario una contradicción de la talla del Saqueador del tesoro de Quinara, para que reviente mi genio agazapado en la abundancia material de Placidville, por ello no dejó de apreciar que aquél haya abandonando las delicias del jardín botánico de quinta San Agustín y venga a fenecer dentro de la única casa de la aldea que mantuvo humanos incólumes en la primitiva acción de moverse erguidos sobre sus extremidades. Lo de andar nunca lo recibí como una bendición, aunque sí usé mis manos como herramientas de precisión y creatividad en el crisol del alquimista, y fui a dar con mi obra maestra, la Venus tropical. Cómo no iba a estar en deuda

con Teodoro Morris, él me sirvió en bandeja un tesoro más caro que cualquier metal precioso, Ana de Cazaderos, la que forzó mi descenso al sillón cibernético, donde he de gozar a morir del amor de la mujer perfecta que moldeé cual arcilla divina para el hombre perfecto. El poder sensual de Ana de Cazaderos le hizo el quite al anacoreta para despertar al *sátiro ojipardo* que surgió ya irreprimible. Al sátiro ojipardo le bastaron unos minutos para afirmarse, fue cosa de posar un instante sus ojos en la mujer dinamita y vivir con una fuerza demoniaca dentro de mí. Apenas toqué su mano y se fueron al garete décadas de meditación trascendental, es obvio que esto no sucedió de repente, sino que se vino fraguando con la lentitud de lo que una vez que explota se vuelve irrevocable. La Ana de carne y hueso vino a ser el detonante de la Venus tropical que me devorará en el sótano. No es que me cogió de improviso como pensé en un inicio, pues ya la había figurado en el subconsciente, mediante la descripción de ella que por correspondencia me hizo Teodoro Morris. Así fijé la imagen del amor de mi vida y de mi muerte, abasteció el único contacto visual, auditivo y olfativo, con sus sinuosidades, lo demás cayó por gravedad en la burbuja de cristal esterilizada que será mi tumba. ¡Qué impresión la del anacoreta! Nomás verla y ya percibió sus aromas salvajes, ya deseó extinguirse en las intimidades de ese bosque encantado. Ana intuyó el movimiento telúrico de máxima intensidad que provocó dentro de mí, Morris también porque enseguida me clavó sus ojos de águila real pero no lo hizo colérico sino de una manera paternal, como diciendo “sosiégate muchacho”. De la vida surgió la semidiosa de mi fantasía reprimida, haciendo realidad lo que por asco a las funciones primarias olvidé encerrándome en mi castillo profiláctico. Poco sirvieron mis precauciones para preservarme del llamado de la carne, pues, de súbito, me vi ordenándole al alquimista que me proporcione la piel tórrida que desbaratará las convicciones del santo varón. A punto estoy de enterrarme con esa energía liberada, mi Ana de Cazaderos, donde yace el poder de mi tardía virilidad. He cedido

a un amor silvestre, ese que nunca se nos dio por aversión al intercambio de fluidos carnales que nos inyectó aquella bruja imborrable, la que nos desfloró sin contemplaciones, sin una pisca de amor para el adolescente ansioso, apenas cebando su carnalidad de mesalina. Los dos hombres que dio Brecha de Búfalo para registrarse en la historia póstuma de Placidville, fueron separados por sus divergentes interpretaciones del ocio incesante, ese que se prometieron a sí mismos temprano, de muchachos, como algo imprescindible de su evolución. Fue un largo desenfoque el de ellos dos, aunque la finalidad de ambos fue igual de subversiva. De entrada, a la luz del mundo herboso de su cuna, compartieron el sueño de buscar el ocio incesante primero para sí mismos y, luego, por inercia, para compartir tal encomiable conquista con la humanidad de Placidville. Con la separación física también se diferenciaron los rumbos psicológicos de las dos lumbres de Brecha de Búfalo, yo, Vermi Hood, fui a por el mandato juvenil sin moverme ápice de mi suelo natal; siendo que sí poseioné aquí, en Placidville, una dicha pura, les inyecté felicidad directo a la vena de individuos inánimes, desahuciados, que no se dieron a la diáspora. Por su lado, Teodoro Morris, hizo lo suyo desenterrando lo que le correspondió del tesoro de Quinara, invirtiendo ese oro ancestral en un hallazgo superior, la molienda de Malacatos y Ana de Cazaderos. Ya Morris hizo mundo por mí, y me lo compartió en su forma más refinada, apetecible y sublime, el de la Venus tropical. Me quitó un peso enorme de encima porque he sido incapaz de emprender afuera del caserío, y la última vez que caminé fue para recibir la joya que igual me regaló el mundo de Teodoro Morris. Todos los días de mi existencia, sin excepciones, he mirado esta inmensidad ignota, la pradera que no volví a explorar desde que Morris se ausentó; mi cuerpo jamás se ha movido del arroyo Sage, apenas he sido un explorador del ciberespacio de Santificación en el Progreso, donde me serví de las enseñanzas que se acoplaron a mis propósitos, y al cual también le remito mis postreras palabras. Me anclé en el devenir de

Placidville creando un propio porvenir, es decir, nuestro espacio-tiempo, y en él resolví el problema del ocio incesante, consiguiendo el poder alquimista que proporcionó las delicias de una Eva incorruptible. Los dos hombres llamados a ser héroes epónimos de Placidville lograron, en distantes planos psicobiológicos, colocar el punto definitivo a sus ambiciones terrenales, y, desde su antinomia, se están devolviendo por igual al libérrimo espíritu de la pradera, experimentando en diferentes vertientes la certidumbre de haber nacido para morir con dignidad. El goce de la copia *sui generis* que levanté de la mujer de Cazaderos alcanzará una euforia mortal; amar esa imagen hecha a medida de un flamante concepto del placer, en una dimensión erótica desconocida, será el punto culminante de la redención del misógino. Sé que va ser así. Después de lustros de haber extirpado la carnalidad de Placidville, dado el insignificante cruce de información con ella, y probé una muestra del amor total, fue transportarme a un orden orgiástico nunca antes experimentado por mi críptica sexualidad. Nomás sentirla con un choque de manos y sobrevino el imperativo de hacer que la fiesta con la Venus tropical sea indeclinable mientras haya un hálito de vida. En función de tan categórica y grande empresa, tuve que diseñar también un valle interandino subtropical-seco y ahí una finca San Agustín que domine ya no la molienda del sátiro ojiazul sino el fasto del sátiro ojipardo. Siendo el fabricante de mi fortuna en amores fui prolijo en ello, fanáticamente armé el día de la victoria sobre la intemperie del bisonte almizclero, hundiéndome en la fiebre de Ana de Cazaderos. Ya muriendo hemos empatado con el sátiro ojiazul, soy el sátiro ojipardo que dio con el amor perfecto, nos hemos igualado con Morris en la estatura cósmica. De muchacho padecí mucho por la timidez, la que se exacerbó con Lady, la vecina que sublimaba desde las menguadas fuerzas de mi cuerpo. Y esa misma Lady a la que endiosaba, entrando al año de graduación secundaria, también entró en amores fáciles con mi antípoda, siendo otra chica volátil para el solicitado Teodoro Morris. El amigo

predilecto de la niñez y adolescencia, el condiscípulo de la escuela que ambos nos servimos para prometernos un nuevo orden al tenor del ocio incesante, acuchilló mi corazón sin saberlo, ignorante del terrible golpe que infringía al frágil compañero de vivaque en lo alto del arroyo Sage. Se trató de un acto inocente, fruto del viejo instinto de procreación, pero el día que el sátiro ojiazul se paseó por el caserío mostrando a Lady como su trofeo carnal, afincó el idealismo en mí. Ya dije que nunca abandoné la aldea materna en pos de la aventura que el Saqueador llevó a su cenit con el amor de la doncella de Cazaderos; no obstante, seguí los pasos de mi contradictor a través del correo regular en principio y luego de la misiva electrónica, descartando de raíz la comunicación verbal porque surge sin control de la boca, y en virtud de mis códigos profilácticos sólo me era dado el lenguaje escrito aunque resultó de lo más difícil para comunicarme con mis congéneres. He sido un aniquilador innato de palabras, por eso la modalidad electrónica de escribir me volvió un obseso de la corrección, he borrado palabras hasta hacer sangrar el contenido de mis mensajes antes de ser remitidos, con muchas dudas todavía, a su destino. Lanzaba al mundo un mensaje cuando la claridad de mi lenguaje se nublaba por el esfuerzo corrector, después de haber restregado renglones hasta verlos en piel viva dentro de la pantalla gigante de mi cueva de cristal, donde voy a dejar titilando el aviso de este último escrito que me salió de un tirón para que te lo lleves tú, la mujer dinamita. Antes esperaba a que me sea insoportable retardar más el envío de la misiva de turno al excavador Morris, para dejarla ir junto con la sensación aterradora de recibir por respuesta de éste una reprimenda por el gélido estilo de mi lenguaje; lástima que él no vaya a ser el receptor de estas letras, se hubiera alegrado de ver que con un pie en la muerte dulce sí soy capaz de improvisar. Era un temor irracional, desde la otra orilla el otro jamás me criticó por la frigidez de mi lenguaje, a pesar de que él había fundado la cofradía literaria de Los Alverjeros en Malacatos, constituyéndose así como el solitario lu-

cero de las letras bilingües de Placidville. Morris respondía a mis palabras con el humor del iniciado, condescendencia que venía a ser una bofetada al restringido estilo vermiliano. Por contraposición a mi fracaso por pretender hacer de mi discurso una figura matemática, me engolosinaba con la prosa del aventurero Morris, quien también se me adelantó fundando una editorial de nombre griego, "Casa Azul". Morris era una especie de viajero espacial frente a mi contumaz aislamiento, pero como he dicho somos hermanos siameses, todo lo que el sembró y cosechó en el mundo me lo transfirió para cuajar la ansiada revancha contra el galán usurpador de mi amor adolescente, haciendo que el romance auténtico se me dé en la madurez postrera, ya contando el poder alquímico, siendo redondo en satisfacciones. He ahí mi revancha, que no es venganza de ninguna manera porque no le inferido daño alguno a mi contendor. Sólo el mago que surgió de mis profundidades podía crear este amor salvaje, de su mortero surgió la mujer que morirá conmigo en un delicioso abrazo. He cortado de raíz el dolor del rechazo en amores que sufrí con Lady, aunque ella nunca me rechazó porque fui impávido, mis perros de la sensualidad eran inútiles, incapaces de echar rayos por los ojos, y peor de morder con ansia un "amor volandero", como decía el sátiro ojiazul de sus lances para el olvido. Fue fructuosa la criba que hice durante décadas para gozar de un fasto sin atenuantes, me sirvió la impavidez del anacoreta para al final del camino ser un creador, antes tenía el poder de no sufrir hoy tengo la gloria de amar muriendo. Logré expulsar a la infelicidad de Placidville, y puedo decir que Placidville soy yo así como Morris decía que él es quinta San Agustín. Cronométré el entierro de mi generación a partir del advenimiento de Ana de Cazaderos, pasmando a la aldea reluciente y marmórea hasta que los barrenderos de natura hagan su tarea de borrar todo vestigio de acción bípeda en ella y coloquen el letrero: *La felicidad de Placidville sirvió de abono a la tierra de nadie*. La tecnolatría de Santificación en el Progreso fue una herramienta de precisión para doblegar al sufridor de lo concre-

to, expulsando de sí al existente que se contenta con sutiles amortiguadores para soportar lo prístino. Dejé lo insufrible para los bisontes que rumian en la pradera, abandoné por igual al hombre volcado a su miseria biodegradable. La figura del individuo irredento en el pus que emana de su alienación consumista, fue imprescindible para lograr el contraste con el profiláctico orden de Placidville. Esa respuesta ante el contra-ejemplo (encarnado en la infelicidad de cada vecino desquiciado por la abundancia, que vino con el milagro económico de los dólares que proveyó la transnacional conservacionista WUSV, premiando al pueblo de Placidville por el apogeo de la fauna megalítica en Brecha de Búfalo) dio sus frutos almibarados, la muerte dulce de los elegidos. Nos iremos con nuestra mente ajena a las convulsiones del cuerpo en abstinencia de alimentos y bebidas. Estrenaré la piel de la mujer que inventé para el banquete de una libido tan reanimada como aséptica, refocilándome con la erótica agonía que escogí para que la muerte nos recoja hecho pellejos sobre el regazo del amor. Amaré retrepado sobre el sillón de los placeres cibernéticos, lo haré con la sabiduría del sibarita y a la vez consagrándome como el críptico garañón de Brecha de Búfalo. He resuelto el enigma de la existencia, mi paquete de vida y muerte se completó, y, por reflejo, los engendros que me siguieron, también recibieron el personal, intransferible, pasaje para su exclusiva muerte feliz. He sido el autor de este portento, suspiro aliviado al constatar que la solución definitiva al dolor de existir está con nosotros. Repito, cómo no apreciar la oposición viva del Saqueador, éste nos transfirió su ventura al convertirse en el *enemigo ideal*; la buena suerte de aquél con lo femenino me predispuso a la esperanza de cierto día prodigarme en un amor fulminante, y ser el protagonista del abrazo de último aliento, el que nos salve. Es el fruto maduro de un trabajo secreto, el que tomó cuerpo cuando forcé la venida de Teodoro Morris, recurriendo al llamado ineludible del hermano siamés en peligro, y él regresó a su cuna natal para morir conmigo; él vino a darme el empujón de vida hacia abajo. Ana

de Cazaderos vino a ser lo ideal femenino que el cenobita creyó haber extirpado de sí; ella cayó como un rayo de entendimiento sobre nuestra testa monástica, clarificando el sendero al punto final del progreso en Placidville. Ya dije, fueron instantes de sentir su tórrida marea, y enseguida supe que ella iba a ser el *ave del paraíso* de los pasamanos de mi quinta San Agustín. Soy el ángel exterminador de mi sufrimiento estéril, ya paladeo el maná que me negó el genio santificándose en provecho de la humanidad de Placidville. Hasta el resentimiento que guardaba con la damisela demoniaca que me liberó de una virginidad perniciosa, me ha servido para ser lo que soy ahora, a partir de ese brutal desfloramiento me excusé de volver a tomar los favores de cualquier mesalina, aquello afirmó nuestra vocación profiláctica, repeliendo el vulgar intercambio de fluidos animales en aras de preservar a la mujer ideal, a la que pude discriminar entre lo pasajero y toda la hermosura que voy a echar a rodar en el sillón de los adioses. Tengo pasaporte al pináculo de mi sensualidad, servido me voy en este confín del mundo, ya oigo las campanas de quinta San Agustín tañendo por el desquite de Vermi Hood. Me aguardan los jardines árabes y el manantial que mineraliza la piel de los trópicos; adiós al infeliz de las alas quemadas por su primitiva sed de aventurarse contra el sol, adiós al bárbaro recolector de angustias; en mí reinarán los sentidos amables, libres de pecado original y del monstruo de mis miedos. Ya mismo respiraré de los perfumes del amor a vida y muerte. ¡Por fin seré el críptico garañón de Brecha de Búfalo!

